

Doppelgänger: Inicio

Bianca Muñoz

Doppelgänger



©Manuel Gómez Miralles,1922

Catedral Metropolitana, SJ

Bianca Muñoz
Proyecto Inside Trinity

Capítulo 1

A mi abuelito, que me contó tantas historias.

Capítulo 2

Corrosión

"He sido, más que un sabueso que busca cadáveres, uno que los encuentra.

De vez en cuando los llevo en la espalda y se aferran a mí como la gente se aferra a sus cosas; se aferran a mí como demonios, que más que a sus cosas, se aferran a la gente".

Como investigador paranormal me malacostumbré a siempre darle a la gente un resultado final positivo. Reconozco que como nada es perfecto tenía que existir un margen de error, pero caer desde tan alto es demasiado doloroso.

Mi grupo de investigación estaba constituido por mi padre, un camarógrafo, un psiquiatra, un físico y mi persona. De ojos de los otros cuatro yo era visto como un "Sabueso" esto porque gracias a mi don de percepción me era posible encontrar la raíz de los hechos con más rapidez que nadie. Sin necesidad de que todos se agarraran de las manos o de tener que golpear el piso y las paredes de las casas para encontrar nidos de cucarachas y ratones.

Durante el segundo semestre de 1936 los casos bajaron a tal punto que cada miembro del equipo tuvo que vérselas para conseguir un trabajo temporal; eso fue precisamente lo que me llevó a mí al distrito de Santísima Trinidad y posteriormente al turno nocturno de bodeguero bajo el mando de Don Acacio Bech, en la imprenta de la familia. Comencé a trabajar ahí a las dos semanas de andar rodando por trinidad; En el edificio nunca faltaba quién me reconociera y me preguntara por qué me decían Sabueso, yo siempre respondía gustoso.

Recuerdo que fue en ese mismo año que me tocó encontrarme con uno de los casos más desconcertantes de mi vida como investigador, fue en ese punto que me tocó replantearme la pregunta de qué tan lejos o qué tan cerca podría llegar a la resolución de un caso. Desde el día de la contratación Don Acacio me había mencionado algunos asuntos extraños entre el edificio y cierto empleado.

Estos rumores fueron confirmándose más tarde por unos trabajadores, entre ellos Amadeo, jefe del área de máquinas, que me dijo que, aunque creía que andaba en malas lenguas, al oficinista Elías Nuero, lo andaban asustando hacía un rato, supuestamente por andar de mujeriego. Llegaba con la camisa manchada de sangre y con el cuello, la espalda y el pecho

llenos de aruñazos.

Este tal Elías Nuero, me dijeron las cocineras Herminia y Felicia, pasaba todo el almuerzo rascándose la cabeza y el cuello, embarrándose hasta las cejas de sangre, y yo sabía que quien rechazaba un plato de patas de chanco en salsa o una sopa de jarrete estaba en problemas. Eso me lo contaron las cocineras porque fue a ellas a quienes les tocó sanar las heridas de Elías con vinagre y sal o con yodo, dependiendo de lo que hubiera a mano. Y aguantar los alaridos que pegaba con la espalda en carne viva.

A parte de todo lo que me contaron y lo que pude ver no había nada más.

No se me olvida un día en que Elías me preguntó si me daba miedo o si no me daba miedo investigar estos casos, yo respondí que no y me devolvió la respuesta haciéndome otra pregunta: ¿Hay algo que te ponga ansioso al investigar un caso? De hecho, sí hay algo.

A las semanas de que los ataques sin autor contra Elías empeoraran, este finalmente se dio por vencido, estando encerrado en el baño se las ingenió para escalar hasta la ventana y salir por la entrada de camiones de la imprenta. Sabiendo yo esto comencé una persecución con él por casi un kilómetro de calle donde la niebla y el escaso alumbrado eléctrico me hacían perderlo por momentos. Justo como si fuera invisible.

Tal vez, si lo hubiera ayudado antes su vida no se hubiera escapado como se escapa el viento, que, aunque viaja en una misma dirección es imposible seguirle el paso; recuerdo que tomé aliento frente a una sastrería, en el ventanal vi mi reflejo. Le había respondido a Elías que como Sabueso mi único temor durante una investigación era darme cuenta de que estaba siguiendo mi propia cola, y frente al reflejo de mi cara en el ventanal de la tienda, sólo palidecí.

Después de meses de culpas ocultas los empleados notaban un claro cambio en mi comportamiento, sobre todo la miscelánea Perpetua, con quien yo era muy cercano. En su inocencia creía que una taza de agua dulce o algunas cajetas me levantarían el ánimo. Fueron precisamente esos detalles los que evitaron que me corroyera por completo, y los que terminaron enamorándome porque ella veía en mí lo que ni yo mismo percibía.

Luego de año y medio más de trabajar para la imprenta, decidí irme. Perpetua fue la primera en saberlo y la segunda en llorarlo.

Lo hice por ella. No me permitiría hacerle daño a nadie más, mucho menos a mi querida.

Me dejaron marca los recuerdos de coqueteos en la oficina de Acacio cuando este no estaba, una marca que me repetía a cada minuto, que ella estaría en la Gloria algún día y yo en otra parte.

Don Acacio me preguntó el motivo por el que decidí marcharme, yo le dije que ya era hora de volver a la antigua rutina. Me pidió que en última instancia le explicara por qué me había afectado tanto la muerte de Elías; le respondí nuevamente que yo era como un sabueso, que en vez de buscar cadáveres los encontraba. Que algunas veces esos cadáveres los llevaba en la espalda y estos se aferraban a mí como la gente se aferra a las cosas. Más precisamente se aferraban como demonios, que más que a sus cosas, se aferraban a la gente.

El día que finalmente entregué la carta de renuncia Perpetua me preguntó qué sería de mi vida después de todo lo vivido. Le puse un rosario en sus manos y con cálido beso me volví a despedir explicándole que al morir no nos juzgaría la misma persona.

—Si ya sabes lo que viene —me preguntó— ¿Por qué no cambiar la rutina?

—Te aseguro una sola cosa más mi querida; después de la corrosión, lo único que queda es desintegrarse.

Capítulo 3

En Ruinas

"Después de corroerme, lo único que me quedó fueron las ganas de irme para siempre".

—¿No escuchaste lo que pasó con Brenner?

—¿Nuestro Brenner? ¿Sabueso?

—Ese mismo. ¿No ves que andan diciendo que el carajo se volvió loco?

—¿Ah sí? ¿Qué habrá pasado?

—Mira no ves que el cabronazo ese perdió a un pobre hombre en el monte.

—¿Cómo así?

—Diay que no se sabe por qué el hombre este comenzó a perseguir al otro, y entre todo lo que corrieron y en lo asustado que estaba el muchachillo buscando como escaparse lo terminó perdiendo en los cafetales; el carajo no encontró como devolverse, y encontraron el cadáver hace días. Lo reconocieron por la ropa. Pero eso no es lo peor. ¿Es que no ves que dicen que Sabueso lo perdió a propósito? Lo correteo por horas hasta que lo metió en lo más profundo del cerro y lo dejó ahí.

—Hijuepucha. ¿Quién era el carajo?

—Elías Nuero. Trabajaba en la imprenta de los Bech.

—En serio que está tocado de las tejas este hombre. Ahora sí me preocupó. ¿Tenía problemas con este tal Elías?

—No no, ni se conocían. El problema es que Brenner dice que no se acuerda de nada.

—Di, pero puede estar mintiendo, a como es él.

—Es que yo no creo eso. Los que encontraron el cuerpo de Elías fueron unos peones de la finca, haciendo ronda un día. Y Brenner dice que desde el momento en el que comenzó a perseguirlo, sólo o se acuerda cuando ya

no lo vio más.

Esa noche después de que el mae se desapareció los perros aullaban por todo el barrio, aullaban fuertísimo y no había quién los callara. Usted escuchaba a esos condenados desde la Ermita de Trinidad, por el lago, hasta la iglesia de Santa Bárbara. Todo perro en toda casa aullando y llorando.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo de Brenner?

—Bueno, los perros aúllan por muchas cosas, a veces aúllan para comunicarse entre ellos o advertirse cosas, yo creo que estaban aullando por miedo.

—No sé si será sólo intuición mía o qué, pero para mí que a Brenner ya lo tocó el diablo. Ya está corrompido.

—Mae que problema eso. Lo preocupante es que... ¿Quién lo ayuda a uno en esos casos? Si al mae se le mete el agua, ¿Quién va a írsele encima?

—Ni la menor idea, pero de alguna forma debe ser posible controlarlo. Además, usted sabe, que bueno, si fuera el caso, el Tacto del diablo no dura para siempre.

—No, obviamente no. El problema siempre va a ser quienes estén en medio cuando eso pase. A como puede durar horas, puede durar días, y de que ese tiempo es un lamento, lo es.

—¿Usted cree que alguien haya podido... Manipularlo?

—¿Para qué? ¿Qué iban a obtener con eso si Elías no le hacía daño a nadie?

—Hacer quedar mal a Brenner.

—¿Y cómo es que lo hacen o qué? Yo tenía entendido que ese estado era muy raro verlo, y que ocurría al azar.

—Sí, eso yo también lo sabía, pero algo me dice que alguien pudo haberlo inducido. El problema es que eso funciona como en los animales salvajes; es despertar un instinto, irracional e injustificado. Después de que eso pasa por primera vez, ya quedan locos por el resto de la vida.

—Y... ¿Será que Brenner sabe que eso fue un Tacto del diablo?

—Yo creo que sí. Me pareció escuchar a Rodhlann hablar con él.

—¿Les entendiste algo?

—Algo le mencionó Rodhlann a Brenner, de que, si tocaba fondo, ya no iba a poder salir de ahí.

—Me parece haber escuchado esa frase o una parecida en alguna parte, no sé si fue Brenner o...

—Buenos días, compañeros —interrumpió Brenner— ¿Cómo amanecen?

—Bien, ¿Y usted Sabueso?

—Entre lo que cabe, bien.

Nach der Korrosion bleibt nur noch der Zerfall.

Capítulo 4

Prólogo

No es lo mismo llamar al diablo que verlo venir.

Desintegración o Der Zerfall es una de las obras adicionales de mi proyecto Inside Trinity y nos permite conocer la Costa Rica de antaño y el mundo de la psiquiatría en el antiguo hospital Manuel Antonio Chapuí Torres, conocido en su tiempo como "Asilo de locos" o "Asilo las palmas".

En esta obra quise combinar tanto el terror, misterio y suspenso de Inside Trinity con anécdotas que recopilé y monté en un escenario de ficción histórica.

Es importante mencionar que, parte de las anécdotas que el personaje principal de la historia cuenta, son basadas en historias reales, y posteriormente modificadas por mi persona.

Parte de los datos que recopiló en esta obra son históricamente verídicos, mientras que otros han sido agregados para favorecer el argumento ya ficticio de la obra y del proyecto en general.

Personalmente me hubiera gustado agregar más información y detalles históricos sobre la Costa Rica del siglo XX; sin embargo, me he visto muy corta de tiempo para desarrollar el proyecto, por motivos de trabajo y estudio.

Me parece prudente, antes de que se inicie la lectura, hacer hincapié en el visible lenguaje coloquial que se utiliza durante toda la obra. Traté de mantener a raya la cantidad de costarriqueñismos utilizados en el diálogo, a fin de que no sea necesario desarrollar un glosario o nota independiente donde explique los términos; sin embargo, no tengo problema en que me comenten o me contacten para aclarar cualquier término que no les haya quedado claro.

Siempre me ha llamado la atención la historia en general, pero me desvela el interés especialmente si hablamos de la historia de Costa Rica. He querido recopilar y agregar ciertos detalles importantes sin saturar demasiado esta humilde obra, para plasmarlo como acuarelas en las mentes de quienes quieran leerme.

En agradecimiento, quiero mencionar especialmente a mi abuelo, quien durante muchos años me contó toda clase de historias y despertó gran parte de mi interés en épocas pasadas, historia de Costa Rica y género de

terror.

Muchas gracias abuelito por prestarle tu servicio a la psiquiatría y medicina costarricense, a la fuerza contra la malaria y por tantas increíbles historias. Este es uno de mis agradecimientos.

Capítulo 5

Introducción

Trabajé en el Asilo Chapuí y Torres cerca de 40 años. 28 para el Consejo Técnico de Asistencia Médico Social y la JPS y 14 para la Caja Costarricense del Seguro Social.

Inicié labores en julio de 1945 y me jubilé en octubre de 1987; durante todo ese tiempo presté servicio de Asistente de Pacientes en los pabellones 1 y 3 de enfermos críticos en la Unidad Geriátrica y en la Unidad Tratamiento Intensivo (UCI, como se le conoce actualmente), todo eso en turnos rotativos A y C hasta el traslado de 1974 a lo que hoy es en día el Hospital Nacional Psiquiátrico Manuel Antonio Chapuí Torres y Paut, donde se me nombró jefe en el turno A hasta mi jubilación.

Puedo darme el lujo de decir que fue todo un honor trabajar al servicio de la salud, especialmente para esta institución. Las personas pueden pensar que no es agradable tratar con el paciente psiquiátrico, pero, todo lo contrario, lo considero como una experiencia sumamente enriquecedora, ya que el trato paciente-asistente lo vuelve a uno más humano en muchos sentidos. El paciente coopera conforme uno lo ayuda y eso llega a desarrollar relaciones muy estrechas incluso con la misma familia de los pacientes.

La imagen incomprendida que se tiene del paciente psiquiátrico es la del paciente agresivo, sin juicio y sin razón, ambulante desconcertado y mal amansado, pero con el correcto tratamiento, trato y tiempo todo eso se corrige.

Durante mi experiencia puedo por supuesto mencionar experiencias buenas y malas, de estas 9 eran buenas y tal vez 1 mala, y se podía dar por cualquier situación inesperada. Por lo menos la mayor parte del tiempo. Ahora bien, entre lo que se pueda dividir entre experiencias generales y propias si va a haber una diferencia notable; yo no culpo el lugar del trabajo o el trabajo en sí, si no razones que me guardo para mi persona y que comparto más adelante.

El mundo de la psiquiatría en Costa Rica siempre se ha mantenido, considero yo, en una espesa nube de especulaciones acerca de qué es verdad o mentira. Para mí el mito más recurrente y el que citaré para cerrar con esta carta es aquel que dice que el funcionario de hospital psiquiátrico termina por perder la cordura, al igual que los pacientes con los que pasó rodeado durante el tiempo laborado; esto ocurre porque según uno termina asimilando los comportamientos del

paciente como algo normal.

Es en esta parte donde se vuelve más cruel, porque si lo ponemos en la balanza el funcionario, comúnmente, trabajaría en la institución por lo menos 30 años o hasta cumplir cuotas, y ya para cuando se pensione sería cuestión de tiempo para que se le perciba aparentemente loco y se le interne en el mismo asilo psiquiátrico donde prestó servicio. Todo ese tiempo el hospital es más asilo de uno que de los pacientes; el paciente se dará de alta, pero uno, uno se queda. Para uno no hay salida.

Yo tengo buena mente para los recuerdos y por eso sé con certeza que no estoy loco. Todo el mundo decía que yo había salido tocado del techo por las experiencias que verán más adelante y la única que me daba la razón era mi chiquita, ella me dice:

“Tito, yo sé que vos no estás loco, porque yo también lo viví”.

Y cómo me parte el corazón saber que mi chiquilla tuvo que ver esas cosas desde tan joven; me daba miedo que todo eso fuera a afectarla, pero gracias a Dios pudo vivir su vida tranquila.

Por más mortificación que yo haya vivido me alegra que ella esté conmigo.

¡Cómo quema el fuego! Yo a mi chiquita la amo como si fuera mía, pero todos los males que pasé antes de tenerla a mi cuidado, qué va, no se los deseo a nadie.

Ni al diablo.

D. Ernesto C. Jiménez

Capítulo 6

I

Fue a mediados de 1945 que comencé mi camino en el servicio de la salud. Desde carajillo me había gustado la idea de llegar a ser doctor; cualquier tipo de doctor, ya fuera psiquiatra, pediatra, cardiólogo o médico general. Por supuesto mi familia; a pesar de estar bien acomodada, no tenía recursos para mandarme afuera a estudiar, así que me hice a la idea de que trabajando un tiempo como auxiliar de enfermería o asistente de pacientes me iría abriendo campo en la vocación y podría ahorrar de a poco para pagarme los estudios a futuro.

Así fue como llegué a parar al Asilo Chapuí, conocido en esos tiempos como Asilo de Locos o Asilo Las Palmas; después de que un amigo de la familia fuera a avisarnos que había vacantes. Este amigo, por cierto, también trabajaba en la capital.

Nos veníamos desde Cuatro Reinas de Tibás en cazadora (Unos buses bien antiguos que trabajaban en ese tiempo) hasta Mata Redonda; ahí mi amigo y yo nos separábamos, él para el antiguo aeropuerto de La Sabana y yo para el Paseo Colón. Compraba los tiquetes del tranvía en la Pulpería de Chico Soto, donde me compraba también algo para el almuerzo, y me subía en el transporte que me llevaba desde la estatua de León Cortés hasta el Hospital San Juan de Dios.

En las oficinas del San Juan me recibieron para hacerme la entrevista. El personal de recursos humanos, entre muchas cosas, me preguntaron por el nivel académico.

—¿Hasta qué año llegaste vos?

—Hasta quinto.

—¿De escuela?

—Del liceo.

Muchos empleados en ese tiempo no llegaban ni a segundo grado; no porque no quisieran, sino porque la mayoría debía darle sustento a la familia y no tenían chance o recursos. Yo sabía que el título de quinto me podía acomodar en un muy buen puesto, pero probablemente no me iba a sentir bien en un trabajo de oficina o de administración, ¡Qué va! Esas cosas nunca fueron lo mío.

Pregunté por el puesto de asistente de pacientes en el turno C (Turno nocturno), esto debido a que si se me antojaba hacer algún

estudio adicional de enfermería o algo por el estilo tendría toda la mañana y la tarde libres para ello.

El 16 de Julio del '45 me recibió Maximiliano Torres, mi primer jefe durante mi servicio en el Chapuí. Maximiliano era jefe de todos los asistentes en el turno de la noche; por debajo de él estaban los supervisores que se asignan por pabellón que son los asistentes o enfermeros mejor calificados. Encima de todos nosotros teníamos a los jefes de asistencia médica, a los internistas y galenos, y por supuesto al director del hospital que fue desde 1932 y hasta 1952 el Dr. Roberto Chacón Paut.

Se me asignó primeramente en el pabellón 3 o la UTI, donde se encuentran los enfermos críticos; las labores en ese, al igual que en los otros pabellones, eran simples pero demandantes:

Llevar a los pacientes a las citas de control con los galenos

Bañarlos

Darles de comer

Cortarles el pelo y las uñas

Administrarles los tratamientos recetados

Vigilarlos y pasar tiempo con ellos, para que no se hagan daño entre ellos y para que no se frustren y se acostumbren al asilo durante su estadía.

Siempre teníamos que llevar registro de cada paciente, de qué necesitaba o qué le faltaba y pasar esos registros de turno en turno para que todos los asistentes quedáramos tablas con el brete y ningún paciente quedara desplazado.

A pesar de haberme yo apuntado al turno de la noche tuve que asistir por dos meses al turno A, esto a forma de entrenamiento por aquello de no jalarme una torta en la madrugada o algo parecido, y también por el tema de no perderse en las amplias instalaciones: "34500 metros cuadrados al lado oeste del San Juan de Dios, puertas, techos y ventanas y cerraduras de hierro. Un nosocomio bastante espacioso al que se podía acceder por una escalinata de piedra, rodeado de enormes jardines.

Había una gran capilla que ocupaba la nave central del asilo, a ambos lados de esta salían los pabellones, que en total eran 6. Todos conectados por salones y corredores muy amplios con pisos de madera que sonaban con cada que uno daba el paso.

Mi parte favorita siempre fueron los jardines, por un tiempo tenían un estanque con una estatua de Venus bellísimo, siempre rodeado de flores.

Los pabellones miraban de frente marcando un límite entre los dormitorios de los pacientes hombres y mujeres, a fin de evitar cualquier

inconveniente.

Las salas de tratamiento se mantenían perpendiculares a los dormitorios con enormes muebles de farmacia en madera oscura, que los hacían parecer de alguna forma consultorios de homeopatía.

En el asilo, además de los tratamientos se promovían toda clase de actividades, esto hacia el mismo fin de curar a los pacientes por lo que uno siempre los veía ocupados; arreglando los jardines, limpiando, leyendo, haciendo manualidades, y a veces cantando y bailando, cuando los enfermeros o cuidadores nos poníamos creativos con la música.

Desde afuera el asilo podía parecer temible, pero fue precisamente adentro de esas instalaciones que supe que mi lugar estaba entre los asistentes de pacientes, eso era lo que me hacía de verdad feliz.

Capítulo 7

II

Fue más o menos para la trigésima octava semana del año que comencé por fin en el turno nocturno; debido a la dificultad para encontrar transporte para llegar al asilo tuve que comenzar a alquilar cerca de mata redonda, y no tocaba más que caminar de nuevo para agarrar uno de los últimos tranvías de la noche.

Entre viaje y viaje conocí a Brenner Fritz, quien en varias ocasiones se sentó a mi lado para hacer conversación en el trayecto. Teníamos algunas cosas en común; a ambos nos gustaba la música y ambos sabíamos tocar la guitarra. Él me mencionó que le gustaba escuchar swing, scat, jazz, boleros, flamenco y de vez en cuando blues; por mi parte, yo me quedaba con el bolero.

Brenner había nacido aquí en Costa Rica, su papá era un inmigrante que había venido de Europa poco antes de la primera guerra mundial. Aquí el tata de Brenner conoció a quien fuera a ser su futura esposa y ambos se asentaron en lo que hoy son los territorios de La Guácima.

También me contó que su tata, él y otros 3 maes más tenían un grupo de investigación, y que entre todos los casos que revisaban, investigaban Poltergeist y temas similares; me dijo que se les había tambaleado un poco el negocio y él había salido a buscar otro trabajo mientras tanto.

—Hombre, la cuestión es que no queremos deshacer el grupo y queremos seguir en el negocio. Parte de que yo esté aquí ahora es que quiero comprarme una casita; una para mí y mi esposa y otra para mis tatas, para que no estén tan lejos de nosotros. Es que mi mujer es de aquí de San José, del distrito de Trinidad y quiero quedarme aquí con ella cerquita. ¿Vos de dónde sos? ¿Vivís aquí cerca?

—Yo soy de Tibás, pero alquilo por aquí cerca, para no tener que viajar desde tan largo.

—Ya, ¿Sos casado?

—No, por el momento.

—Ah bueno, más fácil para vos entonces.

—A parte de que por el momento no ando buscando un lugar fijo, quiero

ahorrar para estudiar afuera en algún momento.

Resultó ser que Brenner fue asignado al mismo pabellón que yo. Ambos fuimos recibidos por Adelmo Ortiz, encargado del área de enfermos críticos, o pabellones 1 y 3. Adelmo era muy vacilón porque le encantaba hacer bromas, contar chiles y poner apodos; irremediabilmente, nadie se salvaba de algún sobrenombre.

—Mirá, ¿Vos cuantos años tenés carajillo? —me preguntó el primer día.

—23 señor.

—Mirá que vacilón ah, el tal Danielito.

—Me gusta más que me digan Ernesto.

—Bueno, Ernestito entonces. Cielito le vamos a decir al chiquito.

—¿Y vos? —señaló a Brenner— Parece que lo asustaron a usted hombre, paliditico. ¿Sus tatas son de aquí?

—Mi papá vino del viejo continente, mi mamá es de aquí.

—¿Ahh sí? ¿Dónde naciste?

—Viví cerca de La Guácima, ahorita estoy viviendo en Trinidad con mi esposa.

—Mirá, mi mama es de por ahí, ¿Cómo se llaman tus tatas?

—Mi papá se llama Rodhlann y mi mamá Bercial.

—Ahhh no, viera que no me suena. Pero oiga, con razón salió machitico el carajo. ¿Ustedes ya se conocían que los vi llegar juntos?

—Nos topamos en el tranvía hace un rato— Contesté.

—Ya... Es que mirá que risa... Ustedes dos son como opuestos, y venían uno detrás del otro — Soltó una risa.

—iiiLUIS!!! —Gritó Adelmo con fuerza— vení a ayudarme un toque.

Se acercó otro enfermero al momento.

—¿Qué acontece?

—Mirá esta carajada tan rara cabrón. Estos son los nuevos asistentes que mandó Maximiliano para el 1 y 3 de varones. Este es Cielito —me señaló—

y este otro diablillo es Brenner. ¿Separados los dos al nacer ah? ¡Qué vacilón! Nos hubiera salido Ernestito moreno y la hacemos toda jajaja

—Este otro parece como una mula ´el diablo ¿ah?

—Ahh, si cierto güevón... Mula ´el diablo entonces. Bueno... —le dio una palmada a Luis en la espalda— Este es Luis "La cuecha" Álvarez. Si lo ven tirado en el piso no se asusten, porque pareciera que así lo trajo Dios al mundo. No le den varas frágiles a este carajo, ¡No hay nada que no se le caiga a este hijueputa! Sólo la cara no se le ha caído por sinvergüenza.

Además de Luis y Adelmo, conocimos a Faustino Román y a Ignacio; también enfermeros del pabellón 1 y 3. Se supone que en cada servicio teníamos que ser mínimo 5, pero por eso estaban contratando tan urgidos, por la falta de personal y la sobrepoblación de pacientes.

—Vean camaradas, la cuestión pinta así: Los dos ya tuvieron su entrenamiento, ya saben que aquí la vara está fea. El almuerzo es a las 3 de la mañana y vuelven a entrar a las 4. Ahí se ponen de acuerdo con Luis y con los otros güevones a ver qué deciden. Ya supongo que conocen un poquitico a los pacientes; si se ponen muy majaderos o violentos hay que amarrarlos y si ustedes se ponen majaderos los amarro yo a ustedes. Si tuvieran alguna duda me avisan, pero van a ver que es bonito trabajar de noche, es muy tranquilo.

Capítulo 8

Es verdad que una de las partes más lindas del trabajo eran los pacientes en sí. Los había de todas las edades y en muchas condiciones. Algunos de los que llegaban lamentablemente no estaban enfermos o necesitados, y eran abandonados a su suerte en el asilo por sus familiares, ver eso era común.

El asilo trabajaba con un sistema de pensiones para algunos de los internados, eso trabajaba básicamente con una cuota que la familia del paciente brindaba, existía por clases y dependiendo del beneficio que se pagara así era la clase de cobertura que se brindaba al paciente. Estas pensiones podrían ser pagadas por medios monetarios o en cambio con bienes comestibles o similares, que le servían al asilo para mantener a los pacientes.

Para aquellos pacientes en situaciones de pobreza que no tuvieran medios para volverse pensionarios, se les aceptaba de gratis en el hospital, siempre y cuando se les declarara la situación económica por medio de un acta.

La mayoría de las enfermedades que eran tratadas en el hospital incluían la histeria, esquizofrenia paranoica, idiotismo, problemas de adicción a drogas o alcohol, entre otros.

Las terapias ocupacionales que les dábamos a los pacientes los ayudaban a estabilizarse y los mantenían ocupados y entretenidos. Al gustarnos a Brenner y a mí tanto la música, nos pusimos de acuerdo para llevar un par de guitarras y hacerles unas cuantas serenatas a los pacientes de vez en cuando.

Aquellos días que entrábamos más temprano por algún motivo, entrábamos al pabellón de geriatría o al de UTI para complacer con alguna melodía a los pacientes. En varias ocasiones pedimos también permiso para entrar a los pabellones de mujeres, a hacerle serenata a las pacientes o a las enfermeras.

Durante los turnos de día era más común hacer sesiones de música y baile, porque a los pacientes les encantaba. Brenner siempre nos sorprendía a todos cantándonos aquellas canciones que se escuchaban de emisoras extranjeras en inglés o alguna cosa así. Nos hacía semejantes espectáculos a todos con los bailongos de jazz, cantando scat y melodías inentendibles que sin embargo sonaban riquísimo.

Yo nunca fui muy ágil para aquello del baile, lo mío era bolero, paso doble y ritmos tranquilitos. Brenner en cambio gozaba sacando a bailar a las enfermeras o algunas pacientes de vez en cuando, y deleitaba a todo el mundo con el vocerón que le salía cuando escuchaba alguna canción en el radio que le gustara.

Durante los almuerzos, si todos los pacientes estaban tranquilos durmiendo, nos íbamos Faustino, Luis, Adelmo, Brenner y yo para los jardines; discutíamos de temas al azar, tocábamos alguna que otra canción tranquilona, Brenner sacaba su pitillera y se ponía a encender algún gran puro de aquellos que había conocido por un amigo y le hacíamos ronda entre todos.

Por todo lo demás el ambiente del nosocomio se mantenía tranquilo. En la pura mañana levantábamos a los pacientes para que los de la mañana llegarán a bañarlos y darles de desayunar. Brenner y yo entonces nos poníamos de acuerdo con otros compañeros de pabellones al lado para irnos todos en el tranvía y bajarnos en el paseo colón, donde cada quién se iba para su hogar.

Así entonces, como una estela de luz, pasaron los tres o cuatro mejores años de mi vida.

Capítulo 9

IV

Uno de tantos días, ya acercándose la segunda mitad del siglo 20, me encontraba almorzando con Brenner cerca de la fuente del jardín, junto con Faustino y otro enfermero.

—¿Cómo van las vidas compañeros? Yo estoy por casarme en estos meses que vienen— Mencionó Faustino.

Faustino se casaría pronto y muchos de nosotros esperábamos la boda con ansias. No tanto por la ceremonia en sí, más bien porque éramos bien fiesteros.

La famosa fecha del evento reventaba la fiesta y el templo con empleados del nosocomio y familiares de él y su ahora esposa. La ceremonia y la fiesta de bodas se habían organizado en una espaciosa quinta en Cartago, ciudad natal de la novia.

La celebración estaba organizada alrededor de un filial metido entre potreros y bosque. Tenía una nave central donde se entraba al templo y dos naves laterales que formaban juntas una estructura en U. Las naves laterales tenían un salón de eventos, baños, cocina y pasillos amplios que se usaron para colocar las mesas. Al centro de las naves, había un planche de cemento donde se estaba armando un bailongo con una banda de por ahí que contrataron para ir a tocar.

No faltaba quien pidiera canciones y uno que otro ya tocado por el alcohol.

Faustino había guardado una mesa especial para los amigos cercanos, que, por supuesto nos incluían a mí, a Brenner y Adelmo que andaban con sus esposas, a La Chuecha, a Ignacio y a Félix, uno de los guardas del hospital.

En algún momento, Brenner se fue con Luis, Ignacio y con Felix medio largo para ir a fumarse unos puros mientras conversaban de temas al azar. Adelmo, su esposa Marta, María Perpetua y yo nos quedamos en la mesa conversando mientras sonaba la música.

—¿Y vos qué Cielito? ¿Planeas casarte en algún momento?

—Mirá que la verdad no estoy urgido, estoy muy metido en el trabajo, y creo que, si me fuera a estudiar a otro lado, me daría lastima dejar a mi

esposa aquí solita. Prefiero pensar en eso cuando termine el estudio.

—Ahh que bueno pues, está enfocado por lo menos.

Adelmo y su esposa se levantaron para ir a la pista de baile un rato, entonces quedamos sólo Perpetua y yo.

—Mirá y... ¿Cómo van las cosas con vos y con Brenner?

—Bastante bien, queremos un bebé. Lo intentamos hace un tiempo, pero los perdí. Queremos volver a probar suerte otra vez.

—Ahh bueno. Siento mucho lo del bebé y les deseo lo mejor. ¿Quieren una familia grande?

—Lo que Dios quiera, nosotros lo aceptamos gustosos.

—Si claro. Dios primero siempre.

Poco me había hablado Brenner sobre Perpetua. Fuera de que me había dicho que era de Trinidad y que la había conocido en aquella imprenta.

Era una muchacha menudita, de unos veintitantos años, de pelo negro ondulado y brillante que peinaba en un moño bajo. Sus ojos eran como dos bolinchas cafés y sus labios rojos mostraban una sonrisa bellísima de dientes blanquitos.

Como sabiendo a lo que iba, me moví un momento de la mesa para saber si venía Brenner.

—¿Se enojará Brenner si bailamos un par de canciones?

—No creo, para nada. Yo sé que ustedes son muy amigos.

—Voy a buscarlo a ver si lo veo por aquí.

Caminé cerca del portón de la quinta, para encontrármelo conversando con unos maes sobre carros. Se quitó el Churchill que se fumaba de la boca para responderme luego de hacerle la pregunta.

—Claro claro Tito, sáquela a bailar un rato, yo llego en un momentico a acompañarla, me estoy averiguando algo con estos maes de un carro que me interesa.

Me devolví entonces a buscar de nuevo a Perpetua, para que me concediera un par de canciones mientras llegaba su esposo.

Me la llevé de la mano hasta el planché donde estaban los demás

bailando.

—Me imagino que Brenner la tiene acostumbrada a bailar, ¿cierto?

—Absolutamente, de vez en cuando salimos a bailar.

—Qué bonito.

Perpetua y yo nos fuimos hasta el centro, donde comenzamos a bailar lento agarrados de las manos.

—Y dígame, Tito, ¿Qué es lo que usted quiere estudiar?

—Quiero estudiar medicina, me gustaría ser doctor en algún momento.

—Qué bien suena eso, le deseo lo mejor.

—Muchas gracias.

Entre varios boleros Perpetua y yo nos acercamos poquito a poco.

—Me come la curiosidad Tito, ¿Será que te da cosa irte sólo a estudiar?

—Pues sí, mira que da cosilla, más que todo por la familia. La ventaja es que como le dije a Adelmo, todavía no tengo esposa o hijos, porque si me partiría el corazón no llevarlos conmigo.

—Si claro, se entiende. Da cierta zozobra separarse de toda la gente que uno conoce.

—Claro que Brenner tuvo mucha suerte, pero es que él es un hombre muy carismático.

—¿A qué se refiere?

—Pues bueno, él la tiene a usted. Yo estando con un mujerón como usted, lo pensaría dos veces antes de irme, digo, si no pudiera llevarla conmigo.

—Ayy Tito, ¡Sos un coqueto! ¿Verdad? — Perpetua se sonrojó un poquito.

Algún borrachillo ahí pidió una canción que Perpetua y yo disfrutamos mucho bailar.

¿Será cierto eso que dicen que Dios sabe por qué pasan todas las cosas? Yo me distraje viendo a la banda tocando y cantando mientras los dos bailábamos, y volteando la vista a Perpetua de nuevo, ¡Espíritu Santo! Se me nubló toda la vista y sentí como un jalonazo eléctrico por todo el cuerpo, se me aceleró el corazón como nada y se me pusieron las manos

sudorosas... ¿Qué raro verdad? ¿Por qué hasta ese momento? Qué raro que trabaja este Señor en el cielo.

Ella me regaló una risa melódica y quietesita, como haciéndose la que no era con ella, y me agarró la mano con más fuerza.

El diablo y yo

Firmamos un convenio,

Y le pedí, que tú me quieras mucho,

A cambio de que cuando me muriera,

Iba a entregarle, el alma entera...

Pero a pesar de ser tan viejo el diablo

Se le olvido pensar con la cabeza

Pues al quererte me robaste el alma

Y el pobre diablo se muere de tristeza...

Esta verdad resulta una ironía

Que nos uniera el diablo vida mía

Y no podre borrar de mi memoria

Que por el diablo conocí la gloria...

(Odilio González - El diablo y yo)

Cuando Brenner volvió María Perpetua siguió bailando con él, y yo me fui a sentar. Félix, Ignacio y Luis seguían hablando de los benditos carros aquellos que los tenían fascinados. Intenté agarrarle el hilo a la conversación, para saber de qué me había perdido.

Me sentía como vacío, con un hueco en el estómago y otro en el corazón. ¿Qué me pasaba? ¿Acaso tenía envidia de mi mejor amigo? Los latidos me llegaban casi a la garganta y observaba con ojos tristes a la pareja de

casados bailando.

Hubiera querido bailar con ella todo el resto del día, llevarla a caminar por los jardines, sentarme con ella a comer a la mesa, y bajar con ella las escalinatas de la iglesia con aplausos, silbidos y una lluvia de arroz. Pero no, mi camino estaba trazado de una manera muy diferente.

¡Ah! charita, Perpetua, Hubiera deseado que quién te llevó de regreso a tu hogar hubiera sido yo.

Capítulo 10

V

Aproximadamente 15 días después de la boda de Faustino, me encontraba hablando con Ignacio en el comedor del hospital.

—Cabrón, ¿Te sentís bien? Desde hace días lo veo raro.

—Sí sí, tengo un par de pensamientos incómodos y ya está. Estoy distraído.

—¿Qué es lo que me lo tiene incómodo?

—No quiero hablar de eso por acá, usted sabe lo que es la gente.

—Bueno, usted sabe que no lo juzgo. Cuando quiera podemos hablar. Vieras que varios huevones del pabellón de hombres hemos estado yendo a tomar guaro por aquí cerca, ahí a la cantina La Bohemia, entre calle 5 y avenida 12. Digo, por si se quiere ir un día con nosotros, así aprovecha y me cuenta qué es la vara. Es que en serio lo veo tocado de las tejas a usted Cielito. ¡No me diga que anda enlunado!

—¡Sea necio güevon!...

—Diay mae es que, usted sabe que no es por andar de chepito ni nada. Es curiosidad mía y pues, saber si le puedo ser de ayuda.

—Pues ayuda sí ocupo. Viera que sí. ¿Qué día van para La Bohemia?

Entonces un día resulta que nos vamos todos en pelota para la cantina, éramos tantos que casi abarcamos toda la barra.

Por dicha Brenner estaba lejos de mi asiento, cerca de Adelmo y Luisito. Yo me quedé con Ignacio en dos de los últimos asientos de la barra.

—Mae y bueno, entonces, ¿A quién se le anda usted escondiendo? ¿Le tiene amarrado el perro a alguien?

—Ayy no, no invente. Es que es algo que me tiene con la jupa dando vueltas. Pero no quiero que todos escuchen. Menos Brenner.

—Lo escucho entonces.

—Mirá que no ves que... Me salió una oportunidad de irme afuera a

estudiar...

—¡Hombre me alegro mucho! ¿Cuándo se va?

—La cosa es que no quiero irme. Pero es güevonada mía.

—No entiendo.

—Conocí a una muchacha Ignacio. Una mujer preciosísima. Hombre he pasado días pensando en ella, estoy demasiado distraído, paso soñando despierto con ella desde hace días. Mae, pero es casada... Es la mujer de Brenner.

Ignacio casi devolvió el Ron que se estaba mandando de la sorpresa. Volvió a ver a Brenner a la distancia y volvió a verme a mí.

—Olvídese de ella hombre, ¿Qué pelota le va a estar dando a usted?

—Esa es la cosa. Ella... Bueno, no quiero confundir coqueteo con amabilidad, pero, creo que ella me estaba echando los perros.

—Jueputa, ¿iUsted está loco!? Este hombre mete asesinos a la cárcel. Busca muertos en los potreros y en los cafetales, ¿Y crees que no te va a encontrar a vos trabajando en el mismo puto pabellón?

—¡Malparido, Ignacio, yo ya sé eso!

—¿Entonces? Mae Ernesto, yo sé que lo que usted puede estar sintiendo ahora es muy fuerte, pero fuerte va a ser el semerendo pichazo que le va a volar ese hombre a usted si se da cuenta de que le hizo ojitos a la mujer. Pero dígame, ¿Cuándo pasó todo eso?

—El día de la boda de Faustino, en el bailongo aquel.

—¡Uyy mae! ¿Y qué? ¿Cuál era su plan maestro?

—Verla, quiero verla otra vez. Quiero que salgamos. Brenner me había dicho que ella trabajaba en una imprenta ahí en Trinidad. Se me ocurre que podría ir a buscarla ahí, en el día o en la tarde obviamente, porque el mae al que Brenner le compra los puros trabaja ahí, pero de noche.

La noche se inundaba de sonidos de botellas de vidrio golpeando entre ellas, vasos, platos que se caían, risas, cantos y una musiquita de tango de fondo.

—Ernestito. Usted sabe lo que usted está haciendo. Esto puede acabar con el matrimonio entre ellos dos y usted lo sabe. Si está tan seguro de que ella le echó los perros y está interesada en más que pasar una noche con

usted, todo bien. Pero aclaren las cosas primero. ¿Por qué no le escribe una carta?

—No sé dónde vive exactamente, y tampoco tengo la dirección exacta de la imprenta. Esa es la cuestión.

—¡Qué care'barro que es usted! No puedo creer que le esté ayudando a hacer esto.

—Hombre ayúdeme.

—Tito. Esa gente ya lleva como 7 años casados...Yo no he escuchado a Brenner quejándose, él la quiere mucho.

—Ella me estuvo mencionando que desde hace tiempo querían empezar una familia, pero ella perdió el bebé y pues, supuestamente quieren volver a intentar.

—¿No será que le quiso decir que quería un hijo, pero suyo, Tito?

—¡Calláte güevon! No diga esas cosas.

—Oh care'barro. ¡No serás vos el que quiere jalar con ella!

—Pues sí, quiero conocerla mejor y salir en algún momento con ella, aunque sea para ir por un café. Pero quiero confirmar primero lo que creo que está pasando. Y no se crea güevon, parte de esta angustia que me ando cargando es porque no quiero traicionar a Brenner. Él es uno de mis mejores compas.

—Bueno. Hagamos una cosa. Vaya este lunes que viene a buscarla, hable con ella y deje en claro su visión y lo que cree. Deje que ella hable y explique. No se precipite. ¡Y por amor a Dios Tito! —empezó a susurrar— sea discreto, por lo menos por ahora... Esta decisión es importante, demasiado. Sobre todo, porque usted puede ser el causante de un divorcio, y puede perder a su amigo por eso. Si está mujer no vale la pena y anda buscándolo sólo para una noche, le va a hacer más daño que beneficio.

Capítulo 11

VI

El lunes después del almuerzo me dirigí a la imprenta a buscar a María Perpetua, con la excusa de que iba a pedir unos factureros para el negocio de mi tata.

Me sentía como un quinceañero cuando iba de camino, me arreglé como pude y me comían los nervios. De alguna forma también me comía la culpa. Sabía que, si mi visión no era correcta, aparte de jalarme un ridículo me podía meter en problemas con Brenner.

Santísima Trinidad era un distrito lleno de cafetales, potreros y un área industrial bastante amplia, que venía casi desde Mata Redonda hasta la iglesia de Santa Bárbara, la parroquia del pueblo.

A unas cuadras de la iglesia se encontraba la famosa Imprenta de la familia Bech. Parecía un edificio de tamaño no muy grande, pero por dentro había amplias secciones de trabajo, casi todas llenas de gente ocupada. Entre toda la gentuza buscaba la mirada de Perpetua. Me atendió la recepcionista.

—Buenas, ando buscando a una empleada. A María Perpetua. ¿En qué sección trabaja ella?

—Ella trabaja en limpieza y mantenimiento. ¿Para qué la necesita? Yo se la puedo mandar a llamar si no está muy ocupada.

—Quería venir a dejarle un recado que me mandaron para ella. Y también me gustaría saber si es posible cotizar unos factureros.

—Si claro, déjeme y le llamo a la señora. Por mientras puede tomar una ficha para que le coticen lo del bloc de facturas.

Esperé paciente a la llegada de la recepcionista con Perpetua. Lo del facturero, como había mencionado antes, era sólo excusa por si ocupaba hacer alguna jugada extra.

La vi llegar despacito con la recepcionista, venían las dos hablando juntas.

Al verme a mí en la recepción se sacudió el vestido y se acomodó el pelo. Le pedí que fuéramos a los jardines del edificio un momento.

—¡Ayy Tito! ¿Qué viene a hacer usted aquí? ¿Pasó algo malo?

—No, no... Yo venía por unos factureros de mi tata y bueno, quería aprovechar para hablar con usted.

—¿Cómo así? ¿Hablar de qué?

—Vea. Yo le quiero ser sincero.

La tomé de las manitas y la vi a los ojos.

—Yo creo que me estoy volviendo loco Perpetua. En lo poco que llevo de vida nunca había visto a una mujer tan hermosa como usted. Yo sé que lo que yo tengo en mente tal vez no es lo correcto... Me ofrecieron un chance para irme a estudiar medicina afuera. Y pues...Quería sacarme el clavo de decirle antes de irme o por lo menos antes de tomar una decisión certera.

—¡Tito por Dios! Vos sabes que estoy casada con Brenner.

—¡Si sí, por supuesto lo sé y se lo respeto! Pero yo quería que usted lo supiera porque desde el día de la boda de Faustino yo quedé como loco con usted, su belleza, su carisma, su inteligencia, su porte, todo. Toda usted es una belleza, por dentro y por fuera. Y no tiene idea de cuánto envidia a su esposo por tenerla a usted todos los días al lado. Yo sé que son fantasías mías, pero como desearía ser yo quien pueda empezar una familia con usted.

Perpetua se puso totalmente roja y me zafó las manos para llevárselas a la cara.

—¡Santísima Virgen! Ernesto nadie puede saber que usted vino aquí a decirme eso. Cualquiera cosa si le preguntan diga que yo soy familiar suya o algo.

Me sentí vencido de repente.

—Y... ¿Cuándo se va? —Preguntó curiosa.

—Pues. Me dijeron que el próximo mes me podía alistar para agarrar el viaje.

Estaba cruzada de brazos y me volvía a ver seria; Había unos camiones saliendo con entregas y ella los siguió con la vista hasta que dejaron el edificio.

—Perdóneme. Nunca fue mi intención herir sus sentimientos o faltarle el respeto a usted o a su esposo. Sentí algo ese día en la fiesta, y pues, quería saber si estaba en lo correcto o no. Me retiro. Gracias por

escucharme.

Me incliné para despedirme de ella. Como asegurándose de que no venía nadie me jaló con los brazos y me abrazó, me inclinó un poco y acercó sus labios a mi oído. Yo sentí la chispa esa otra vez.

—Salgo en media hora. Espéreme en la plaza, al frente del edificio de la Dos Pinos RL.

Me soltó, se dio la media vuelta y se volvió a meter en el edificio. A mí se me puso la piel de gallina y a como pude caminé hasta la plaza calladito y sin llamar mucho la atención.

Tus ojos de mora, tú boca de guinda

Tan roja y tan linda quisiera besar

Tus negros cabellos, tú seno armonioso

Erguido y airoso convida a soñar

Tu frágil silueta, tú rítmico paso

De reina es, acaso, cautiva tu andar

Y toda tu gracia me robó la calma

Por eso en el alma te quiero llevar

Pero a veces un fatal presentimiento

De no ser jamás tu dueño, linda flor

Me entristece y te lloro en mi aposento

Como un niño que se queja de dolor

Y más tarde, al contemplarte tan divina

Cual un ángel mensajero de ilusión

No te creo ya imposible ni mezquina

Y de fiesta está mi amante corazón

(Carlos Gardel, Amante Corazón)

La vi llegar a eso de las dos de la tarde. Volvía a ver a todas partes como buscando gente que la conociera para esconderse. Se había tapado la cabeza con una pañoleta de flores y andaba unas gafas para el sol.

Se sacó del sostén un papel doblado como en veinte. Me lo guardó en la bolsa de la camisa.

—¡Dios guarde se le pierda a usted ese papel condenado! Ese es el único que le doy.

Infinitamente agradecido le tomé las manos para besarlas.

—¿Usted me permitiría invitarla a un café?

—¿Aquí? Jamás, ni se le ocurra. Todo el mundo me conoce. Yo vivo aquí desde carajilla. Mis tatas viven aquí.

—¿Y Tibás? Yo soy de Cuatro Reinas. También podemos ir cerca del aeropuerto.

—Podría ser. Tengo que pensarlo.

Sin poder contenerme por aquella enorme gratitud, la tomé de la cintura y me acerqué. Su perfume en la nuca me embriagaba en un éxtasis vertiginoso.

Ella me puso las manos en el pecho, y viendo a todas partes hacía fuerzas para que la soltara. La plaza estaba casi vacía a excepción de unos carajillos que andaban jugando.

Percatándose de que no había nadie samueleándonos cerca dejó de empujarme. Hicimos contacto visual.

—Ay Tito. ¡Que Dios me perdone por lo que voy a hacer!

Perpetua me besó con cariño en los labios, acariciándome el pecho y los hombros, yo la tenía aún de la cintura.

Aquel suave y delicado beso me había llevado al cielo en cosa de nada y me fui como nadando en estrellas hasta la casa. En aquel papelito, me

escribió la dirección de la imprenta y su casa para que le mandara correspondencia. El número de teléfono de la recepción y el de la casa, y los horarios que tenía. Estaba perfumado con su esencia.

Llegué en la noche al nosocomio casi pegando brincos de la alegría, busqué de inmediato a Ignacio para contarle lo que había pasado.

—¡¡Ignacio Ignacio mae!!

Ignacio venía con un paciente en silla de ruedas, camino al salón de cuidados intensivos.

—Hombre cuénteme. ¿Qué pasó? ¿Qué le dijo?

—¡Me dijo que sí mae! ¡VEA LO QUE ME DIO!

Le enseñé a Ignacio el papelito todo contento. El paciente que llevaba en silla de ruedas alzaba el cuello para chepiar también.

Ignacio se llevó una mano a la cabeza.

—¿Qué pasó? ¿De qué hablaron?

—Hombre no me dijo mucho porque se asustó viéndome ahí, pero yo le expliqué la inquietud que tenía y lo que estaba sintiendo, y bueno, la invité a tomar café un día. ¡PERO IGNACIO MAE, ELLA ME BESÓ!

—Cielito güevon. Usted sabe que tiene que hablar con Brenner en algún momento.

—¿Cómo se le ocurre hijueputa? No, jamás, yo con ese loco no hablo.

—Mae, tanto ella como usted tienen que decírselo. Él necesita saberlo si la cosa pasa a más, y bueno, ya de por sí la mujer le echó el ojo a usted. El daño está hecho. Sólo que no se ha dado cuenta.

Ignacio se fue hasta el otro pabellón y yo me fui para donde la supervisora, a pedir la lista de tareas del día. De camino me encontré con Brenner y del susto sentí como una taquicardia.

—¡Hombre! ¿Todo bien?

—Ahhh. Bien bien Brenner, todo bien. Aquí buscando a la supervisora para

empezar a bretear.

—Ah sí, voy en las mismas yo. Oiga lo vi muy separado de nosotros aquel día en la cantina, ¿Le pasa algo?

—Ah no no, es que estaba hablando con Ignacio sobre una oportunidad de salir a estudiar.

—Qué bueno saberlo. Se nos hubiera unido y nos hubiéramos mandado entre todos un Cacique o un güisqui por lo menos, ¡Para celebrar!

—No pues sí, pero la cosa es que le estaba pidiendo uno que otro consejo al mae porque no estoy seguro de qué hacer.

—Ah bueno pues, a la orden entonces.

—Gracias hombre.

Nos separamos durante el resto de la noche, yo andaba risueño y distraído. Y claro ¿iCómo no!? Aún no podía creer que Perpetua había correspondido mis palabras. Pero qué va, cada vez que se me cruzaba Brenner por la vista era como sentir un yunque de culpa cayéndome encima. ¿Cómo diablos se lo iba a decir?

“Hombre, tu esposa y yo estuvimos coqueteando el día de la boda de Faustino” JAMÁS.

Ya ni a Dios podía pedirle opinión.

Capítulo 12

VII

Aquella tarde que había quedado de pasar con Perpetua nos llevó a un café cerca del aeropuerto. La vi llegar con un vestido blanco de flores precioso.

—¡Tito! ¿Cómo le va?

—Bien, ¿Y a usted mi estimada?

—Pues bien, gracias a Dios.

—Se ve preciosa hoy, déjeme decirle. Siempre está bella, pero hoy se lució.

—Ayy, ¡No sea payaso! — me dijo mandándome un manazo suavcito — Bueno, hoy usted anda bien guapo también. Es que el último día que nos vimos andaba usted como ansioso.

—Si por supuesto. Estaba aterrado yo, pensando en que usted iba a mandarme a freír monos.

—¡Que no me metiste en problemas hombre! Yo estaba con miedo de que me preguntaran quién era usted.

Estuvimos hablando de varios temas al azar, cuando le entré con una inquietud.

—Perpetua. Dígame una cosa. Nosotros no tenemos mucho tiempo jalando la verdad, pero yo quiero saber algo. ¿Usted se iría conmigo para la Yunai si yo me fuera a estudiar?

Perpetua se quedó como estupefacta por un momento.

—Ernesto, pero... Yo sólo llegaría a estorbarle. ¿No cree?

—¡No, no jamás! Podemos quedarnos a vivir ahí los dos.

—Ayy Santo Dios, no... Me le tendría que soltar a Brenner y dejar el trabajo y...

Perpetua me tomó una mano y la acariciaba con cariño.

—...Me va a hacer muchísima falta. Ernesto vea, yo no malquiere a Brenner. Él me ha dado una buena vida, y me quiere... A veces le rezo a Dios para que me haga entender como seguir; Pero también le rezo para que me perdone por mi adulterio, y por no haber sido más paciente. Si hubiera sabido que usted iba a pasar por mi vida, tal vez nunca me hubiera casado con él. Yo era una carajilla tonta. No recuerdo ninguna vez que me haya sentido así por alguien.

Ese día nos volvimos a besar discretamente. Quedamos en que nos seguiríamos mandando correspondencia, que íbamos a estar viéndonos de vez en cuando y que rotaríamos horarios para coincidir juntos más seguido.

—¿Le ha hablado a alguien sobre esto? —Me preguntó cuando la tenía entre brazos—

—Un amigo sabe. Pero no se preocupe, ese güevon es de confiar.

—Yo le conté a mi jefe, Don Acacio. Él es muy cercano conmigo y como yo le trabajo casi desde que abrieron el lugar, él me guarda cualquier secreto. Me dijo que, si en algún momento necesitábamos ayuda con algo, él nos ayuda con gusto.

—Bueno saberlo, nunca se sabe.

Le pedí a Perpetua que me permitiera ir a dejarla hasta la casa, pero volvió a ponerme ojitos tristes como los de la vez pasada y me agarró de la barbilla suavemente para darme otro beso.

—¡Ni se le ocurra! Ahí está Brenner durmiendo. Cree que ando trabajando, pero no sabe que me eché el día. Ando rodando por San José desde temprano, no crea.

—¿A qué hora era su salida? Vamos a mi casa, la invito a comer.

—Ay no hombre, no puedo. Dejémoslo para después. Le prometo que un día le hago un almuerquito bien rico o unas cajetas. Vaya con Dios, Tito.

La vi alejarse lentamente y sostenerse el sombrerito que andaba para que no se le cayera con el viento. Observaba los aviones del aeropuerto en la

pista mientras caminaba contoneándose; Yo dejé el pago en la mesita donde habíamos estado y casi boto todo lo que había en la mesa cuando escuché un estruendoso ¡ERNESTO! Cerca mío. Era el vecino que tenía en Tibás, el que trabajaba en el aeropuerto.

—Hombre Ernesto! ¡Tanto tiempo!

—¡Baboso! ¿Qué está haciendo usted aquí? ¿No tiene que estar trabajando?

—¡Idiay idiota! ¿Usted cree que yo no almuerzo? Óigame, ¿Quién es esa mujer tan linda que estaba con usted? ¿Su novia?

—Ella es... Bueno, estamos saliendo, pero...

—Pero ¿qué?

—Ayy, pero nada. ¿Cómo está el brete aquí en el aeropuerto? Yo creo que voy a tener que salir huyendo de ese hospital.

—Uyy mae, ¿Por qué?

—Es... Casada. El esposo trabaja conmigo.

El mae peló los ojos.

—¿¡Es en serio!?

—Sí. ¡PERO NI UNA PALABRA! ¿OYÓ GÜEVON?

—Sí sí hombre. Tranquilo. ¿Está por divorciarse la muchacha?

—Di, esa es la idea.

—Uy hombre, no lo veo muy convencido.

—Me voy a volver loco baboso.

—Pero ¿Qué, o sea, ella ya no quiere al mae con el que está o cómo es el asunto?

—Pues diay, ella dice que el mae la trata muy lindo y están bien, pero que ella no siente lo mismo por el mae desde hace tiempo y no tiene como decírselo, que le da lástima.

—¿Y qué? ¿Le va a salir con Domingo Siete algún día?

—Creo que los dos vamos a tener que hablar con él.

Finalmente perdí la vista de Perpetua, y le expliqué al mae que llevábamos un tiempo escribiéndonos desde que yo había ido a buscarla, que me había sincerado con lo que sentía y que nos habíamos conocido en una fiesta de bodas; que soñaba un futuro y una familia con ella, pero que me daba pena y miedo dejar así a un mae que era tan amigo mío.

—Oiga, y semejante convencimiento, ¿De dónde lo sacó?

—Hombre, pues, he tenido un par de noviecillas antes, pero créame que ella es la mujer de mis sueños. Siempre que la veo acercárseme siento lo mismo que el día que bailé con ella en la boda de este otro compa mío. Esos ojitos chocolate me tienen hechizado.

Junto a la puerta del amor te hallé y logré besarte

Mis sueños son ya realidad, amor

Junto a la puerta del amor te hallé y logré besarte

Te siento dentro de mí

(Nino Bravo – Puerta del Amor)

Ignacio me insistía con que le dijera a Brenner como pintaban las cosas.

—Hombre, tarde o temprano este güevon se da cuenta de lo que le hicieron.

Perpetua me mandaba cartas al hospital porque yo de bruto nunca le di la dirección de mi casa en Mata Redonda o la de Tibás. Me preguntaba cómo estaba, me decía como le iba en el trabajo y como se sentía. Yo guardaba las cartas con un celo increíble, y cuando me preguntaban por qué me llegaban tantas cartas, yo les decía que me hablaba con una muchacha del puerto, pero no les permitía verlas por ningún motivo.

—Oiga Tito— Me decía Agapito, uno de los pacientes que teníamos internados por alcoholismo— ¿Cómo se llama esa muchacha del puerto con la que habla usted? ¿Cómo la conoció?

—Ah, fue en un salón de baile, hace tiempo. Se llama... Se llama María de la Luz. Sí. Como unos tres meses llevo de conocerla.

—Ahh, ¿Eso es lo que lo tiene dudando entonces?

—Sí. Depende de cómo salgan las cosas, puedo quedarme con ella aquí y esperar un tiempo. No sé.

—¿Tiene fotos de ella Tito?

—Ahh — Ah no no, no me ha mandado.

—¡Ah charita! Y si se casan, ¿Se quedan aquí en San José? Yo quiero que usted se quede Tito.

Agapito era un señor ya mayor, tendría unos 70 años y a veces lo teníamos que llevar a UTI porque se ponía malito de salud. Caminaba lentito y era pequeño y delgado. ¡Pero que no engañe! Era un bicho y le encantaba sacarle a uno los chismes. Ya había intentado cerrar el expediente con un galeno para que lo dejaran salir, pero no se creyeron el cuento.

—Tito Tito! ¡Dígale a la muchacha que venga para que la conozcamos todos!

—¡Qué va a querer venir la mujer a ver tantos atarantados juntos!
—gritaba Adelmo desde el otro extremo de la sala— Jajaja con Cielito ya debe tener bastante.

Capítulo 13

VIII

Perpetua y yo quedamos de vernos en varias ocasiones más. Íbamos a tomar café, a almorzar, a dar vueltas por el parque de Mata Redonda, por el de Tibás, por el aeropuerto y la invitaba a mi casa cuando podía.

Prácticamente llevaba dos vidas en ese momento. Yo podía estar cayéndome del sueño y del cansancio que siempre prefería toparla temprano para estar con ella.

El problema de vernos tan seguido es que a ella ya no le querían dar permisos en el trabajo. Yo me había desechado de la idea de irme afuera, por lo menos hasta que ella y yo pudiéramos por fin juntarnos.

—Renuncie, usted puede venir aquí a mi casa todos los días si quiere.

Veníamos caminando desde el paseo colón hasta donde estaba yo alquilando, en una finquita pequeña detrás de todo lo que es ahora el área de la Yamuni y el Consejo Nacional de Producción, hasta topar casi con Barrio Colón.

—¡Ayy Tito no! No puedo, necesito el dinero.

—¿Cuánto le pagan? Yo le doy la plata

—Ay no corazón, no puedo. ¿Cómo le voy a esconder a Brenner que ya me fui?

Yo llevaba a Perpetua del brazo lentito hasta la casa. Me venía durmiendo y me ardían los ojos.

—Tito, en serio usted necesita reposar, le va a hacer daño.

—Está bien linda, yo estoy bien.

La Casita que alquilaba estaba en la entrada de la finca, tenía varios cuartos y un portillo frente a un jardín enorme que a Perpetua le fascinaba.

Entramos hasta mi dormitorio, donde perpetua me aflojó la corbata y me

quitó la camisa para dejarme en camiseta de tirantes.

Me acomodaba el pelo con sus manitas que me alcanzaban la cabeza a duras penas.

—Duérmase un rato. Es en serio. Usted anda levantado desde las cinco de la mañana y no ha cerrado esos ojos. Yo voy a dejarle algo para el almuerzo antes de irme. ¿Oyó?

Le dije que sí y me senté en la cama para darle un último beso y un abrazo antes de que se fuera.

—No se preocupe por mi almuerzo. Yo le llamo un taxi para que no tenga que ir solita caminando amor, tranquila.

Me hizo ojitos tristes y se sentó a la par mía.

—¡Ayy Tito! ¡Deje de hacérmelo tan difícil!

—¿Qué cosa?

—Despedirme de usted.

Cuando Perpetua me besaba no tenía que hacer esfuerzo alguno para cerrar los ojos, entre la dulzura de sus gestos y el sueño que me andaba los párpados me caían como persianas.

Estuve flotando en aquella serenidad por un momento, hasta que se me prendió el bombillo.

—Tengo una idea —Le dije abriendo los ojos.

—Le escucho.

—Voy a pedir cambio de horario. Así podemos vernos en la noche.

—Tito, pero ¿Cómo hago yo con mi horario rotativo? Igual sólo podría venir en ciertas ocasiones, porque Brenner me conoce el horario.

—Dígale a ese güevon que le dieron un horario de noche fijo. Y dígale a su jefe que se hable conmigo, creo que podemos hacer algo.

—¿Y ahora que se le ocurrió? Explíqueme bien.

—Bueno, ¿Don Acacio no es dueño de una imprenta? Voy a decirle que me haga una chequera falsa para que le firme cheques a usted, y yo le doy la plata. Entonces si el mae sospecha algo usted le enseña los cheques y la plata se la doy yo. Y así estamos juntos toda la tarde y la noche.

El plan malévolo había dejado a Perpetua perpleja. Se llevó una mano al pecho y volvía a ver a la pared.

—¿Usted cree que funcione?

—Díay sí, que yo sepa este mae no tiene experiencia de banquero, como para que sepa distinguir un cheque falso de uno real. ¿O sí?

Levantó los hombros.

—Pensémoslo bien Ernesto. Demos un tiempito. Tal vez Dios me de la fuerza para decirle a Brenner lo que siento.

Me acosté cuando ella aún estaba en la cama sentada, y me quedé dormido. Para cuando desperté ya no estaba, pero venía de la cocina un olor riquísimo a sopa.

Sabía que tenía que pedir el cambio de horario como fuera, sólo de esa forma podría recuperarme un poco y seguir viendo a Perpetua de alguna forma. De verdad quería que ella se animara a dejar la imprenta.

—Don Maximiliano, disculpe que lo moleste.

Ese día en la noche, cuando los pacientes ya estaban dormidos me fui a hablar con Maximiliano, buscando que de alguna forma me cambiara el horario. Entrando a la oficina, me encontré varios enfermeros y asistentes, incluidos Brenner, Adelmo y un par de güevones del pabellón 4.

—Ernestito! Venga dígame, ¿Qué ocupa?

—Verá es que... Qué vergüenza que se lo pida así, es que, necesito solicitarle un cambio de horario.

Maximiliano se limpió los lentes y sacó unos documentos de su archivero.

—¡Cielito! ¿Qué me le pasó hoy? ¿Le sobró amor? Lo veo bien golpeado

—Exclamó Adelmo —

—Calláte mae. No pude dormir nada hoy.

Todos reían a carcajadas.

—Tito vea —Mencionó Maximiliano — La cosa es que se supone que para principios de este año que viene vamos a hacer reacomodo de horarios, y posiblemente ustedes se vayan para rotativo. ¿Le serviría algo así?

—Claro que sí, lo que necesito es reponerme un poco.

—Oiga y ¿Qué es lo que me lo tiene tan cansado Tito? ¿Será insomnio?

—No no hombre, nada más que he pasado en un corre corre con todas las vueltas que he tenido que hacer. Averiguando ahí unas cosas para lo del viaje.

—¡Mae qué! ¿Ya fue a conocer a la muchacha del puerto? ¿Cómo se llamaba? —Preguntó Brenner

—Ahh, ¿María de la Luz...? No no, aún no nos hemos puesto de acuerdo.

—Jaja que vacilón, se llama parecido a mi Perpetua. El nombre completo de ella es María Perpetua de la Luz Picarzo.

A mí se me erizaron los pelos de la nuca.

—Ah sí, cierto. ¡Qué casualidad!

Capítulo 14

IX

El cambio de horario fue una ventaja en muchos aspectos. Primero, me podía permitir descansar mejor, acomodar bien los pensamientos y por supuesto, los planes. Casi de rastras fue que logré llegar al final de 1950, cansadísimo con aquella doble vida que llevaba.

Volver al horario de día como hacía 5 años fue bastante vacilón, en el sentido de que era un toquecito más demandante y bastante más dinámico.

De cierta forma se me habían pasado de lejos cosas como las citas con los galenos, las idas al comedor con todos los pacientes y parte de las terapias ocupacionales. Es verdad, la noche era muchísimo más tranquila.

Para entonces nos cedieron el pabellón de geriatría, la UTI y un salón ordinario de varones. En contraste con la noche, muchos de los pacientes en el día eran sumamente inquietos y a veces incluso violentos.

Teníamos un paciente que se llamaba Antonio. Este chiquillo era inquieto como nada y se le había diagnosticado con histeria. Se ponía muy violento si no lo reconocía a uno o si le cambiaban las cosas de lugar. Más de una vez tuvimos que hacer molote encima de él. Sobre todo, una de las veces en las que quiso irse contra uno de los pacientes de geriatría. ¡Qué va! Controlar a Antonio era bien difícil, nos teníamos que ir por lo menos dos asistentes a agarrarlo; El único que podía solito con él era Brenner. Este mae si le ponía freno rapidito y antes de decir nada ya lo tenía amarrado.

A veces a nosotros, aunque nos lo tuvieran prohibido, nos llamaban del pabellón de mujeres, cuando las enfermeras no podían controlar a alguna loca. Había mujeres bien salvajes ahí internadas también. Nos contaron la historia de una que era novicia cuando la internaron en el nosocomio ¡Y le contaron 3 escapadas del asilo! Tres veces se salió con la suya, pero las tres veces la lograron encontrar.

Lamentablemente en ese tiempo, algunas de las personas que eran internadas no estaban enfermas, o eran diagnosticados con padecimientos que luego se comprobaron inexactos o erróneos, como los "Inválidos morales" o la "Histeria femenina"

Las celdas eran el terror del asilo, junto con los tratamientos de electroshock, convulso terapia, coma inducido con insulina y neurocirugía. Estas celdas estaban para apartar a pacientes que fueran muy peligrosos

o que tuvieran necesidad de estar en observación por comportamiento todo el día. Sólo ciertos tipos de pacientes podían ser metidos en las celdas.

La verdad es que fuera de las cosas feas que podía tener el asilo, el buen ambiente se respiraba durante gran parte del día. A veces cuando venía de algún consultorio con los pacientes me encontraba a Brenner o a los otros maes en una pura cantadera con los pacientes en el jardín, los salones o el comedor.

Algunos cantaban en un coro inentendible junto con Brenner:

Tell me, have you ever heard this melody?

Dya dya, dya, dya, dya...

That melody has made an awful hit with me

Dya dya, dya, dya, dya...

I don't know where I heard it

But I liked it from the start

It seems that I preferred it

'Cause it got right to my heart

It lingers in my brain

I've nearly gone insane

Ooo, although I love that strain

Of Melody

(That Haunting Melody-Al Jolson)

La cancioncilla del tal Al Jolson me daba algo de repelús, pero era divertido oírlos cantar a todos con aquel desmadre que se armaban.

—Bueno, vamos a dejarle a este muchacho las dosis que habíamos acordado desde el mes pasado. Yo le voy a pasar la receta para que le llegue a Maximiliano y él se la pase a farmacia. Parece que el muchacho

va mejorando con la recuperación de la memoria y ya tiene un mejor juicio. Lo que me preocupa es esa herida que le quedó. ¿Cómo me dijo usted que le había pasado?

—Una caída doctor, el problema es que fue hace como una semana y no se le quiere curar. Yo le avisé a Maximiliano y a Adelmo. Me da miedo que se le infecte o se le gangrene.

—Di bueno, hagamos una cosa, si la herida no se empieza a curar de aquí al viernes lo vamos a mandar sedado al San Juan. Cuando se resuelva eso que nos lo traigan aquí de nuevo. El problema es que a Don Roberto le llegó una lista enorme de otro montón de pacientes que tenemos que internar, y si se nos saturan los consultorios no podemos estar viendo heridas y esas cosas aquí, porque nos puede hacer perder mucho tiempo.

—¿Y si lo dejamos en UTI unos días? Tal vez le controlemos la heridilla ahí.

—Ahh sí, Vos trabajas en el salón de UTI también, ¿Verdad?

—Correcto Señor.

—Ah buenísimo. Hagamos el traslado y cualquier cosa si no mejora a mañana lo mandamos el viernes al San Juan.

De vez en cuando, nos encontrábamos con alguno que otro funcionario del asilo; conserjes, los guardas de la mañana y la tarde, las enfermeras del pabellón de mujeres, los cocineros, recepcionistas, o incluso con las hermanas hijas de la caridad, que a menudo nos tendían mano si había demasiada gente internada para la cantidad de asistentes.

Con las enfermeras era un vacilón porque había una de ellas, Esther Villalobos, una muchacha alta de melena rizada y brillante que estaba como loca con Brenner.

—¡Brenner! ¿Cómo me le va? ¿Usted cree que pueda ayudarnos con algo? Es que vieras que se nos quedó pegada una puerta del mueble de farmacia, por si usted nos podía ayudar.

—¿Cuál puerta? Yo ahora fui a recoger unas pastillas y estaban bien—Le contestaba otra enfermera a Esther— Le hubiera avisado al conserje, don Julio, el andaba cerca ahora.

—¡Ay ay cállate! ¡Le estaba diciendo a Brenner para aprovechar que iba para el consultorio del galeno ahora después del mediodía!

—¡Idiay Esther! ¿Le llevo a Mula 'el diablo a que le deje un cafecito ahora

en la tarde? —Se metió Adelmo—

—Ahh sí sí Adelmito, pero que nos traiga café a todas y se quede un ratito a conversar.

—¡Ah juepucha! ¿Les dieron la tarde libre o qué?

—¡Esther es la que se da las vacaciones solita! Ahí donde la ve Adelmito es bien tremenda la condenada.

Brenner decía que Esther se le parecía a una cantante que a él le gustaba mucho. Siempre que la veía le cantaba algún pedacillo de canción:

I want a job in the moonlight

Under the stars above

For I'm an unemployed sweetheart

Lookin' for somebody to love

(I'm an unemployed Sweetheart - Lee Morse)

—¡¡Ayy Mulita!! ¡Cantáte la otra! ¡La que a mí me gusta!

—¡Ahh carambas! ¡Vayan a trabajar que por tertuliar no pagan! —Gritaba algún bombetas.

Gran parte del movimiento en el hospital durante el día hacía que el turno pasara rapidísimo. De camino a la casa pasaba a comprarme a alguna panadería un baguette y me iba a la casa a tomar café.

Perpetua se veía conmigo cada vez menos, porque difícilmente le daban permiso en el trabajo para salir durante el turno, y Brenner le conocía bastante bien los horarios, como ella misma me lo había comentado.

El mae llegaba a recogerla en un Cadillac negro serie 62. En aquel carraso se la llevaba de vez en cuando a pasear, y entonces me quitaba los

chances de verla.

—Mula 'el diablo, dígame una cosa mae.

—Lo escucho.

—Hombre, ¿Cuánto cobran usted y su tata por investigar esos casos que dice usted?

—¿Por? ¿Ocupa ayuda con algo?

—Hombre, a mi suegra la andan asustando desde hace días, ¡Pero yo creo que es por andar de chismosa!

—Ah diay mae es que depende, pero usualmente se cobran unos \$20.

—¡Hijueputa mae! Qué barbaridad.

—Si hombre, bueno, es que hay que llevar mucho equipo y sacar mucho tiempo. Todo dependerá de lo que haya que hacer. Si es sólo una consulta o algo así obvio es más barato.

—¡Ya veo de dónde se sacó ese Cadillac gran caballo!

Brenner reía a carcajadas sosteniendo el corona con sus dientes.

—¡Comprese otro y lo rifa entre las enfermeras Brenner! Cada número cuesta un beso y un calzón —Exclamó Luis.

—Jajajaja ¡JODÁS Cuecha! Me parte la madre Perpetua si hago eso.

—¡Nombre Cuecha! ¿Cómo se le ocurre? Sea tan bestia usted. ¡Capaz y se compra Esther todos los números de la rifa y nos atropella a todos en el parqueo por andar hablando de ella!

Yo me quedaba quietecito atendiendo a los pacientes y escuchándolos a ellos hablar.

¡Si supieras Mula 'el diablo! La culpa que siento es como comején hartándose un tuco de madera.

Capítulo 15

X

El año transcurría con tranquilidad, digamos. Perpetua no había dejado su trabajo aún y yo a la espera de un cambio, les pedía a todos los santos que terminara de convencerse de irse de la imprenta o que por lo menos hablara con Brenner antes de que me tocara a mí hacerlo.

Uno de los días más felices de mi vida fue un 26 de octubre de ese año. Desde el portillo de la casa observaba el jardín empapado en rocío y las estrellas en el cielo cuando vi llegar un taxi.

Desde adentro salía María Perpetua guardándose el cambio de la tarifa en el bolso que andaba.

—María, ¿Qué pasó? ¿Qué haces aquí? Son más de las nueve.

Se acercó al portón y se sostuvo de las verjas mirándome fijo y con una sonrisa medio escondida.

—Renuncié hoy Tito, Brenner fue a dejarme a la imprenta y hablé con Don Acacio. Él me llamó el taxi.

Le abrí el portón de inmediato y la dejé pasar al portillo, donde acomodó su bolso en una banca del pasillo.

—¿Cómo así Perpetua? ¿Ya es definitivo?

—Sí Tito, ya dejé la carta de renuncia.

La abracé estrepitosamente de la alegría.

—¿A qué hora necesita que la vaya a dejar a la imprenta mañana?

—Tengo que estar ahí antitos de las cinco. Brenner llega a recogerme a la hora en punto.

—No se preocupe mi dama, sin falta nos vamos tempranito para evitar cualquier problema.

—Como deseara yo quedarme aquí todo el fin de semana con usted.

Solté a Perpetua suavemente, ella me jaló de vuelta al jardín.

—¿Cómo no quisiera uno ser feliz sin tocar la vida de otros Tito?

—¿Si verdad?

—Si yo supiera que no le fuera a hacer ningún daño. Yo me siento mala Tito, me siento una persona mala. No sólo porque él sea mi esposo, también porque lo estoy haciendo perder el tiempo. Él podría irse y ser feliz con alguien más como yo lo soy a su lado, Ernesto, y eso me daría una paz tremenda. Pero yo sé que él no va a querer irse así porque así. Yo tenía un compromiso con él y le fallé.

—Perpetua, usted no tiene culpa de lo que siente. Creo que ambos sabemos que fue involuntario, y que todo hubiera sido mejor si desde el principio hubiéramos sabido que todo esto iba a pasar, pero siendo así, ¿Qué de bonito tendría la vida?

María me sonrió ampliamente y nos volvimos a besar. Tenía tantas ganas de volver a sentirla a mi lado, y habían pasado días de desde la última vez que habíamos salido.

La vi separarse un momento y sacarse los anillos de compromiso y de matrimonio. Me los metió en la bolsa de la camisa.

—Voy a decirle a Brenner que se perdieron.

Entonces empezó a lloviznar, ambos nos fuimos al corredor y nos quedamos ahí un rato.

—Cuénteme linda, ¿Ya cenó algo hoy? Yo como no tenía idea de que iba a venir no prepararé nada, pero puedo cocinarle algo o...

—Ay, no invente sorompo. No, no, tranquilo. Yo comí hace rato ya, antes de irme para la imprenta.

Me puso la mano en el regazo y me acariciaba la mano con gentileza.

—María Perpetua. Usted no sabe cuánto soñaba yo con un momento como este desde aquella boda de Faustino.

—¿Se imaginó conmigo en el altar?

—Claro, soñaba que esa había sido nuestra boda y nuestra fiesta.

—¿Será entonces que hoy es nuestra noche de bodas?

Nos reíamos ambos a carcajadas.

—¡Casi dos años después Tito! ¡Nos agarró tarde!

Hubiera querido que aquella noche se hicieran mil y mil años viviera yo...

Recuerdo en aquel afán que andábamos por celebrar que finalmente teníamos una noche a solas, yo no encontraba ni dónde poner a perpetua, pero al rato encendimos el radio y nos pusimos a bailar lentito.

Si la gente la espalda nos da

Por las leyes haber quebrantado

Que nos diga quien quiera juzgar

Si en su vida jamás ha pecado

Noche, no te vayas

Déjanos en tu manto eternizarnos

No queremos vivir el nuevo día

Preferimos morir, que separarnos

Noche, no te vayas, noche, no te vayas

Noche, no te vayas

(Los Tres Caballeros – Noche no te vayas)

—Usted no se imagina Daniel Ernesto, lo que yo siento al por fin tenerlo en mis brazos sin remordimiento de que la gente nos vea.

—¿Acaso que ellos saben Perpetua todo lo que hemos pasado?

—Por eso son tan peligrosos Tito, porque no comprenden y no se reparan

en inventar.

Es increíble como vuela el tiempo cuando uno disfruta; aquella bailada que nos pegamos con toda la colección de vinilos que tenía se nos pasó en cuestión de un parpadear. Recuerdo estar en la recamara de mi cuarto junto con perpetua en la cama, donde nos alumbraba una lamparilla que estaba en el balcón del segundo piso.

Nos habíamos acostado juntos, prometiéndonos que esta sería la primera de muchísimas noches más. Los besos de Perpetua, aunque dulces, desbordaban pasión y miedo al mismo tiempo, miedo a que aquel fuego fuera descubierto y extinto de alguna forma. Ambos perseguíamos ese deseo de libertad absoluta, de escaparnos de todo y todos y entregarnos a lo que sentíamos. Pensábamos en irnos muy lejos sin darle explicaciones a nadie; ¿Para qué? Nadie se acuesta en medio de nosotros para estar dando justificaciones de nada.

¿A quién hay que justificarle el amor verdadero y por qué?

La recorría incansablemente y exploraba en mi tacto y mis restantes sentidos todo aquello que antes había sido sólo un misterio. Su olor corporal y su perfume me embriagaban, su ropa llevaba impregnado el olor del tabaco que Brenner quemaba como anafre. Me dijo que fumaba hasta en la cama.

Me mencionó que temía un embarazo; pero que, si pasaba, ese sería el detonante para sincerársele a Brenner de una vez por todas.

Me hacía sentir tanta impotencia el no poder haberme acercado al carajo como el supuesto amigo que era para explicarle todo.

El impulso de sellar lo que habíamos soñado tanto tiempo era fuerte y latente. Me temblaba el pulso al tacto y mi respiración se cortaba entre palabra y palabra.

—Tito, sólo relájese. Que pase lo que tenga que pasar. Ya veremos nosotros —. Me decía entre susurros.

Su voz sanaba como ninguna. Me sumergí en una fantasía sublime como me sumergía en las pozas cuando estaba carajillo. Me imaginé con ella en una casita nueva, fuera de la ciudad, fuera de todos los que nos conocieran; como metida en el bosque o pérdida entre los potreros. Me

soñé con ella de nuevo en la parroquia donde habían casado a Faustino.

Compartimos clímax con la noche y nos rendimos a la imposibilidad de estar tranquilos, por lo menos durante un tiempo más.

En la madrugada, a eso de las 4 de la mañana, cuando yo iba saliendo del baño para ir a dejar a María, me la encontré en el jardín, ya lista con su bolso y apreciando todas las flores, una por una. Cantaba con una vocecita suave:

Poniendo la mano sobre el corazón

Quisiera decirte al compás de un son

Que tú eres mi vida

Que no quiero a nadie

Que respiro el aire, que respiro el aire

Que respiras tú

Amor de mis amores

Sangre de mi alma

Regálame las flores

De la esperanza

Permite que ponga

Toda dulce verdad que tienen mis dolores

Para decirte,

Que tú eres el amor de mis amores

(Agustín Lara – Amor de mis amores)

Al verme acercándome me jaló suavemente de la camisa para darme un

último beso.

—Hasta luego Ernesto. Que la sangre de Cristo me lo cubra. Nos vemos el lunes si así Dios lo permite.

Había llamado un taxi rato antes de que yo me despertara y estaba esperándolo.

—¡No! ¡No! Yo le prometí que la iba a ir a dejar.

—Sí mi cielo, yo sé, pero mejor prevenir. Siempre es mejor prevenir.

Le abrí el portón y a los pocos minutos se acercó el taxi a la entrada.

—Cuídese mucho ¿Oyó?

Asentí y ella me mandó un beso al aire.

Capítulo 16

XI

Perpetua entonces llegaba toda la semana en las noches a la casa en taxi, llevaba en su bolso una mudada doble para cambiarse cuando andaba en la casa y se iba las quincenas con los cheques falsos que me habían hecho en la imprenta.

Recuerdo haber llegado el lunes siguiente al Nosocomio feliz como nunca, feliz de que vería a mi Perpetua en la noche, feliz de que habíamos tenido por fin una noche juntos.

El día que me quieras

La rosa se engalana

Se vestirá de fiesta

Con su mejor color

Y al viento las campanas

Dirán que ya eres mía

Y locas las fontanas

Se contarán su amor

La noche que me quieras

Desde el azul del cielo

Las estrellas celosas

Nos mirarán pasar

Y un rayo misterioso

Hará nido en tu pelo

Luciérnagas curiosas que verán

Que eres mi consuelo

(Carlos Gardel – El día que me quieras)

Le conté contentísimo a Ignacio sobre la decisión que había tomado Perpetua y sobre aquella preciosa velada.

—Qué bueno escuchar que todo va bien. Pero dígame, ¿Ya sabe Brenner?

—No mae. Todavía no.

—¿Qué están esperando? Nadie se merece eso Tito.

Resulta que pasó como mes y medio. Estaba bañando a uno de los pacientes con Luisito cuando llegó Brenner pegando brincos que lo hacían casi tocar el techo.

—¡Idiay Mula! ¿Qué es esa contentera que se anda hoy uste? ¿Qué se pegó?

—¡Hombre mi Perpetua está embarazada! ¡Nos dieron la noticia ahorita temprano!

Los asistentes y enfermeros se acercaron para felicitarlo. Yo juro por Diosito que di como dos pasos y sentí que se me bajó el azúcar.

A duras penas le di una palmada en el hombro.

—¡Mula 'el diablo felicidades hombre! ¿Está contenta la muchacha?

—Los dos contentísimos Tito.

—Que dicha mae ¿Cuánto tiene ya? ¿No saben?

—Creemos que como un mes y algo.

Ignacio me clavaba los ojos como machetes desde uno de los extremos del salón mientras acomodaba a Agapito en la cama. Yo sudaba frío.

Ese día llegó perpetua otra vez a la choza, ese día, a diferencia de otros no venía con un semblante tan alegre, en cambio la vi medio cabizbaja y ansiosa.

—Ay Tito, me imagino que ya Brenner les dio la noticia...

—Correcto querida. Pero vea, es una buena oportunidad porque así puede hablar con Brenner, le hablamos los dos juntos si gusta, y usted sabe que puede quedarse aquí. ¡Es más! Podemos irnos bien largo Perpetua, allá como para los lados de Golfito. Así ese mae no se nos va a aparecer ni de broma, lo que hago es conseguir plaza en el hospital de la United o en alguna clínica cerca, por ahí por los lados de Palmar.

—Es que mire... —Me observó con ojos serios— Hay una situación, antes que nada, Ernesto. No sé de quién es.

—¿Cómo cómo? Pero si fue hace un mes y resto que nosotros estuvimos juntos por primera vez y...

—Si. Pero estuve con Brenner.

Empecé a tragar grueso del estrés.

—Ignacio tenía razón. Teníamos que haberle dicho desde el puro principio.

—Está bien Tito. No nos preocupemos tanto por ahora; yo sé lo que le había dicho usted, y mantengo la promesa.

Ambos nos fuimos para el balcón del segundo piso a seguir hablando. Nunca se me olvida que me pidió que por favor le regalara un cigarro o un purito.

—¿Y eso que quiera fumar hoy? Eso no es bueno para el bebé.

Perpetua no había cambiado la mirada en todo el día. Su perfil resaltaba entre la oscuridad de la noche y la luz vaga de la lámpara de aceite.

—Tengo miedo Ernesto.

—¿Miedo de qué? Usted sabe que podemos arreglar la situación. Siempre podemos irnos a la Yunai o algún otro lado los tres.

—No es eso mi amor. No es eso.

Perpetua soltó el humo del cigarro.

—¿Entonces?

—Tengo miedo por Brenner.

—¿Por qué? Bueno estoy seguro de que en algún momento él lo va a tener que asimilar y—

—No no, uste' no entiende. Brenner no es... Brenner tiene algo. A mí nunca me ha quedado muy claro qué exactamente, pero tampoco he querido preguntarle porque pues, yo sé que a él le afecta sacar temas así. Él mismo me lo dijo un día. "El día que te vayas pa' la gloria en el cielo, yo voy pa' otro lado".

—Mujer no te entiendo nada.

—Tal vez... ¿Cuándo tiene que ir usted por la chequera nueva?

—Ah diay, la chequera que tengo ahorita está casi completa. ¿Por qué?

—Es para que hable con don Acacio. Él tal vez le pueda explicar todo mejor que yo.

—Hola buenas. ¿Cómo puedo ayudarle?

—Necesito hablar con Don Acacio.

—Tiene cita con él?

—No señorita, pero es urgente. Vengo de parte de Perpetua Picarzo.

Acacio bajó las escaleras tras el aviso de la recepcionista.

—Don Acacio. Disculpe la molestia por la inesperada visita. Vengo de parte de su exempleada Perpetua.

—¿Cómo está mi Perpetua? Nos hace tanta falta aquí. Herminia siempre me pregunta por ella.

—Muy bien, gracias a Dios. Ella me mandó aquí a aclarar algunos asuntos, y necesito su ayuda.

—¿Qué asuntos, disculpe?

—Brenner Fritz. Su ex bodeguero.

La sonrisa de Acacio se tornó rígida y forzada antes de convertirse en un gesto terrible y tajante de seriedad.

—Acompáñeme a la oficina por favor.

La oficina estaba bien alumbrada desde la recepción, pero Don Acacio corrió la cortina para que los otros empleados no nos vieran. El radio hacía eco en el silencio del cuarto.

The devil's gonna git you

Oh the devil's gonna git you

Man the devil's gonna git you

Sure as you're born to die

(Bessie Smith – The Devil 's gonna git you)

—¿Le gusta esa música en inglés Don Acacio?

—Ah sí, bastante. Esa es Bessie Smith, fue por Brenner que la conocí. No sé mucho inglés, pero me gusta su voz. Pero, dígame entonces, ¿Qué es lo que ocupa saber de Sabueso?

—¿Sabueso?

—Sí, el Sabueso. Así le dicen en el grupo que tiene, y así lo conoce bastante gente.

—Ah entiendo. ¿Y por qué le dicen así? ¿Por perro? —solté una risa leve—

—Jajaja no no; según lo que me dijo, me había explicado que él en el grupo hacía una función muy parecida a los de los sabuesos con la policía, él buscaba pistas dónde a nadie más se le ocurría, que él buscaba y encontraba lo que se le pidiera. Cadáveres, gente perdida, fantasmas o cosas raras ¿iYo qué sé!? Parece que el chavalo tiene como habilidades extrasensoriales o algo así. El hombre daba algo de grima, no le voy a

mentir, pero trabajaba bien.

—Los ayudó con algo cuando estaba aquí trabajando?

Acacio se acomodó el nudo de la corbata.

—Teníamos... Teníamos un empleado que se llamaba Elías. Él me trabajó a mí durante un tiempo antes de que llegara Brenner. Unas semanas atrás el hombre estaba rarísimo, llegaba golpeado, rasguñado, lleno de sangre, y nadie sabía por qué. Brenner trató de intervenir cuando empezó a trabajar de bodeguero y empezó a ver cómo nos ayudaba con el muchacho. Un día pues no sé qué fue la cosa que el hombre salió huyendo de la imprenta como alma que lleva el diablo, Brenner se fue a perseguirlo y pues, se hizo bien de noche. Nos quedamos aquí esperando como por más de tres o cuatro horas calculo yo, y llegó el Sabueso a decirnos que se le había perdido Elías. Ese año, varios meses después, encontraron el cadáver de Elías en una finca. Parece que se desorientó cuando salió corriendo y agarró pal monte.

—Oiga, pero entonces dígame una cosa. Si el mae es tan bueno como dicen para encontrar gente y esas cosas, ¿Por qué tardaron tanto en encontrar a Elías?

—Los que encontraron el cadáver fueron unos peones de la finca. Yo no soy nadie para juzgar Ernesto. Dios sabe que yo no soy perfecto; pero, si usted me lo pregunta... Yo creo que Brenner perdió a ese muchacho a propósito. ¿Ha escuchado usted las historias de los duendes que pierden a los carajillos traviesos en el bosque?

—Sí señor. Un par de anécdotas me han contado.

—Sí bueno, a Elías no lo perdieron los duendes; lo perdió Brenner.

—¿Y por qué hacerle eso sí Elías no le había hecho nada a él más que pedirle ayuda?

—No estoy seguro hombre. No sé si me habré perdido de algo respecto a lo que ellos estuvieron conversando.

—Y al final, ¿Quién era el que lastimaba a Elías?

—Eso tampoco lo pudimos averiguar. Me imagino que los que saben son las mismas personas del grupo de investigación.

—Don Acacio, ¿Y si fue el mismo Brenner?

Acacio levantó los hombros con una mirada preocupada.

—Me hacen falta muchas respuestas muchacho. Pero vea, sí recuerdo muy bien algo que él mismo me dijo cuando todavía trabajaba aquí.

—¿Qué cosa?

—Que su trabajo no era hacerme ver cosas que no existían, pero sí hacerme creer en un par de cosas que sí que eran reales.

Entonces pelé los ojos como una piña mal cortada. Rebobine la frase de Perpetua en la mente.

“Cuando vos te vayas para la gloria en el cielo, yo voy para otro lado”...

—Este hombre es un asesino entonces, ¡Debería estar en la cárcel o algo!

—¿A quién cree usted que le van a creer más? ¿Al amante de la mujer de Brenner, o a Brenner, uno de los más perspicaces investigadores privados del país? Pero, no es sólo eso; Si estamos en lo cierto de que Sabueso perdió a Elías y fue el mismo que lo golpeaba, yo no creo que las rejas puedan contenerlo. No hay pruebas Ernesto, sólo malas espinas.

—Puedo preguntarle... ¿A qué edad comenzó Brenner a trabajar aquí?

—Tendría unos 16 años más o menos. Era un carajillo. Él me trabajó como año y medio más después de lo de Elías. Se fue como por 6 meses y volvió, pero para pedirle mano a Perpetua.

»No ha cambiado mucho le digo —Continuó—, siempre esa misma mirada de mala muerte y esos ojos que parecen bolinchas blancas. Hasta que da cosa verlo de cerca. Es una lástima; porque lo recuerdo muy ameno y amable, lo saludé creo que antier cuando vino a recoger a la mujer.

Acacio estuvo callado un par de minutos, mientras le echaba azúcar a un café que tenía servido en el escritorio. Pensé que posiblemente ya se le había enfriado; y en lo personal, nunca me gustó el café frío.

—¿Usted lo ha escuchado acercándose Ernesto?

—¿A Brenner? ¿A qué se refiere?

—No creo que me esté volviendo loco yo solo. Él avisa cuando viene. Él

siempre avisa... Igual que el diablo.

—Por más que avise, ¿Qué me va a hacer? No me dejo de nadie, menos de él.

—Cuidado Ernesto. Usted, Perpetua y hasta yo mismo estamos en una posición peligrosa. Ya sabe cómo dicen; no es lo mismo llamar al diablo que verlo venir.

Capítulo 17

Capítulo XII

Cuando ya el embarazo de Perpetua fue avanzando Brenner decidió que era mejor que se quedara en casa y le pidió que "renunciara". Así entonces, esos últimos 4 meses de embarazo no la pude ver ni un sólo día.

Me quedé esperando a que ella le dijera finalmente que dudaba sobre la paternidad del bebé. Pero eso también me pasa por poco hombre, porque yo pude haberle hablado desde el principio como me dijo Ignacio; era una posición riesgosa, más que para mí, para Perpetua y el bebé.

Usted,

Es la culpable,

De todas mis angustias,

Y todos mis quebrantos,

Usted,

Lleno mi vida,

De dulces inquietudes,

Y amargos desencantos

Su amor es como un grito,

Que llevo aquí en mi sangre,

Y aquí en mi corazón,

Y soy, aunque no quiera,

Esclavo de sus ojos,

Juguete de su amor,

(Los Tres Diamantes – Usted)

A Perpetua se le ocurrió la idea de mandarnos almuerzos a Brenner y a mí, entonces, en la bolsita con el almuerzo que me alistaba me ponía cartas para contarme cosas, para contarme sobre cómo iba el embarazo, como estaba el bebé, y como se sentía ella.

Los almuerzos los dejaba una vecina que trabajaba por ahí, se los dejaba encargados a Don Félix, el guarda del turno.

En medio de esas cartas le pedí a María Perpetua que no le dijera nada a Brenner hasta después del parto, para asegurarnos de que ella y el bebé iban a estar bien.

Don Maximiliano nos advirtió que se venía otro cambio de horario muy pronto, y que una gran parte del pabellón de UTI y geriatría iba volado para la noche otra vez porque estaba entrando personal nuevo y tenían que entrenarlos durante el día.

Por otro lado, no es mentira que lo que me había contado Acacio me dejó estupefacto y medio asustado.

¿Será que Brenner era alguna especie de asesino en serie? Me pareció que había demasiado misticismo en lo que me dijo el señor. Hablándome de que disque duendes y esas carajadas raras... Que Brenner avisaba cuando venía. Si bueno, si siempre fue un bombetas desde que lo conocí y llegaba pegando gritos todos los días.

La cosa es que la bebé de Perpetua nació un 21 de Julio de ese año. Era una chiquita preciosa de pelo negrito y brillante como el de la mamá. De hecho, la chiquita era igualita a ella. En una de las ocasiones en que la vecina de Perpetua llegó a dejar los almuerzos, Perpetua se fue con ella y se llevó a la bebé.

Como había yo mencionado antes, cuando salíamos a almorzar los asistentes o enfermeros de un mismo salón o pabellón teníamos que turnarnos para no salir todos al mismo tiempo y no dejar a los pacientes solos. Durante varias semanas, yo salía de la 1 hasta las 2 y otros compas junto con Brenner salían a las 2 y hasta las 3.

Ese día que Perpetua fue a buscarme con la vecina fui por el almuerzo y me las encontré a las dos conversando con el guarda. Pude tomar finalmente a la preciosísima bebé en mis brazos. Ya tenía por lo menos unos cuatro meses de nacida. Me partió el corazón poder verla sólo un

momentito, y no haber estado ahí presente durante esos primeros meses.

Perpetua me dijo que nos pusiéramos de acuerdo para salir un día, que necesitaba comprarle ropa a la niña y que iba a ir un día de compras, que por favor nos pusiéramos de acuerdo para entonces acordar una fecha para hablar con Brenner. Le dije que estaba bien, pero que tenía que ser pronto porque estaban por pasarnos a la noche otra vez.

Capítulo 18

Capítulo XIII

Tan sólo unos días después de haber hablado con Perpetua y haber visto a la bebé por primera vez ocurrió lo que Ignacio venía advirtiéndome desde tanto tiempo atrás.

Todo esto lo repito de boca de otro compañero, que años más adelante me contó cómo diablos se había dado cuenta el carajo.

Resulta que habían movido a Don Félix el guarda a otro turno, y pusieron a un muchacho nuevo en ese turno de día. Don Félix obvio nos reconocía a mí y a Brenner a la perfección. Siempre había dos almuerzos y como Brenner y yo salíamos a horas distintas a almorzar nunca nos topábamos en la casetilla al mismo tiempo.

Ese muchacho nuevo no nos conocía ni a mí ni a él, ese día a Brenner le tocó salir a la 1 y a mí hasta media hora después. Resulta que el guarda este recibió a Brenner en la casetilla, y le preguntó si él era Ernesto o Brenner. ¡Ni para qué lo hizo! El chavalo se puso maldito a preguntarle al guarda quién había ido a dejar ambos almuerzos y el muchacho a duras penas le describió a Perpetua y a la vecina que llegaba con ella.

Yo andaba por mi lado dejando a uno de los pacientes en cita y devolviéndome para ir a farmacia a recoger varias recetas que me estaba pidiendo Adelmo para otro señor de geriatría.

Brenner llegó pegando gritos a preguntar dónde diablos estaba yo.

—Mae mula el diablo, ¿qué le pasa? —le preguntó Adelmo—

—¿iDónde está ese gran malparido de Ernesto!?

—Mae anda en farmacia. ¿Qué pasó con Ernesto?

—¡ESE MALPARIDO ME LAS VA A PAGAR! ¡Ese mae se anda metiendo con mi esposa!

Los asistentes, enfermeros y algunos pacientes gritaban y chiflaban.

—¡Cieliiiiitooo! ¡¡¡Cielito mae hoy le llovió!!!

Yo no entendía por qué diablos todo mundo chiflaba y hacía tanto escándalo hasta que camino de vuelta a la sala de UTI me voy topando de frente con Brenner casi que rojo de la chicha que andaba.

—¿¡CREÍSTE QUE NO ME IBA A DAR CUENTA HIJUEPUTA!?

Tan pronto Brenner terminó la oración yo ya estaba casi doblando hacia el otro pasillo, así sin menor proyección del asunto.

—¡Hombre déjeme que le explique por favor! Yo sé que tuve que decírselo, pero no encontrábamos chance ni—

Brenner me llevaba caminando en reversa por el pasillo hasta la entrada de la farmacia. En el marco de la puerta donde había varios enfermeros Brenner me hizo empujado y le caí encima al mueble de las medicinas.

—¿¡Cuánto tiempo hijueputa, ¿¡CUÁNTO!?

—¡Perdón mae, Brenner, perdóneme por favor! Yo intenté varias veces preguntarle a Ignacio...

—¡Ah ya! RESULTA QUE TODOS ESTOS MALDITOS SABÍAN Y YO NO.

—¡No mae! ¡Sólo Ignacio y el me insistía que le dijera, pero yo no encontraba cómo hacerlo!

Adelmo, Luisito e Ignacio llegaron corriendo a la farmacia porque una enfermera había avisado y agarraron a Brenner para calmarlo.

Ignacio haciendo lo que podía hizo empujado a Brenner a una esquina para hablar con él.

—Mae Brenner yo no le puedo decir que no se enoje, está en todo su derecho de estar encabronado mae, pero entienda, si algo le pasa a Ernesto o a alguna otra persona aquí usted es el que sale rascando.

—MAE IGNACIO PERO

—¡Mae si Maximiliano se da cuenta de este despiche les cortan el rabo a los dos! ¡Contrólese un rato! Ya casi salimos, y ultimadamente si quiere

partirle el hocico a Tito hágalo afuera del hospital. Por favor.

Faltaban como tres horas para la salida. Yo sudaba frío cada vez que sentía a Brenner pasarme de cerca.

Ese día Antonio se nos puso bien difícil, ya cuando acomodábamos a los pacientes después de estar en el jardín para el turno de la tarde. Antonio comenzó a joder a Nonito, otro de los pacientes que teníamos en esa sala, le botó las cosas de la mesa de noche que tenía a la par de la camilla y comenzó a molestarlo. El chavalillo se empezó a poner violento cuando los asistentes llegaron a calmarlo por las buenas. Como último recurso siempre llamaban a Brenner porque era el único que lo podía controlar y amarrarlo a no ser que llegaran por lo menos 3 asistentes y ese día estábamos satudaríticos.

Brenner entró al salón caliente del colerón que andaba, Ignacio y yo lo vimos agarrar a Antonio como si fuera una muñeca de trapo y hacerlo tirado en la cama en un gesto horriblemente violento.

—¿iPor qué será que a estos hijueputas todo les gusta por las malas!?

Antonio se le puso espeso a Brenner y comenzó a gritarle y tratar de zafársele y en una le voló un mordisco en el brazo derecho. ¡María la virgen! Solo escuchamos un crujido seguido de un llanto doloroso de Antonio. Brenner terminó de amarrarlo a la cama y se salió de la sala; Yo me acerqué a Antonio para hablarle.

—Mae Antonio no llore, calmese un ratito y lo soltamos. Es que usted es un malcriado güevon, por eso lo tenemos que amarrar.

—iTiiiitooo me duele, Tito me dueleee! —Demandaba Antonio en medio del llanto como un carajillo chiquitito.

Cuando voy revisando al carajo y veo que no mueve uno de los brazos, y se le ve como un fideo. El gran hijueputa de Brenner se lo había roto, por eso el pobre Antonio lloraba como Magdalena.

—iIgnacio mae, Antonio tiene el brazo roto!

—Uy mae sí, ¿No vio como la agarró con Brenner porque llegó a calmarlo? Eso le pasa por atarantado. Voy a avisar en enfermería para que le pongan yeso.

—Mae, escúcheme. Eso lo hizo Brenner a propósito.

—Ay mae, no empiece con delirios de persecución. Si va a agarrarse con

él —

—¡No no! ¿Vio cómo alzó a Antonio y lo tiró en la cama? ¡Él se lo rompió cuando Antonio lo mordió!

Ignacio me volvió a ver serio.

—Si eso le hizo a este mae que es paciente imagínese lo que le va a hacer a usted.

—¡Ignacio ya déjese de vacilones! —moví a Ignacio a una esquina de la sala— Un día de estos fui a hablar con el dueño de la imprenta de Trinidad, donde trabajaba este güevon. Este mae es malo Ignacio. Malo como la leche cortada, este chavalito me lo dijo. ¿Sabe que me quiso hacer entender? Que este mequetrefe está embarrado en la muerte de un mae que estuvo ayudando con una investigación. Él me dijo que... Que Brenner como que daba señas cuando andaba cerca, que avisaba.

—¿Señas de qué? ¿Decir buenos días cuando pasa marcando tarjeta? ¡SEA TAN BRUTO!

—¿A usted no le parece exagerado que el mae le haya roto el brazo?

—¿Exagerado por qué?

—¿Cuanta fuerza cree usted que hay que hacer para romperle un brazo a alguien? ¡Fue a propósito!

—¡Ay fuerzon! ¿No ha visto a Brenner? Ese chavalito mide lo que usted mide subido en el mueble de las medicinas.

A la hora de la salida cuando recogí las cosas me fui al parqueo para intentar hablar con Brenner.

—Mae Brenner necesito dejarle algo muy claro.

—Yo no necesito escuchar nada de usted gran carepicha.

Brenner me voló un sólo huevazo que me hizo casi caerme de espaldas, si no hubiera sido porque me sostuve de un letrero. Se subió al carro y lo prendió para irse, pero yo me le metí entre la trompa para que se detuviera.

—¡No le vaya a hacer nada a Perpetua! ¡No voy a permitir que le ponga un

dedo encima!

—¡Al único al que le pondría un dedo encima es a usted! ¡PERO PARA MATARLO!

Esa noche llegó Perpetua con la bebé atacada llorando, en el taxi traía varias maletas con las cosas de ella y de la bebé.

—¡Perpetua, amor! —Tomé varias maletas para llevarlas al pórtico—¿Le hizo algo ese maldito?

—No mi amor no, le dije que tenía que irme. Que ya no quería estar con él y que se quedara con esa casa.

María Perpetua pasó casi toda la noche lamentándose cuando estábamos acostados en la cama. Le habíamos acomodado la cuna a la bebé en una esquina del cuarto, donde también habíamos colocado las cosas de ella mientras le adecuábamos un lugar mejor.

—¡Ernesto! Yo sé que hice algo malo, yo sé que no fue lo correcto, no le pude decir a tiempo, si me le hubiera sincerado desde el principio tal vez estaríamos mejor ahorita.

—No amor tranquila, no es su culpa, y ya estamos aquí los tres que es lo que importa.

—¡Sí! Pero yo no puedo quedarme así porque así. ¡Me pidió a la niña! Y yo no le puedo negar que la vea y que quiera una custodia compartida porque no tengo pruebas para decirle que la bebé no es de él. ¿Cómo haría para saber si es de él o no?

—Pero esa bebé no se parece a él en nada.

—Tampoco a usted Ernesto, es igualita a mí.

Hubo un silencio largo y frío. A lo lejos se escuchaban unos perros aullando, unos aullidos largos y dolorosos.

—Todavía podemos irnos a la Yunai, amor.

—No Ernesto. Yo no puedo negarle a Brenner ver a la chiquita, a menos que encuentre la forma de demostrarle que no es de él. Él también estaba

esperando con ansias a la bebé, no sólo yo. Y por eso no puedo negarle la paternidad.

—Hagámosle una prueba. Si la chiquita no es de Brenner, nos vamos. Si es posible hacemos los arreglos del divorcio.

—Ernesto, pero ¿usted no cree que me vayan a poner las cosas difíciles por haber sido yo la que le dio la vuelta a él?

—Pues no lo sé, pero si se les paga por un servicio no deberían ponerse en esas cosas.

Capítulo 19

Capitulo XIV

Resulta que llegó el nuevo cambio de horario, después de la sustitución de los guardas de la mañana a la noche. Entraron todos los carajillos nuevos de enfermería y auxiliares para la mañana. El número de pacientes iba en ascenso y el hospital iba poco a poco saturándose.

Esa noche fue una de las más horribles de todos los años que trabajé para el Chapuí. Me encargaron el pabellón de geriatría junto con el 4 y 5; a Brenner le había tocado junto con otro grupo de asistentes la UTI y el 1 y 2.

Para el almuerzo mi hora chocó con la de Brenner y la de otros asistentes. Esa noche en el comedor de empleados estaban pasando el resultado del campeonato de fútbol, pero como a mí no me cuadraba mucho esa cuestión, caminé hasta los jardines para ver si me topaba a alguien con quien tertuliar.

Desde el jardín escuché un canto altísimo de Blues, obviamente de ninguna otra voz que la de Brenner, que pronunciaba casi como lamentándose:

"I'd rather be the devil than to be that woman' man

I'd rather be the devil than to be that woman' man

Aw, nothin' but the devil, changed my baby's mind

Was nothin' but the devil, changed my baby's mind"

Acompañaba aquellos quejidos con unas notas sueltas de la guitarra y me sorprendió que tales alaridos no alteraran a los pacientes. Era increíble porque parecía que nadie, excepto yo, notaba el excéntrico concierto de Brenner.

I'd ratheeeeeer be the devil than to be that womaaaaan' maaaaahn...

(Skip James – Devil got my woman)

Se me paraban los pelos de la nuca cuando escuchaba a Brenner hacer ese estribillo; me acordé de lo que tan insistentemente me había advertido Acacio. Parecía que quería hacerme saber que ahí estaba, para que yo jalara o le anduviera de lejos si fuera posible.

No podía distinguirlo en ninguna parte del jardín; se escuchaba cerca de la fuente de Venus, pero, no había nada. Trataba de orientarme para saber desde qué parte del jardín exactamente venía la voz, pero parecía que el sonido se iba moviendo en círculos.

—¿iQué tenés vos que no tenga yo!? —me gritó casi al oído —.

Yo casi me voy de espaldas al escuchar aquello; empecé a mover frenéticamente la vista de un lado a otro, caminando hacia la fuente en el centro del jardín. Sentí que me corrió un escalofrío por la espalda al ver hacia el balcón de la nave central y encontrar a Brenner con un par de ojos que parecían los de los animales cuando uno los encandila con linterna.

De inmediato busqué como meterme a alguna de las salas para ya no salir hasta la madrugada, pero Brenner me topó en el pasillo; me hizo casi alzado tirándome con fuerza hacia la fuente, se me habían caído los lentes y no podía hallarlos por más que tanteaba con mis manos por todo el zacate.

La gente adentro empezó a chiflar cuando las luces en los pabellones comenzaron a encenderse y apagarse a gusto, algunos pacientes se despertaron y otros gritaban o lloraban.

—Brenner mae por favor no haga esto mae. Yo le dije que tenía que hablar con usted.

—¿Qué tenías vos maldito?

—Mae Brenner, Perpetua fue la misma que me dijo que ya no lo quería a usted. Ella y yo estábamos esperando para hablar con usted.

—¿Cuándo acá ocupaba yo un intermediario para que mi esposa me hiciera saber que no me quiere? No sabía que era muda la gran carebarro.

Brenner me agarró a coscos cuando estaba tirado ahí en la fuente, y me sacudía como si fuera un saco de papas. En una de tantas, me golpeó contra la fuente tan fuerte que me hizo el hombro dislocado; yo pegué un

alarido fuertísimo y varios pacientes gritaron en eco.

Entonces Brenner me agarró del cuello de la camisa y me empezó a jalar por el pasillo; yo jadeaba del dolor y afuera no había ni un alma, todo mundo estaba adentro calmando a los pacientes que se habían alterado.

A duras penas le intentaba yo agarrar el brazo y le decía:

—¿Quién es Elías Nuero y qué fue lo que le hizo gran hijueputa? ¿POR QUÉ LO MATÓ?

¡Ni para qué lo hice! María la virgen, ese mae se terminó de volver loco cuando se me ocurrió pronunciar semejante sorompada.

Me llevó como rayo hasta la sala de electroshock, donde me hizo tirado en la camilla y me amarró, yo hacía toda la fuerza que podía para zafármele e intentaba gritar por socorro, el mae me puso la cinta conductora en la jupa, yo hacía tanta fuerza para moverme o gritar que parecía que convulsionaba, Brenner me gritaba histérico.

—¿Quién fue el que le dijo eso gran imbécil? ¡DÍGAME QUIÉN ES!

—¡No le voy a decir! ¡ES EL COLMO QUE HASTA SU PROPIA ESPOSA LE TENGA MIEDO!

Brenner encendió la máquina y me dio un primer choque que me pareció casi interminable.

—Responda a lo que le pregunto. ¿Quién le dijo lo de Elías?

—¡No le voy a decir!

Me dio un segundo choque y a mí se me salían las lágrimas del miedo y el dolor, creí que ese mae me iba a matar. Sentía como si estuviera muy borracho, ya cuando uno casi pierde control sobre lo que dice y hace.

—¿QUIÉN FUE MALDITO?

Brenner agarró una faja y empezó a darme en la cara, luego me dio otro choque con la máquina que fue el más largo y fuerte de todos.

Estaba aturdido y adolorido, escuchaba la voz de Brenner como un eco en la cabeza junto con la de Acacio y Perpetua haciéndome todos un coro.

A mí, entre la confusión y el dolor, se me salió una palabrería horrible.

—El don aquel, me dijo que usted... Me dijo que uste lo mató, lo dejó perdido en el monte. Don Acacio me dijo que usted avisaba, me dijo que

usted avisaba y se iba acercando y acercando.

Brenner se quedó estático viéndome, yo ya le había zafado todo. Me hizo arrancado de la camilla para ir a tirarme a una celda, donde empecé a pedir socorro en medio de los gritos de todos los demás pacientes.

Pasaron como diez minutos hasta que llegó un guarda a socorrerme.

—¡¡idiay cielito! ¿Qué está haciendo usted aquí?

—¡Brenner! ¡Brenner! ¿Dónde está?

—Mae no sé. Espérese para que me vengán a ayudar.

Me preguntaban un montón de estupideces como en qué año estábamos, qué presidente teníamos, cuáles eran los primeros cinco lugares del torneo de fútbol de ese año, cuantos dedos de la mano me estaba enseñado una de las hijas de la caridad y mi nombre completo.

—1952, Don Otilio Ulate; no sé, no vi los resultados. 4 dedos, creo porque no encontré los lentes, los dejé tirados en el jardín; Daniel Ernesto Castro Jiménez.

Don Enrique, el guarda, y varios enfermeros llegaron con una camilla para llevarme a UTI y revisarme para acomodarme el brazo. Yo me quejaba de dolor y ellos me preguntaban qué diablos había pasado. Yo les explicaba con dificultad que Brenner me había dejado nuevo con la gorreada que me había pegado, pero ellos respondieron insistentemente:

“¡Mae cielito, pero... Mula `el diablo no vino hoy a trabajar... Sacó vacaciones!”

—Mae Ernesto, ¿Por qué no saca vacaciones usted también? —Decía Adelmo en el fondo—Lo veo muy mal hombre. Descanse un poco, aunque sea.

—¡Que la sangre de Cristo me lo cubra! —Expresó una de las monjas persignándome.

Capítulo 20

Me tomé una semana de vacaciones a insistente petición de mis compañeros.

El día que llegué después de esa gorreada a Perpetua le caían las lágrimas por la cara al verme. La recuerdo sentada en la cama a mi lado, con un cuenco que tenía agua con alcohol y un pañito húmedo.

Eres mi bién lo que me tiene extasiado

¿Por qué negar que estoy de ti enamorado?

De tu dulce alma, esto da sentimiento

De esos ojazos negros de un raro fulgor

Que me dominan e incitan al amor

Eres un encanto, eres mi ilusión

Dios dice que la gloria está en el cielo

Que es de los mortales el consuelo al morir

Bendito Dios por que al tenerte yo en vida

No necesito ir al cielo tisu

Si alma mía (amor de mi ilusión)

La gloria eres tu

(Los tres diamantes – La gloria eres tú)

—¡Ay, Tito no! ¿Qué vamos a hacer con este carajo? ¡No ve que yo lo conozco y sé cómo se pone cuando está enojado! Más bien, que no lo agarró ahí solo en algún lado porque hubiera sido peor. Por dicha ahí

estaban sus compañeros.

—Pero mujer ¡Eso no es lo peor!, ¿Sabe qué me dijeron después de la pichaseada?

—No hable así tan feo, ¿Qué le dijeron?

—¡Que Brenner había sacado vacaciones! ¡No había llegado a trabajar!

—Diay, pudo haber llegado y no pasó tarjeta.

—No, no, es que todo fue muy raro. El mae empezó a hacer un escándalo por todo el jardín y parecía que la luz quería irse, pero a todo mundo le entraba flojo; los únicos que se asustaron fueron los pacientes, por lo de la luz. Era como si todo ese espectáculo lo viera sólo yo.

Perpetua jugaba con el trapo en el cuenco con una mirada de preocupación; como pensando en voz alta volvió a pronunciar aquella frase que le ponía tan ansiosa.

«Cuando usted se vaya al cielo, yo voy para otro lado».

—Mujer. ¿Quién fue el que mató a Elías Nuero?

Peló los ojos asustada.

—¡Shhh! —Me indicó indignada—¿Acacio le estuvo contando lo de Elías?

—Sí.

—Ese hombre se perdió solo. Se perdió en el monte.

—¿Porque lo dice Brenner o porque es cierto?

La bebé comenzó a llorar, Perpetua no me daba respuesta. Me pasó el cuenco con agua a mí y se levantó para ver a la bebé.

—Brenner dijo que lo querían culpar. Pero a él se le perdió cuando el muchacho este salió corriendo.

—¿Y si es tan audaz cómo es que no lo encontró?

Me clavó la mirada mientras chineaba a la bebé en brazos.

—¡Deje de llamarlo Ernesto por favor!

—¿Llamarlo? ¿A quién?

—¡A BRENNER!

Hubo un largo silencio, me acerqué para chinear a la bebé yo un rato.

—Estamos bien amor. Yo... Voy a hacer lo que pueda para protegerlas a las dos. No es justo que usted sacrifique su tranquilidad por culpa de ese tipo.

—Ernesto entienda lo que le digo por favor. No busque más, no averigüe más, no lo llame, no lo haga enojar más. Si se lo estoy diciendo es porque me casé con él y lo conozco.

—No entiendo esas carcajadas de Acacio y tuyas. ¿Cómo es eso de que Brenner avisa cuando viene? ¿De qué no lo llame? ¡Ni que fuera un perro ahí sonando el collar cuando se acerca! Yo sé que el mae es raro, pero no entiendo eso.

—¿Qué fue lo que me dijo usted hace un rato? Qué nadie se había dado cuenta del escándalo que estaba haciendo, ¿Verdad? ¿iPor qué cree que sólo usted lo escuchó!? ¡Porque lo estaba advirtiéndolo!

Medité las palabras un momento.

—Cómo es que... ¿Usted se casó con él aun sabiendo todas esas carcajadas?

—Él nunca me hizo sentir amenazada. Aún después de lo de Elías. Él me buscaba para consolarse, para hablar conmigo, para bailar juntos un ratito. Siempre me buscaba a mí porque sabía que yo no le iba a negar ayuda ni mucho menos. Él confiaba en mí ciegamente y sabía que yo creía en él también aun cuando todo el mundo lo veía como un bicho raro.

—Bicho raro... Lo que nos faltaba.

Perpetua se quedó pensativa, la bebé se durmió en mis brazos entonces me acerqué a la cuna para acomodarla. Paso seguido me acerqué a Perpetua para darle un abrazo.

—¿Sabe que me dijo Brenner aquel día?

—¿Qué?

—Que ya se había dado cuenta, desde que había dejado de usar el anillo. ¿Se acuerda que yo le había dicho a usted que lo escondiera?

—Sí. Hace tiempo. ¿Se alteró mucho ese día?

Pensó un momento en la respuesta.

—Antitos de que llegara los perros empezaron a llorar, ahí se me hizo que ya algo había pasado. La bebé también se me puso a llorar por el alboroto de los perros. Escuché el motor del carro desde la esquina y lo que hice fue persignarme y prepararme para decirle en cuanto entrara por la puerta.

» Entró con los ojos hinchados y ojeroso, pasó recto a la sala y se sirvió güisqui.

» “¿Por qué putas tenía que ser Ernesto? ¿Por qué tanto tiempo?” me decía a medias con un puro prendido en la boca.

» Yo le contesté que no encontraba la forma ni el momento ideal, pero que me iba a ir para no hacerle más daño a él o a la bebé. Que si no quería hacerse cargo que no me importaba; ahí fue cuando agarró el churuco de que le dijera si la bebé era de él o no.

» “Una familia era algo con lo que ambos soñábamos, no me venga ahora con que me la va a quitar, yo estoy en mi derecho de paternidad”.

» Le dije que tenía razón pero que yo no podía darle una respuesta acertada sin pruebas; que le iba a hacer pruebas a la bebé si tenía la oportunidad y que yo le comunicaba el resultado.

—Entiendo.

Ambos nos quedamos callados de nuevo; me dio un beso en la mejilla.

—¿Quiere un café? O un vaso de fresco de ese de naranjilla.

—Sí, está bien.

Capítulo 21

Capítulo XVI

Antes de tramitar las vacaciones con Maximiliano, Ignacio me había dicho que iban a salir a La Bohemia el fin de semana.

El sábado llegué entonces esperando encontrarme con Brenner de nuevo, por lo menos ya se me habían curado las heridas. El ambiente se sentía pesado y lúgubre, un montón de asistentes y enfermeros conversando en voz baja mientras tomaban, una fila larga de maes en la barra y algunos en las mesas.

Ignacio estaba hablando con Adelmo, yo me acerqué a saludarlos a ellos y a Don Félix que también había llegado.

—¿Cómo le fue con esas vacaciones Cielito?

—Bien bien, ya estoy bien gracias a Dios.

—Siéntese mae, ¿Quiere fumarse un puro?

—Con un trago estoy bien.

La radio al fondo sonaba con música que se interrumpía de vez en cuando por la estática; Ignacio comenzó a preguntarme que había hecho durante los días libres, y me pidió que le explicara qué carajos había pasado la otra ocasión.

Le empecé a explicar todo aquello; como nadie escuchaba los gritos que yo pegaba, que nadie le escuchaba a él el escándalo que se armaba, que me había pegado en la máquina de electroshock y me había dejado tostado.

Ignacio me observaba con los ojos pelados sin pestañear, la birra que tenía en la mano sudaba gotas de agua de lo fría que estaba.

—Mae Ernesto, ¿Y por qué no le dijo a nadie?

—¡Mae no me creían! ¡Diciéndome que el carajo no había llegado a trabajar! ¡Y Perpetua diciéndome que dejara de estarlo llamando!

—Jueputa carajada más rara. ¿Será que entró sin pasar tarjeta que nadie

lo vio?

La radio se fue por completo con una estática fuertísima, uno de los meseros le dio varios golpes al radio y trató de cambiar la emisora. Entró un chiflón terrible por la entrada.

La emisora entonó de nuevo y comenzó a cantar Al Jolson:

“Tell me, have you ever heard this melody?

Dya dya, dya, dya, dya...

That melody has made an awful hit with me

Dya dya, dya, dya, dya...”

(Al Jolson – That haunting melody)

Comencé a tragar grueso, Ignacio pensando en voz alta dijo que qué era esa música tan rara; Sentí que se me paraban los pelos de la nuca y se me ponía la piel de gallina cuando sentí los pasos de Brenner en la entrada. Parecía que todos nos habíamos quedado callados por un momento, observando aquella figura altísima en abrigo y sombrero.

—Buenas noches —pronunció contundente.

Adelmo se levantó de la barra para saludarlo y otros empleados le siguieron. Yo me quedé estático dándole la espalda. Ignacio levantó su brazo para saludarlo.

Brenner me había pasado por alto, había tomado un lugar en la barra entre Faustino y Cuecha y había prendido un puro que sacó de su pitillera.

—Mae Ignacio, ¿Para cuándo quiere los chicharrones güevon? —Se le acercó Don Félix —

—La otra semana está bien, el lunes si se pudiera.

Parecía que la noche se hacía cada vez más fría y ventosa, Ignacio continuaba preguntándome por lo de Brenner, yo le pedía que por favor cambiáramos el tema, que me tenía enfermo preguntando por eso y que

Perpetua me había advertido que tuviera cuidado. Yo ya estaba un toque pasado de copas y a veces sin querer, no podía bajar la voz.

—¿Por qué es que Perpetua está tan ceñida con que usted no llame a Brenner? ¿Qué es eso de que avisa?

—Hombre Ignacio... Brenner no llegó a trabajar ese día. El hombre cantaba como corista por todo el jardín ¿iCómo es posible que nadie lo escuchara!?

—Mae di, esa noche los pacientes estaban bien majaderos le digo.

—iEso fue antes! iTodo mundo pendiente del resumen del campeonato por el radio y yo ahí afuera agarrándome con la sombra de ese mae!

—Mae yo siempre pensé que usted era morado, como vive en el puro centro de Tibás.

—iBruto mae! O sea, si soy morado, pero ¿qué me importa a mí saber quién putas ganó si este otro mae anda buscándome para matarme?

—Ay no sea tan dramático. Cuénteme, ¿cómo están Perpetua y la chiquita?

—Bien por dicha. Estoy tranquilo porque las dos están bien y Perpetua está contenta, que es lo más importante. Por lo menos estoy tranquilo.

Había pasado bastante rato, yo ya por supuesto estaba ebrio y escuchaba a otros compañeros hablar con Brenner, quien parecía que había tomado casi el doble que yo en ese mismo rato.

Lo escuchaba como sollozar, me sentí algo raro al escucharlo así, más cuando me volteé y lo vi con la cabeza sobre las manos como rendido.

De repente me sentí como tremenda cochinado, ¿Por qué había tenido que ser tan cobarde para no decirle a tiempo? Me levanté como si no pudiera demandarle lo contrario a mi cuerpo.

—¿Ya se va?

—No, no, voy pal el baño.

Recuerdo que en mi cabeza ya retumbaba el alcohol, las paredes se me movían solas cuando me quedaba quieto y las voces se me hacían algo dispersas.

Saliendo de los orinales, sólo vi la silueta de Brenner acercándose, cuando alcancé a decirle a Ignacio que ya me iba porque se me había subido el

alcohol.

Entonces Brenner me mandó un puñetazo que me hizo caer en la mesa de otros clientes que estaban ahí tomando.

—¿iMae que le pasa!?

—iSu culpa maldito! iPor su culpa las perdí a las dos!

Me levanté torpemente para agarrar mis cosas y dejar el dinero en la mesa.

—iNO es mi culpa! iElla fue la que lo decidió así!

Brenner me hizo alzado y me tiró al otro lado de la barra, mientras unos compañeros y el cantinero me llegaban a ayudar, Brenner se fue.

Me levanté apresurado para seguirlo cuando todos los demás me gritaban que no fuera tan idiota y me lo topé bajando por la calle ocho, tambaleándose de lo borracho que estaba; se subió a su carro y arrancó a toda velocidad sin poder decirle yo palabra de frente a frente.

—iBrenner hijueputa esperáme!!

Luna que se quiebra, sobre las tinieblas de mi soledad

¿A dónde vas?

Dime si esta noche tú te vas de ronda como ella se fue

¿Con quién está?

Dile que la quiero, dile que me muero de tanto esperar

Que vuelva ya

Que las rondas no son buenas, que hacen daño

Que dan penas,

Que se acaba por llorar.

(Agustín Lara – Noche de Ronda)

—¿iPorque no me matas de una vez y ya!?

Brenner sacó la cabeza por la ventana del auto.

—iPorque usted la hace a ella feliz, y yo no puedo privarla de ese derecho!
¿iUsted es sorompo que no puede entender eso o qué!? Privarla de ese
derecho me haría un miserable... ¡ENTENDÉ DE UNA VEZ, MALDITO, QUE
ESTO YA NO ES SOBRE MÍ!

Capítulo 22

Capítulo XVII

Pasaron los meses, Brenner salía esporádicamente del hospital para trabajar en los casos del grupo de investigación. Yo seguía viviendo con Perpetua y con la bebé, parecía que las cosas corrían tranquilamente.

—Ahh sí Cuecha, entonces que llega el carajo y termina por contarme que le sampó como 5 piedras en el bolso sin que el otro baboso se diera cuenta. Dice que ya ahí llegando a Cieneguita por la línea del tren el otro iba que le bajaban los chorros de sudor y como cada media hora sentándose para agarrar aire; y cuándo va el hijueputa ese abriendo el salveque y viendo que el otro le había metido las piedras. ¡Maldito estaba! ¡Malo malo! Dice que lo correteó como por 500 metros del colerón que le dio —Reía a carcajadas.

—Oiga que condenado más malo Adelmo...

—Como la carne 'e sapo, ¡Malo!

—Bueno maes, ya me voy. Díganle a Maximiliano que marqué una hora antes, que yo la repongo.

—¿Para dónde va Mula 'el diablo?

—Voy para Turrialba con el grupo, me llamaron para que ayudara a una chavala ahí con el chiquito que dice que ve unas varas raras en la noche.

—Diay sí, si el carajillo está loco se lo trae y lo internamos de una vez ¿ah?

Brenner soltó una risa muda.

—¡Mae lleve abrigo! Ahí hace un frío de los diablos —exclamó otro asistente—

—Ah sí sí, ya voy listo.

—¿Mae y no se va a despedir de Esther? —Continuó Adelmo.

—En toda la semana no la he visto, ¿la pasaron de pabellón?

—Mae no sé, pero tráigale por lo menos una rueda de queso a la pobrecita, ahí pasa preguntándome por usted, que como está uste y yo no sé qué!

—¡Ayyyy Esthercita ahh! De todos los males que pudo agarrar, agarró a Brenner, iel más feo `e toos! —interrumpió Luis.

—¡No le haga caso a Cuecha, Mula 'el diablo, ies que él se enoja porque no le sale ni la mona! ¡Ay mae, y vengase antes del viernes porque ese día Félix trae chicharrones!

—¡Mula! tráigame un litro y le repongo la hora que le falta!

—¡Y no se le olvide planchar la pijama ajajajaja!

Brenner se fue y yo me lo topé cuando venía con un paciente de UTI.

—¡Hasta luego Brenner! ¡Dios me lo acompañe! —Le expresó Esther dándole un abrazo a la mitad del pasillo.

Cruzando hasta el pabellón de geriatría Esther me tocó el hombro.

—Tito, ¿No sabe cuántos días se va Mulita?

—No Esther, pero espero que no vuelva.

—Ayy que grosero Tito, ¿por qué así?

—Ayy Esther, no me diga que usted es el único ser humano en este hospital que no sabe lo que pasó.

—Ay Contáme.

Fui a acomodar al paciente a la cama para que le dieran las medicinas que había mandado el galeno y me devolví al pasillo para hablar con Esther.

La madrugada estaba helada ese día, todavía estaba bien oscuro.

—Cuénteme Tito.

—Ay Esther, ni por dónde empezar. Bueno, para no alargarme mucho, desde hace unos años para acá yo empecé a salir con Perpetua, la esposa de Brenner. Nos conocimos en el 49; precisamente en la boda de Faustino, la saqué a bailar y unos días después fui a buscarla al trabajo, yo creo que usted no había entrado para eso todavía. resulta que este año el güevon de Brenner se dio cuenta de todo, Perpetua y yo no les habíamos dicho nada porque sinceramente nos andábamos escondiendo de él y nunca sacamos el chance para decirle.

—¡No puede ser! ¿Cómo se dio cuenta?

—Porque Perpetua siempre dejaba dos almuerzos con el guarda, uno para mí y otro para él. Y un día que metieron al guarda nuevo, el chavalo nos confundió a los dos. Aunque él dice que desde antes ya lo sabía, porque la había visto sin los anillos, ella le había dicho que los había perdido, obviamente supo que le estaba mintiendo.

—Entonces... ¿Brenner está solo ahora?

—Ahora no, desde hace meses.

Al rato, comenzó a llover; esa lluvia rara que pasa como de lado a lado. Esther se sentó en una banca del pasillo y se prendió un cigarro. Volvió a verme para que yo la acompañara.

—Dígame Tito. ¿Usted no quería irse a estudiar medicina afuera?

—Correcto Esther, pero bueno, desde que Perpetua y yo nos juntamos no he podido salir. Le dije a ella que podemos irnos, pero...

—¿Pero?

—Pero no sabemos si la chiquita es de él o no.

—Entiendo. Y, según intuición suya, ¿de quién es la bebé?

—De Brenner.

—¿Por qué?

—María Perpetua no es tonta; todo lo contrario, si ella supiera que la bebé es mía no se hubiera estresado tanto y hubiera mandado a Brenner a freír

monos desde el primer mes de embarazo.

—Entonces no es que no sepan de quién es, sólo les incomoda que alguien más diga lo que usted me está diciendo.

—Correcto. La verdad incómoda. Y, esencialmente por eso es por lo que no queremos hacer la prueba ni podemos irnos, porque Brenner no nos daría el permiso por la paternidad.

Esther asintió y le dio un par de golpes al cigarro.

—Y a uste, que de repente la veo fumando, ¿En qué tanto piensa?

—En Brenner.

Solté una risa bajita.

—Ay Esther, si usted supiera lo que ese mae me ha hecho. Ese hombre está loco.

—Idiay, bueno, tal vez no sé lo que le hizo a usted, pero sí sé lo que usted le hizo a él.

—Es que dígame, Esther. Si ella quería irse conmigo, eso fue una decisión de ella.

—Entiendo eso Ernesto, pero ¿Quién fue el que la sacó a bailar en la boda? Y cuántas cosas más... Si de algo estoy segura es que usted tampoco es tonto, usted también sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

—Suenan igual que Ignacio, parecen hermanos; ipero tiene razón! Para qué mentir, yo quedé como loco desde la primera vez que la vi, y más desde ese día en la boda. Según yo iba a sincerármele para irme tranquilo a la Yunai, pero ¡qué va!, mi subconsciente tenía planes muy distintos.

Después de un rato, Esther había terminado su cigarro, apagó la colilla contra el brazo de la banca y la guardó en la bolsa de la camisa.

—Tenga cuidado con Brenner, Esther, por favor. Yo sé que tal vez no sea la persona indicada para decirlo, pero vea, Perpetua me lo advirtió una

vez, y yo no quise hacerle caso.

—Usted... ¿Cómo hablaba con Perpetua?

—Cartas más que todo. Y a veces salíamos.

—¿Será que esos investigadores con los que trabaja Brenner tienen teléfono?

—Mándele una carta, porque ahora que está en Turrialba, quién sabe cuándo llega a la oficina otra vez. Mientras tanto, puede buscar el número en las páginas amarillas.

—Pero ¿Se la mando a la casa?

—Díay sí, con suerte ya para cuando venga, la carta le habrá llegado. Usted sabe que estos de Fuerza y Luz bien intentan, pero no sé qué tan factible será una llamada. Además de que no sé si tiene teléfono en la casa.

—¿Con qué nombre busco en la guía?

—Él se llama Brenner Fritz Cot. La mamá se llama Bercial y el papá Rodhlann. El grupo de investigación se llama Fritz & Cot. Si quiere, para empezar, tenga lista la carta antes del viernes y se la damos al mae que entrega la correspondencia, para que él se la dé a Brenner el día que llega.

—Gracias Ernesto.

Empezaba a amanecer y los rayos de luz iban disipando la lluvia.

—Esther, me permito preguntar. ¿Por qué está tan ceñida en conquistar a Brenner?

—Nos parecemos más de lo que usted cree.

—¿Ahh sí?

—De hecho, ahora que sé lo que pasó, nos parecemos aún más... A mí, igual que a él, me engañaron. Este muchacho era un botiquero, Ernesto, nos conocimos hace más de 5 años. Se llamaba Rafael González. Me dejó plantada en el altar Tito... me dejó plantada después de haberme dicho

que era para siempre.

Ambos guardamos silencio; Esther se limpió un par de lágrimas con la mano y me dio una palmada en el hombro, para luego levantarse.

—Yo le aviso cuando tenga la carta.

—Está bien, avísame también si encuentra el número de la oficina de los investigadores. Ocupo averiguar varias cosas.

Después de la muerte de Don Roberto Chacón Paut en el 52, se le nombra al ilustre Nilo Villalobos Quesada como director del hospital. El nosocomio de Tres Ríos de Cartago obtendría una placa dorada en honor a Paut, y en esos años, el Chapuí estaba alcanzado su límite de saturación con la cantidad de pacientes que teníamos, por lo que los altos mandos tuvieron que idear una forma de empezar los traslados de pacientes.

El miércoles de esa misma semana Esther me dio la carta para que yo les pidiera a los chavalos de correspondencia que se la dieran a Brenner el viernes; además, me pasó el contacto de la oficina de investigación y la dirección exacta del lugar.

El viernes que llegó Brenner por la madrugada, los de correspondencia le dejaron la carta en el salón donde estaba trabajando ese día, él preguntó de quién era la carta y por qué no tenía estampillas, le dijeron que era anónima y que la habían llevado personalmente al hospital. El chavalo se fue y dijo que la iba a leer cuando llegara a la choza, y Esther, pegaba brincos de la contentera cuando le dijeron que la entrega había sido un éxito.

Sólo quedaba esperar.

Capítulo 23

Esther Villalobos

Querido Brenner:

Primeramente, deseo que esta carta lo encuentre a usted bien.

Espero que, a como se especula en los pasillos del nosocomio, su negocio esté corriendo de maravilla; deseo también que se encuentre bien de salud y que sus familiares también se encuentren felices y sanos.

Anhelo que la carta llegue a sus manos con éxito y que su persona pueda leerla sin mayor conflicto; varios de sus compañeros confabularon para que esta carta pudiera ser entregada sin necesidad de estampillas o de ir a hacer fila al correo.

La razón de escribirla es un profundo pensamiento que llevo cargando desde hace mucho tiempo. Una necesidad que tengo de externar mi sentir.

Usted ya sabe quién soy, me conocerá por ser quien le pedía favores de mentiras para verlo un momento, por ser quien en muchas ocasiones le dejaba mensajes con otros de sus compañeros cuando estaba enfermo o ausente; seguramente más como aquella única muchacha a la que le encanta escucharlo cantar a todo pulmón. Aquella morenita de colochos negros que más de una vez le pidió que le explicara de que hablaba esta o aquella canción.

Estando todo un poco más claro ahora, procedo a explicarle con detalle cual es mi motor para enviar la carta.

Llevé un curso de taquigrafía hace varios años, saqué notas de excelencia; pero, prefiero escribir la carta a mano porque siento que es más íntimo de esa forma, no lo sé, tal vez esté equivocada. Muchas veces lo estoy.

Esto porque, lo que necesito decir debe ser sentido y no sólo repetido en tinta y papel; quiero tener la convicción de poder expresar lo que tanto se me dificulta en persona de forma correcta. Tal vez tengo temor de volver a confesarme con alguien, o tal vez sea miedo a afrontar el rechazo nuevamente.

He alcanzado un punto en el que creo que guardar lo que siento está lastimándome más que si lo gritara a los cuatro vientos; Brenner, yo a usted lo quiero mucho y usted lo sabe, lo he hecho por mucho tiempo, incluso antes de que usted y anterior esposa se separaran.

No quiero que usted piense que quiero tomar beneficio de su desgracia, porque no es así. Quiero más bien hacerle saber que hasta cierto punto puedo entender su dolor; además quiero hacerle saber que si necesita hablar con alguien yo estoy aquí para usted.

Si está en mis posibilidades hacerlo sentir mejor de alguna forma para sanar cualquier posible herida no lo piense dos veces. Si hay algo de lo que estoy segura en esta vida es que no todas las personas son malas, no todas son iguales a la persona que me abandonó.

Permítame por favor, contarle un poco sobre mí y mi llegada al nosocomio.

Nací un 25 de noviembre de 1924, crecí en Caballo Blanco de Cartago y vine a vivir con unos tíos de la capital para completar el curso de enfermería que me pedían para el puesto. Fue 2 años después de la guerra civil que llegué al Chapuí, habiendo pasado primero por el Hospital Max Peralta como auxiliar de enfermería. Es curioso, porque yo en realidad quería ser maestra; pero aquí me quedé porque me gustó.

Mi camino por este sendero lo comencé por un prospecto que tenía que trabajaba en una botica y sabe Dios su nombre, me dejó y se fue como brisa en verano, quién sabe a dónde. Pero no hablemos de ese patas

vueltas, decía mi tío que, como el polvo, lo que no deja beneficio mejor pronto se barra para que no ensucie.

Recuerdo las noches frías en el Max Peralta, cuando trataba de apaciguar con un café hecho a la carrera un chirrido de viento que me congelaba las piernas a mí y a mis compañeras. Adoraba los jardines de ese hospital, por donde recorría los medios días antes o después de mi almuerzo, durante el tiempo que estuve trabajando en el horario de la mañana.

Del Chapuí he construido también muchísimos recuerdos en estos cuántos años que me he quedado. Entre mis compañeras de pabellón, las hermanas, las cocineras, los guardas y los compañeros del pabellón de varones.

¡Todas nos echamos muchísimas risas producto de las ocurrencias de Don Adelmo!, ¿No cree?

Siempre he creído que este hospital tiene sus cosas buenas y malas; a veces veo a algunos de nuestros pacientes y se me parte el alma por la forma en que los tratan muchos de los galenos. No sé si será idea mía, pero a veces siento que los tratan como si fueran animales.

Se preguntará por qué le menciono algo tan fuera de lugar con respecto al resto de la carta, y es que, a decir verdad, siempre me ha parecido que usted es un hombre con mucha presencia, no sé si me doy a entender. Brenner, muchos de los doctores que llegan a zamparse de comida en la cocina mientras los pacientes se mueren de hambre desearían llegar con ese mismo porte a cualquier lugar en donde anden. Siempre es un infierno descifrar esas recetas que mandan a farmacia, lo que mandan en su mayoría son puros somníferos y sedantes para que los pacientes pasen todo el día y la noche durmiendo sin chistar, ¿así quién no va a estar tranquilo? Por eso creo que muchos de ellos terminan como drogadictos o no se logran recuperar por completo, porque los incapacitan a propósito.

Lo que quiero decir, es que no sé si esté totalmente cómoda aquí en este lugar, yo adoro a los pacientes que tenemos, por lo menos en el pabellón de mujeres y niños que es donde yo paso más tiempo metida;

pero, llegar y hacer lo posible para que un enfermo esté bien para que luego llegue uno de esos mequetrefes disque doctores y les queme el cerebro a puro electroshock, no Dios guarde, yo no puedo con este dolor y esas injusticias.

Si en algún momento tomara la decisión de irme del Chapuí, no quiero hacerlo sin antes declarar lo que siento por usted, y declarar también que siento un profundo amor por lo que hago, pero, en un ambiente tan caótico como lo es este hospital, siento que todos mis esfuerzos por dar una buena atención son patadas ahogadas.

No quiero que lo sienta como una obligación, pero si fuera posible, necesito que averigüe un poco sobre uno de los doctores de psiquiatría, Don Ortiz. Tan pronto sepa algo sobre él por favor, no dude en acercarse a mí.

Una de las pacientes que cuido decayó como usted no imagina en cuestión de semanas, le han hecho pruebas últimamente y parece ser que está embarazada. Dios no me deja mentir Brenner, pero el único doctor que ha hecho guarda en ese pabellón por las noches es el enfermo de Ortiz; y no quisiera que esta carta de amor se convirtiera en una terapia o en una denuncia pública, pero necesito por favor que si tiene alguna oportunidad de indagar sobre él lo haga lo más pronto posible; quiero hundir a ese carajo, ya varias le quiero cobrar a ese depravado.

Continuando con el tema principal de la carta, y disculpándome por el pequeño paréntesis que le hice, quiero dejarle saber que estoy muy interesada en usted.

Sé por supuesto que es un gran partido, me han dicho que es muy bueno en su trabajo secundario como investigador y que tiene buenos méritos. Me encantaría saber un poco más acerca de usted si me diera la oportunidad; ya que, aunque sea usted tan extrovertido y carismático en el trabajo, casi no tengo conocimiento de su rutina diaria o de sus gustos personales, y tal vez eso me haya podido frenar un momento para hablarle con más confianza. Ya sabe, qué cosas le gusta hacer en su tiempo libre, qué aspiraciones laborales tiene y si tiene por supuesto la idea de buscar una nueva relación en algún momento de su

vida.

Déjeme decirle nuevamente que mi motivo principal no es utilizar su dolor como un medio para acercarme, si no aprovechar para hacerle saber que si necesita desahogarse de alguna manera yo siempre estaré dispuesta a prestarle mi hospitalidad y mi amistad.

Con todo el debido respeto que su persona se merece, me gustaría invitarlo a que saliéramos en algún momento para distraernos del trabajo. Obviamente si usted lo considera algo adecuado; si no fuera así, no se preocupe.

¿Le gustaría ir a alguna cafetería o prefiere algo más formal, como el teatro? Yo no soy muy conocedora del arte, pero he sido invitada al teatro varias veces y me parece muy bonito. Además de eso, como usted ya sabe, también me gusta mucho bailar.

Conozco un salón de baile muy bonito en Orosí por si quisiera que lo visitáramos en algún momento, así de paso podría llevarlo a que conozca la finca donde crecí; es preciosa, yo suelo visitarla mucho durante diciembre cuando pido vacaciones. Siempre me siento en una mecedora que tiene mi mamá en el corredor y me tomo ahí un café mientras anochece.

Esta finca tiene una extensión total de 80 hectáreas de cerro además de 20 hectáreas más de terreno plano; es muy bonita para ir a caminar, cruzan varios ríos por ahí y hay incluso una quebrada camino al cerro que es simplemente preciosa.

Estoy buscando iniciar la construcción de una casita para vacacionar ahí en la finca, posiblemente con ayuda de mis hermanos construyamos y decoremos la casa y la hagamos bien grande, para eventos familiares o sólo para quedarse por temporadas ahí. Le dejo la invitación por si algún día quisiera visitar el lugar.

Le pido antes de despedirme otra disculpa por haberme desviado del objetivo principal en varias ocasiones, esperaré la respuesta a la invitación pacientemente, espero que no lo tome a mal y que no vaya a hacerse alguna idea errónea de mi persona; créame que mi motivación es sincera, ante todo.

Le dejo por acá la letra de una de mis canciones favoritas, sé que es de Agustín Lara, pero mi interpretación favorita es la que hace Carmela Rey. Me encantaría, si me lo permitiera en algún momento, bailar esta canción con usted. Tengo ese sueño desde hace varios meses, a decir verdad.

Se despide de usted

Esther Villalobos.

San José, Cantón Central,

Octubre de 1952.

Amor de ayer

que en mi pasado existe

Amor que fue mi página más triste

El pétalo blanco

que duerme en el libro de mi devoción

La boca que deja

perfume de queja sobre el corazón

Amor de ayer

Lucero de mis brumas

Amor que fue

mujer como ninguna

Mi novia de siempre mi ser y no ser

Mi gran amor,

Mi amor, mi amor de ayer

Capítulo 24

Capítulo XVIII

—Buenas, habla con Fritz & Cot investigaciones privadas. ¿Con quién tengo el gusto?

—Con Ernesto Castro. Quería pedir una cita para pedir información sobre los servicios que brindan.

—Por supuesto. Para esta semana me quedan 2 campos el lunes en la tarde, uno el jueves y dos el viernes.

—Para el lunes está bien. ¿A qué hora?

—Tres de la tarde o cuatro y media.

—Tres en punto.

—Agendado Don Ernesto. Le esperamos.

—¡Gracias! Sólo una consulta más. ¿Brenner Fritz va a estar en la oficina?

—No señor. Ese día va para Golfito y vuelve hasta el miércoles.

—Entiendo. ¿Cuál es su nombre, perdón?

—Fausto.

—Mucho gusto, y gracias.

—Un placer, tenga buen día.

Perpetua se me acercó ese día en la tarde, diciéndome que una de las empleadas de la imprenta donde trabajó iría a visitarla para contarle varias cosas.

—¡Ayy Perpetua, ni se imagina lo que pasó! —Mencionaba Herminia en la sala mientras yo le cambiaba la mantilla a la bebé — ¡No ve que Brenner llegó a la imprenta a hacer un escándalo!

Yo paraba la oreja desde el cuarto de la bebé.

—¿Cómo que un escándalo? ¿Por qué?

—Llegó a buscar a Don Acacio, y prácticamente se le metió en la oficina.

—¡Ay no es posible! ¿Y le hizo algo?

—María vieras que hizo al pobre señor levantado de la camisa y lo puso contra el vidrio de la oficina, parece que lo amenazó. Según lo que medio pude entender parece que Don Acacio recibió a alguien en la imprenta y le soltó información de lo de Elías entonces el chavalito estaba malititico de la rabia cuando llegó a la imprenta.

Yo bajé a la sala para encontrarme a Perpetua con las manos en la cabeza.

—Ay tita, ¡Yo fui la que le dijo a Ernesto que fuera a hablar con Acacio!

—Oiga, pero ¿Cómo se dio cuenta Brenner de que el muchacho habló con Acacio?

—No sé, espero que no sea que algún otro empleado le dijo. Seguro él solito le sonsaco todo a don Acacio. Ernesto, dígame un cosa.

—¿Qué pasó? —pregunté sentándome al lado—

—¿Usted le dijo a Brenner que había hablado con Acacio?

—Se me salió —confesé —

—Ayy la virgen.... —Expresó Herminia — ¡Con razón!

Le hice saber a Perpetua que quería terminar con todo eso de una vez, que iría a averiguar quién era Brenner realmente, si podía desenmascararlo lo haría, por supuesto, si todo eso nos aseguraba la paz de una vez por todas.

Así entonces, el lunes antes de las 3 me encaminé hasta lo que hoy es Barrio Cuba, donde se encontraba la famosa oficina Fritz & Cot investigaciones privadas.

Era una casita estilo victoriano pintada en tonos crema, tenía un portillo con varias bancas pequeñas afuera que regalaban vista a un jardín lleno de hortensias celestes y amarillas. En el mismo descansaban dos Bloodhounds que si acaso dirigieron la vista hacia mí, totalmente indiferentes. Por dentro, sólo se escuchaba un gramófono de fondo, al final del pasillo principal de la casa.

Los pasos de los tacones bajos de la especialista en cámaras, Catalina, marcaban el compás del silencio. Las paredes estaban decoradas con fotografías de Brenner y los demás investigadores.

—¿Esos perros son de Brenner? —Le pregunté a Catalina.

—Correcto. No se los quiso llevar porque dice que el viaje es cansado para ellos hasta allá.

—Para cualquiera.

Fausto me llevó hasta una pequeña sala de reuniones y Catalina se disculpó y se retiró rápidamente, nos dijo que tenía asuntos que atender.

—Bueno Ernesto es un placer recibirlo hoy por aquí, dígame, ¿En qué le podemos ayudar?

Fausto sacó una agenda y un bolígrafo para escribir, se quedó atento viéndome, esperando mi testimonio.

—Si bueno veré, vengo más que todo a consultar. Necesito que me brinde información acerca de un caso que ustedes llevaron.

—Si claro, ¿Algún familiar suyo?

—No. Necesito información de Elías Nuero. Bueno, no, mejor no de él, mejor de Brenner.

Fausto dejó el bolígrafo a un lado.

—Ese caso se cerró hace años.

—Eso ya lo sé.

—¿Entonces?

—¿Qué es Brenner?

—Uno de nuestros investigadores, por supuesto —contestó levantando los hombros.

—Déjese de payasadas. Usted sabe por qué se lo estoy preguntando. Y ustedes saben perfectamente que a alguien tan “Habilidoso” como Brenner no se le iba a escapar un chavalo así porque así.

—De dónde conoce usted a Brenner?

—Trabajo en el Chapuí con él.

—¿Y por qué voy a darle información de Brenner a un compañero de trabajo?

—Si él está embarrado en la muerte de Elías, ambos sabemos que debería estar en una celda desde hace años.

—¿Lo dicen los que meten locos a las celdas cuando no les hacen caso?
—respondió altanero.

—Sí, tiene razón. Mejor que ande libre matando el desquiciado ese.

Hubo una pausa.

—Si tanto quiere saber sobre él, ¿Por qué no se lo pregunta usted mismo?

—Ni siquiera a su propia exesposa quiso darle detalle, ¿Cree que me los va a dar a mí?

—Bueno... Déjame contarle quién es Brenner. Este hombre ha logrado cerrar con éxito cada uno de los casos que se le han agendado. —Se acomodó en la silla y se acomodó el saco— ¿Se acuerda de Beltrán Cortés Carvajal? ¿El asesino del Doctor Moreno Cañas y Echandi Lahmann? Adivine quién fue el que lo detuvo cuando iba huyendo. Este mismo asesino, unos cuantos años antes, andaba rodando por los pasillos del Chapuí.

Brenner ha cerrado casos de Poltergeist, desapariciones, asaltos, asesinatos, estafas y robos. Elías se perdió solo, es una mancha y ya.

—Una mancha enorme y oscura en una sábana blanca.

Fausto se sacó una pitillera de la bolsa del saco junto con un encendedor y comenzó a fumar.

—Ernesto. Hay cosas que quedan mejor sin saberse; yo sé por qué se lo digo. Por andar averiguando es que termina uno tan afectado. Es una ironía, porque lo que yo sé de Brenner él no lo sabía en ese momento y cuando se dio cuenta sentí como el chavalo se iba resbalando hasta lo más profundo de un hueco. Un túnel, no, un pozo, no... una tumba.

Me quedé callado esperando a que dijera algo más, el mae se mantuvo en silencio un par de minutos mientras jalaba el humo del cigarro y lo expulsaba lentamente.

—Dígame una cosa Ernesto, a ver si es cierto. ¿Es verdad eso que dicen que los empleados del psiquiátrico se vuelven locos igual que los pacientes?, ¿Qué irá a pensar el internista después de que yo le explique a usted lo que es Brenner? No vaya a ser que lo pasen de enfermero a paciente el mismo día.

» ¿Conoció usted a Manuel Dioldano, el que era muy amigo del Dr. Maximiliano Torres? Él era psiquiatra e internista ahí en el Chapuí. Trabajaba ahí en el horario de día y venía a trabajar aquí por las noches, y por andar averiguando lo encontramos colgado en este mismo cuarto hace unos días. Explique qué cree usted que pudo haberle afectado tanto a un médico de la salud mental.

» ¿Qué pensaría si le digo que El Dios en el que usted cree no es ni parecido a lo que es en verdad? ¿Qué pensaría si le digo que Dios y el diablo son más amigos de lo que usted cree? Tanto así que parecen una misma persona...—Le dio un par de golpes al cigarro para hacer caer la ceniza sobre un cenicero que parecía de plata.

» El día que Brenner nació, un 10 de mayo de 1920, todos los perros en todas las fincas del distrito aullaban para acompañar los gritos de dolor de Doña Bercial.

» Nadie sabe de dónde carajos salió don Rodhlann, sólo se sabe que llegó en un barco; sin familia sin amigos y sin dinero, muchos dijeron que venía huyendo de la guerra o de la policía. Por Rodhlann fue que le pusimos "Sabueso" a Brenner, porque siempre le gritaba "iiSchweißhund!!" y el carajillo salía disparado corriendo a buscarlo.

» El único testigo que tenemos del caso de Elías sólo nos dijo haber visto una cosa: Ver a Elías entrando al cafetal corriendo, camino al cerro, y un perro que andaba detrás de él; un perro grande y café oscuro de orejas largas. Un perro de San Humberto.

» ¿Todos los demás? Lo único que dicen haber visto es a Brenner dando vueltas en la plaza de Santa Bárbara como un loco cuando empezó a anochecer. Que en la pura tarde se clavó al frente de una sastrería y se quedó estático ahí por un rato hasta que se devolvió a la imprenta. Que venía nadie sabe de dónde con los zapatos embarrialados y que le bajaban los chorros de sudor de la frente. Llevaba horas caminando... Lo peor es que tenía amnesia, y no recuerda nada de lo que pasó excepto cuando salió de la imprenta y cuando volvió.

» Estaba triste, Ernesto. Estaba muy frustrado cuando le explicamos que posiblemente todo había sido culpa de él. Me dijo que ese don que el diablo le había regalado lo había corrompido, y que una vez corroído, lo único que le quedaba era despedazarse por la culpa. Desintegrarse.

Me acomodaba los lentes con la vista perdida mientras trataba de retratar en la mente todo lo que Fausto me estaba diciendo.

—Yo...— prosiguió después de terminar el cigarrillo que se estaba fumando — no le voy a decir a Brenner que usted anduvo por aquí averiguando. Pero, hágame un gran favor y termine este juego de hacerse pasar por periodista.

Me levanté como en automático de la silla para largarme de ahí. En el cuarto toda la decoración era café oscuro. Las lámparas, el escritorio, las bibliotecas, el techo, el piso, los lomos de las enciclopedias y el saco de Don Fausto.

—Espere Ernesto. Espérese pacientemente, que de por sí ya esa choza está en ruinas desde hace años.

Tomé mis cosas y como si estuviera saliendo de un matadero, agarré para la calle casi corriendo; Fausto observaba desde la ventana.

—¡Que le vaya bien don Ernesto! —gritó Fausto desde la ventana.

Capítulo 25

Capitulo XIX

Ese mismo día en la noche llegué al trabajo con desgano y con un dolor de cuerpo horrible, como si hubiera hecho una maratón; sentía las piernas débiles como si fueran a quebrarse con cada paso que yo daba, los codos me dolían y tronaban cuando subía los brazos y los estirada para alcanzar algo por encima de mi cabeza.

Estuve durante un par de horas acomodando y medicando algunos pacientes que me tocaban cuando me empezaron unos escalofríos horribles que me obligaron a sentarme en una esquina del salón. Ignacio me preguntó que si se me había pegado la quiebra huesos o algo por el estilo; pero, yo le dije al mae que no, que no recordaba haberme sentido así días antes, que, si se me había pegado algo, acababa de contraerlo.

Le avisaron a Maximiliano y él me mandó a farmacia a que me tomaran la temperatura y esa primera vez que fui a medianoche, la lectura dio 37,5.

La segunda lectura, que se hizo como media hora después, sobrepasó los 38 grados; me había agarrado una fiebre horrible, Adelmo me dijo que pidiera una de las camillas del salón de emergencias del San Juan y me acostara ahí a dormir un rato, que en emergencias tratarían de bajarme un poco la fiebre si no estaban muy atareados.

Tan pronto llegué a los salones del San Juan con otro de mis compañeros el mae me dijo que me acostara en una de las camillas que estaban desocupadas mientras llegaba alguien a ver qué me estaba causando semejante subida de temperatura, él me contó días después que esa noche yo iba hablándole de cuanta tontera se me ocurría y caminaba agarrado de su hombro tambaleante y que creía que tenía la fiebre tan alta en ese punto que estaba comenzando a desvariar.

A mi compañero le dijeron que todos los médicos estaban ocupados en ese momento, pero que, si podían, mandarían a una de las monjas a vigilarme mientras alguien se desocupaba. Me quedé esperando por unos largos 10 minutos hasta que trasladaron a otro paciente cerca mío que había tenido un accidente y recién venía saliendo de curación, quejándose de dolor y pegando unos lamentos dolorosos que en vez de despertarme me arrullaron hasta que me quedé dormido.

Aún recordaba mi compañero que en medio de esos quejidos de aquel paciente yo repetía insistentemente "Un cartón de huevos, un bollo de pan, una bolsa de azúcar y medio de queso" "Cállate cielito, estate quieto

que ya viene un galeno" "Un cartón de huevos, un bollo de pan, una bolsa de azúcar y medio de queso" "Cielito güevon, no me asuste mae, vea que hay muy pocos doctores hoy y vamos a tener que esperar tamaño rato".

Yo me reía a carcajadas cuando lo escuchaba contestándome alguna de las idioteces que le decía; él daba vueltas por todo el salón buscando a alguien que le ayudara conmigo mientras venía un médico general o por lo menos un enfermero. Dice que incluso llegó a dar hasta donde estaban las monjas, donde finalmente le tendieron una mano con una de las hermanas que hacía unos momentos se había desocupado.

Tuve una pesadilla horrible durante las horas que me dormí; soñé que corría por un cafetal, un cafetal enorme con matas que se colmaban de drupas de café color rojizo como las fresas; corría en medio de las plantas y volvía a ver al cielo, en medio de las nubes escasas, un pájaro volaba en círculos como siguiéndome el paso; era de plumaje negro y grande, como un zopilote.

Como en otros espantosos sueños, sentía que arrastraba las piernas cuando intentaba correr y si volvía a ver atrás distinguía que un bulto negro se acercaba con rapidez. Pasando los cafetales empecé a subir por el monte, llegando a la punta del cerro donde las copas bajas de los árboles tapaban la poca luz que había, sentía que algo se movía en círculos a mi alrededor y cuando trataba de seguirlo mi vista se nublaba y se retorció lentamente. Escuchaba el llanto de alguien "Por favor, por favor tenga piedad de mí" "Por favor, no me mate, se lo pido"

Volví a ver hacia mis tobillos y un hombre llorando desesperado, con la cara y la ropa llena de sangre y barro me tomaba de los pies y me raspaba los zapatos. Anochecía rápidamente, los árboles se tupían y oscurecían más el entorno como cuando se está en medio invierno; me dolían los tobillos y los talones, como sintiendo agujas que se me clavaban desde la planta de los pies y me salían por el empeine del pie. Quería gritar de la desesperación, pero sonaba como afónico.

Cuando aquel enorme bulto oscuro que me acosaba se posó sobre mí un golpe seco contra uno de los árboles me hizo despertar inmediatamente con un grito que sobresaltó a toda la gente en el salón del San Juan.

Al levantarme casi de un brinco me llevé semejante susto viendo como las luces de la sala de emergencias tintineaban hasta apagarse por completo, y una monjita jorobada en una esquina de la cama, movía su cornette blanco cuando oraba en estribillo con un rosario en mano:

"Dios te salve, María

Llena eres de gracia, el Señor esté contigo;

Bendita eres entre todas las mujeres

Y Bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús

Santa María, madre de Dios

Ruega por nosotros los pecadores

Ahora y en la hora de nuestra muerte,

Amén”.

—¿Qué pasó? ¿Nos quedamos sin luz?

La monjita volvió a verme con ojos llorosos, se tapaba con una cobija que tenía y un halo de luces de varias velas me permitía verla por partes.

Se levantó para tocarme la frente y la cara con el dorso de la mano. Me quitó de la cabeza varios paños mojados que me habían puesto y los dejó en una palangana con agua que había sostenido en sus regazos. Sacudió con su mano un termómetro de mercurio que puso entre mi axila para tomarme la temperatura una última vez.

—¿Quiere un vasito con agua?

—Así estoy bien, gracias. ¿Qué hora es? ¿Por qué se fue la luz?

—Son las tres. La luz está así desde hace rato, se enciende y se apaga solita, por la rayería, creo que ya los bombillos se están quemando. ¿Ya se siente mejor? Estuve tratando de bajarle esa fiebre desde hace más de dos horas, ya me estaba preocupando.

—Sí hermana, muchísimas gracias, Dios la bendiga. Yo creo que sus oraciones fueron las que me despertaron de ese sueño horrible que estaba teniendo.

Entró un chiflón de aire por el pasillo que hizo a la monja tener un escalofrío y enrollarse en la cobija que tenía puesta.

Yo le dije que ya me sentía mejor, que tenía que devolverme para el Chapuí porque posiblemente me ocupaban; tomó el termómetro que tenía en mi antebrazo para hacer la lectura y ya había vuelto a la normalidad con una temperatura de 36,2c°. Volvió a verme agitando de nuevo el

termómetro y asintió.

—Me imagino que deben estar saturaditicos en el Chapuí para que esté tan ansioso por irse.

—No se imagina hermana, ya tenemos más de mil pacientes, ya a veces ni me acuerdo de los nombres de los pacientes que entran, sólo los de los más viejitos.

—Qué terrible eso, ¿dónde van a meter tanto paciente? Por eso terminan unos hasta durmiendo en el piso.

—Qué le diré hermana, mucha gente nos agarró como hospicio de huérfanos, de hogar para ancianos o hasta como edificio de alcohólicos anónimos. Vienen y dejan a cualquiera sólo porque no tienen otro lugar dónde llevarlos o porque simplemente quieren deshacerse de la carga; ¡usted viera! Los mismos doctores del San Juan les echan un medio ojo a los pacientes y los hacen tirados en algún salón del psiquiátrico, como si fuera obligación de nosotros atenderlos, como le digo, muchos de ellos ni siquiera tienen padecimientos mentales... Si no hubiera sido por usted de seguro hasta convulsiones me agarran de la calentura que tenía.

—Siempre es un placer de mi parte, no se preocupe. ¿Conoce bien el hospital? Porque si no, puedo acompañarlo hasta el asilo.

—Bueno, si no fuera mucha molestia se lo agradezco, no conozco tan bien el San Juan, y menos con esas luces así fallando, es como un laberinto.

Ella agarró una de las velas y esperó a que me pusiera de pie; me agarró de la mano para que la acompañara para cruzar el hospital y llegar a los pabellones del psiquiátrico.

—¿Está seguro de que se siente mejor?

—Sí hermana, no se preocupe.

—Es que cuando le estaba poniendo los paños mojados usted empezó a hablar, creí que estaba alucinando de la calentura, estaba hirviendo en fiebre.

—¿Qué me escuchó decir?

—Usted decía que por favor no lo matara, que tuviera piedad.

Guardé silencio; la monja me llevaba aún de la mano, cruzando por los laberintos del San Juan, tan ágil como sabiéndose las rutas de memoria y tan rápido que parecía que se le iba a apagar la candela que llevaba en

mano.

Cruzando por varios salones de internamiento y por una de las áreas de rayos X del hospital pasamos por un departamento que se encontraba totalmente vacío y oscuro, que presumiblemente, era una de las tantas áreas de oficinas administrativas del hospital. No había ni un alma por ahí; sólo escuchábamos las suelas de los zapatos al rose con el piso. Al llevar cerca de unos cinco minutos caminando, ya cuando las salas de especialistas y las de urgencias estaban lo suficientemente largo, escuchamos una voz que venía del área que habíamos cruzado:

—Sor Rocío, Sor Rocío venga por favor, ocupo su ayuda.

Era una voz femenina y avejentada; Sor Rocío me agarró la mano más fuerte y caminó aún más rápido, casi dando zancadas con el paso que llevaba. Pasando por los salones de farmacia donde se mantenían guardadas las medicinas, comenzaron a escucharse ladridos por todos lados, como si una jauría anduviera detrás de nosotros pellizcándonos los talones.

—Sor Rocío, venga para acá. —insistía aquella voz— ¡SOR ROCÍO LE ESTOY HABLANDO MISERABLE!

—Santa Cruz del Padre Benedicto. La Santa Cruz sea mi Luz. No sea el dragón mi guía, apártate, Satanás; no sugieras cosas vanas; venenosa es tu carnada, bebe tú mismo el veneno. Paz. En el nombre del padre, del hijo, y del Espíritu Santo.

Rocío aceleró aún más el paso hasta que comenzó a casi correr conmigo y sollozaba desesperada queriendo llegar ya al asilo. Era una muchacha bajita y delgada, tenía unas manos finitas que se pasaba por la cara para limpiarse las lágrimas.

—¡SOR ROCÍO! —Se escuchó de nuevo en un tono más fuerte.

Como buen imbécil que soy, me voy dando la vuelta buscando aquella voz tan extraña; un bulto negro, alto y delgado con Cornette se iluminaba al tintinear de las luces. Tenía cara de vieja senil, con ojos llorosos y llenos de ojeras; altísima, como del tamaño de Brenner o un poco menos con manos largas y huesudas que parecían rastrillos.

—¡Maldito seas Ernesto! ¡Maldita esa hija y maldita la gran puta de tu mujer, maldita sor Rocío que no lo dejó morirse, maldito aquel que grita desconsolado que lo ayuden! ¡El hijo que nació en la oscuridad en la oscuridad se va a pudrir, donde pertenece, donde nació y va a morir! ¡Maldito sea el también! Maldito ese espantajo, que muera como perro envenenado con el más profundo de los dolores en su alma y su mente, como oscuridad que crece y trae muerte y sombras a sus pies, ¡Malditos

todos!

La monjita rompió a llorar y me empujó por la espalda cuando aquella cochinateda se echaba semejante hablada, maldiciendo prácticamente a todo aquel que pisaba el hospital. Sor Rocío me agarró del brazo y empezamos a correr como loquitos buscando el portón que conectaba el Chapuí con el San Juan de Dios.

Empecé a sentir las piernas y los brazos como más temprano en la noche, débiles y adoloridos mientras hacía todo el esfuerzo que podía para salir corriendo al lado de Sor Rocío.

Al llegar finalmente al portón que daba al psiquiátrico me acuerdo de que me guindé de las verjas como un mono a pegar gritos para que nos abrieran y Sor Rocío metía las manos entre las cadenas para tratar inútilmente de soltarlas mientras se iba casi de rodillas de la tembladera que tenía.

Llegó Don Félix corriendo y casi se le iba el aire de la mera timba que se andaba por tantos chicharrones y pelaba los ojos viéndonos a nosotros desesperados.

—Óigame Ernesto, pero ¿qué les salió a ustedes en el hospital? ¿Quién los andaba persiguiendo? ¿Usted no estaba enfermo?

Ambos entramos y al escuchar a Don Félix cerrar el candado otra vez la monjita se fue de un solo sentada al suelo de los nervios y el miedo, yo estaba como en shock; ella se quedaba callada viendo hacia el vacío del cielo nublado con el rosario en una mano y la vela, ya apagada, en la otra.

En los jardines se iluminaban las copas de los árboles y la fuente de venus, cada vez que algún rayo tocaba el suelo entre toda la lluvia que estaba cayendo a esas horas. Nuevamente había muchos pacientes despiertos por la rayería y Maximiliano me recibió con sorpresa preguntándome si se me había bajado la fiebre.

Estuvimos un rato más en el jardín hasta que la rayería pasó, Ignacio salió del salón de UTI donde estaba haciendo guardia para preguntarme qué diantres había pasado. Me preguntó con tono burlista si me había vuelto a asustar Brenner, le respondí que no, que esa cosa no había salido ahí por Brenner, porque también había mencionado algo sobre él.

Después de calmarse, Sor Rocío se fue a dar una vuelta por el asilo para ponerse a buscar por los pabellones a alguna otra hermana que la acompañara de vuelta al hospital.

Capítulo 26

Skinwalker

Enero de 1953.

Santa Cruz, Nicoya, Guanacaste.

La familia me llamó para decirme que tenían un problema que llevaba ya bastante tiempo. Tenían 8 hijos; 5 mujeres y 3 varones.

El señor, Don Leopoldo, me indicó que creía firmemente que una bruja andaba asustando y amenazando a una de sus hijas, quien recientemente se había casado con un muchacho de Santa Bárbara.

Nos habíamos reunido en la casa a horas de la tarde, cerca de las 2:00pm, Doña Nerfina se sentó a la mesa y me dio una taza con café, me preguntó si tenía hambre y me ofreció chorreadas con queso; le dije que sí y mientras comía en silencio la señora iba contándome todas las calamidades que la familia estaba pasando por culpa de aquella supuesta bruja.

Me contó que todos los días, después de las seis de la tarde, todos los hijos o nietos tenían que quedarse adentro de la casa y no salir a menos que fuera urgente; aquella cosa andaba dando vueltas por toda la finca sólo para hacerles la vida cuadritos, y con frecuencia se subía a los techos o a los árboles para hacer un escándalo tan inmoral que hacía a las gallinas bajadas del árbol en cuestión de segundos.

Recuerdo que les pregunté a ambos si era una sola persona la que acosaba a su hija, o, si existía la posibilidad de que fuera un grupo.

—Lo que pasa es que muchas veces lo hacen para molestar, a veces usted ve a una de esas cochinas ahí andando por los árboles, sólo dando vueltas o molestando a quien se les aparezca. El problema es que lo que hemos estado sufriendo como familia viene ya de hace rato y sabemos que es una sola persona, no varias.

—Doña Nerfina, ¿por qué usted cree que todo esto tenga algo que ver con el matrimonio de su hija?

—Porque me parece recalcar que todo comenzó desde ahí; una que otra vez pasan cosas raras, pero a este momento, es una calamidad de todos

los días.

—¿Tiene usted alguna idea de quién puede ser la persona que los persigue a ustedes y a su hija?

—Lo único que sé es que debe ser alguien malo.

—Es muy probable que yo vaya a pasar toda la noche aquí en el pueblo para poder investigar lo que sea que aparezca, ¿usted cree que esa persona puede estar entre su familia o que sepa a qué vine yo?

—La única idea que tengo es por una muchacha que tuvo problemas con mi hija antes del matrimonio.

—Entiendo, ¿parece ser entonces que pudo haber sido por despecho, según usted?

—Correcto.

Las leyendas explicaban que aquellas brujas tomaban venganza de la gente por despecho, rencor o por ajustes de cuentas. Utilizaban antiguas oraciones indígenas para entregarse a la noche y escupir su alma en un vómito de sangre muy espesa que caía a un guacal, debajo de algún árbol de Guanacaste.

A estas monas usualmente se les describe como nahuales, de textura esquelética y pequeña con extremidades largas que les permiten balancearse entre los árboles por las noches y la madrugada. Usualmente tapan su rostro con melenas largas y enmarañadas que dejan entrever sus ojos blancos y brillantes o rojos y llorosos.

A diferencia de otras criaturas de origen oscuro, son fáciles de distinguir debido a las singulares formas que tienen para asustar a la gente. En gran parte de la región Chorotega, y en especial en algunos pueblos de Guanacaste se le señala como una criatura ruidosa, que golpea los techos al caer sobre las tejas, grita mientras cruza por las calles y silba entre los potreros para anunciar su llegada.

Mi tata vacilaba y decía que cuando el silbido se escucha cerca, anda de lejos, y si se escucha lejos, la andas detrás tuyo.

En los pueblos vecinos sobró gente que quisiera contarme sus anécdotas con estas singulares apariciones, me explicaban que, si en algún momento me topaba con alguna de ellas, debía asegurarme de llevar conmigo una Cruceta, una bolsa con semillas de mostaza o granos de sal, un sombrero y un rosario.

Me advirtieron que me alejara de los árboles durante la noche porque podía caerme encima o jalarme las greñas para despistarme.

Me avisaron que estas brujas saltaban por los techos y los árboles a gran velocidad, y que, además, corrían por las calles para perseguir a la gente; pero, había algo que sí que no lograban conseguir por más que quisieran, atravesar calles en cruz. Así entonces, si por algún motivo venía siguiéndome uno de estos animales, debía cruzar las calles en cruz para dejar a la bestia detrás de mí.

Me indicaron que en el Valle Central también las conocían como Chanchas, Dantas o incluso Voladoras, ya que podían adquirir multitud de formas.

Relatos y leyendas como esta eran abundantes entre los Chorotegas, desde la región costarricense del pacífico, pasando por Nicaragua, Honduras, El Salvador, Guatemala y hasta México.

Una señora se me acercó para contarme que a uno de sus sobrinos lo había perseguido una bruja de esas en una ocasión que venía de una fiesta en el pueblo de Chumico.

Aquel carajillo llegó en bici a la choza allá y golpeaba la puerta llorando para que la mamá le abriera. —¡Mamá, mamá! ¡Abríme mamá que me anda persiguiendo!

Aquella bruja enana venía siguiéndolo desde que salió del salón y lo correteaba a toda velocidad por las calles de lastre de aquel pueblo. El carajillo logró burlarla haciéndose zampado al jardín de la casa, dejando la bicicleta a la orilla de la acera, para comenzar a golpear la puerta con desesperación; la mona ni tonta ni perezosa se subió a un palo de mango que tenían en la casa y pegó un brinco al techo, para comenzar a hacer un escándalo que incluso alertó a los vecinos.

Saltaba por los techos y las copas de los árboles, aruñaba los vidrios y pegaba gritos fuertísimos que congelaban la noche en Nicoya.

Veía la angustia en los ojos de aquella señora, posiblemente no era la única experiencia de este tipo que había experimentado.

—¡Es que dígame usted! — pronunciaba otro pueblerino acongojado— ¿Cómo se va a subir un perro a un palo de limones? Los perros no hacen eso, como los gatos o los monos. ¿Qué hace un perro subido en un palo? Pero óigame, no hacía nada, no hacía cómo bajarse o nada, isólo se quedaba ahí quieto viéndome! Yo creo que ese era el diablo.

Ese mismo día ya cayendo la tarde, doña Nerfina me dijo que si quería los podía acompañar a la misa para que no me quedara solo por ahí mientras ellos no estaban. Les dije que sí y emprendimos camino desde la amplia finca de Don Leopoldo hasta la parroquia del pueblo. Una edificación de madera muy sencilla y bonita, que tendría espacio para no más de 50 personas pintada de rojo ladrillo.

Pasada la misa los señores se encontraron con Dolores, la hija que recién se había casado y que había aceptado pasar la noche en casa de sus padres mientras yo investigaba el asunto.

Eran pasadas las 6:00pm cuando salimos del templo para emprender viaje de nuevo a la finca. Desde la plaza del pueblo se veía ya la rapidez con la que anochece, además de los señores y su hija, nos acompañaban otros tres hijos y una más hija, la menor.

Caminamos desde la plaza hasta la quebrada que dividía las fincas vecinas con el resto del pueblo; pasamos la quebrada, ya crecida por las lluvias de invierno, a través de un puente de hamaca, al que le rechinaban las tablas si uno pisaba con mucha fuerza.

—Por aquí la toparon doña Lucía y doña Josefina, un día que venían del rezo de la Tati — mencionó la hija menor, tocándome el hombro mientras cruzábamos.

—¿Vos la has visto también?

—Un día la vi dormida debajo de un palo de mango, en la tarde noche. Estaban los congos asustados porque no querían cruzarse para el palo ese donde ella estaba dormida. Yo apenas la vi lo que hice fue salir corriendo para donde mi mamá. Andaba haciendo unos mandados en la plaza.

—¿Y cree que haría si un día se la topara bien despierta?

—Ahh no sé, seguro la mando con Dios, pero de la impresión me desmayo también.

La noche empezó a caer cuando ya estábamos cerca de la entrada de la finca de Don Leopoldo, que era adornada con un gallinero y un palo de jocotes en la entrada. Cruzando ya el último tramo para llegar, comenzamos a escuchar un silbido a la distancia; Don Leopoldo los iba apurando.

—¡Caminen rápido! ¿La escuchan silbar? Ahí anda La Mica — vociferaba.

Todos se apresuraron a entrar a la casa y la hija más pequeña me agarró del brazo para meterme hasta la cocina de la casa, y ya ahí, entregarme un saquito pequeño con sal y una estampita que presumía podía haber sido bendecida en la parroquia.

—Yo le ayudo si ocupa— Me indicó uno de los muchachos hijo de Don Leopoldo, Miguel.

Otro de los hijos, Fernando, me entregó en manos una cruceta que tenía guardada la familia en la sala de la casa, y que le había pertenecido a Don Emilio, el abuelo materno de los jóvenes.

Salí entonces en busca de caza, pero me quedé calladito cerca del horno de barro que estaba en una choza frente a la casa, a la par de las pilas, para ver qué pasaba.

El silbido parecía diluirse entre los sonidos de los grillos, los congos aullando y los caballos relinchando, ya asustados.

Entonces cuando el silbido pareció desaparecer por completo, se escuchó algo caer entre las ramas de un palo donde dormían las gallinas; las pobres salieron espantadas ante semejante susto, los caballos comenzaron a relinchar asustados de nuevo y un par se salió del corral, las vacas se movían de un lado a otro del potrero tratando de alejarse lo más posible de aquella extraña presencia y los monos se movían de árbol en árbol alarmados.

Entonces me moví para buscar entre las ramas de los árboles y el cielo estrellado la espantosa silueta. Creí por un momento que se pondría a hacer el mismo alboroto de todas las noches, pero en cambio se quedó quietecita viéndome desde el árbol. Movía la cabeza de un lado a otro como escaneándome desde varios ángulos, posiblemente tratando de reconocermé.

—¿No le avisaron que iba a venir, carebarro?

No movía ni una fibra del cuerpo, yo la veía desde una banca al lado de la casa, ella estaba en una rama gruesa baja en el palo.

—¿No esperaba encontrarse a nadie aquí afuera?

La chavala empezó a pegar alaridos como un animal salvaje, sacudiendo las ramas del árboles, perdiéndose de mi vista por un instante.

—¡A mí no me grita, condenada!

Vi caer el pesado bulto negro sobre el techo de teja y bajar al jardín trasero de la casa con un golpe seco, buscando escabullirse entre los

arbustos espinosos.

Caminaba entre los árboles de naranjas y limones que tenían en el jardín, los rosales me espinaban los brazos cuando pasaba en medio de ellos.

—¿Por qué andás molestando a la pobre muchacha? ¡Dejála en paz gran sinvergüenza!

—Ella me tiene que devolver lo que me debe— respondió la bruja a la distancia, escondida entre las matas.

—¿Y ella que le debe? ¿Al chavalo ese?

Metí la mano entre uno de los arbustos espinados y agarré a la bruja de las mechas para hacerla sacada de su escondite y pedirle una explicación, preferiblemente por las malas.

—A ver, ahora sí me vas a decir.

La chavala me clavaba las uñas en el pecho y me rasguñaba con fuerza para que yo la soltara, la hice tirada sobre unos nopales y comenzó a pegar alaridos al levantarse, se escabulló nuevamente entre los árboles y la maleza para agarrar camino hacia el cerro.

Me devolví a los corrales para agarrar a uno de los caballos que se había salido y lo ensillé para perseguirla hasta lo más profundo de la montaña.

Comencé a subir por la calle de piedra montado en aquella yegua gris, la mona se iba balanceando torpemente entre los árboles de guapinol, pegando gritos de dolor buscando como fugarse, yo cargaba la cruceta en una de mis manos y el saco de sal en la bolsa de mi guayabera.

En el cielo vi un ave cruzar por la bajura, un ave oscura y grande, que tendría una envergadura de más de metro y medio; ¿Qué hacía un bicho de esos volando a esas horas?

La mona entonces había desaparecido de mi vista; continué avanzando hacia el cerro tratando de seguirle el rastro al extraño pájaro que se había aparecido, quien sospechaba que había llegado al escuchar los gritos de dolor.

La noche se volvió silenciosa, había pasado cerca de hora y media, el pájaro daba vuelo en círculos y su figura tapaba las estrellas en el cielo.

Yo iba a paso lento en la yegua tratando de distinguir los ruidos de la noche uno por uno.

De repente, casi llegando a la quebrada de la finca, se acercó una mujer hermosísima, que venía saliendo de una de las casas que estaban frente a la finca.

—Muchacho muchacho, por favor, espérese. ¿Usted sería tan amable de llevarme a San Juan? Antitos del cerro, por el ojo de agua. Es que tengo que ir a recoger unas planchas que me alistó mi mamá, pero si me voy caminando me va a tomar mucho tiempo, y me da miedo irme sola.

Era una muchacha menudita de unos veintitantos con el cabello lacio por la cintura, de piel morenita y con unos ojos café almendrados como ojitos de buey. Se iluminaba el rostro con una lámpara de aceite que llevaba en la mano y no me quitaba la mirada de encima.

Lo pensé un momento, le pregunté si también ocuparía devolverse después de recoger el mandado, pues yo andaba de excursión y andaba buscando algo que se me había perdido.

Acariciaba a la yegua y le trenzaba el pelo al animal con los dedos.

—¿Usted cómo anda por aquí sin una lámpara o algo? ¿Cómo hace para ver entre tanta oscuridad?

—Estoy acostumbrado, creo. Me vine en carrera, eso fue.

Al final la dejé subirse, me entregó la lámpara de aceite y de inmediato rodeó mi cintura con sus brazos; íbamos subiendo a paso lento pero constante, ya se me había perdido aquel zanate extraño y la bruja no daba señal alguna de andar cerca. Me distraje bastante desde el momento en que aquella mujer abrió la boca para hablarme, casi como si me hubiera desconectado de toda la situación.

—Cuénteme, ¿usted es de acá de Nicoya? No, ¿verdad? Usted no es de acá, no parece; yo nunca lo había visto.

—No, yo soy de La Guácima. Ahora vivo en San José, por donde quedan los cafetales de los Rohmoser.

—Ah, ¿es usted cafetalero entonces?

—No que va jajaja, me fui a vivir ahí cuando recién me casé, pero

creo que voy a tener que volver a irme, ya no me gusta ese lugar.

—Entiendo, y yo pensando que era soltero.

—Estoy separado de mi esposa desde el 52, claro que debí haberlo hecho desde hace años, porque desde hace tiempo ya no me quería.

—Y... ¿le hace falta una compañera?

—Que le diré... Pues sí, como a cualquiera.

Su respiración chocaba con el cuello de mi camisa de manta, había llevado uno de sus brazos hacia mi espalda y me acariciaba con especial delicadeza.

—¿Qué es lo que le hace tanta falta? ¿Alguien con quién desahogarse?

—Pues todo en realidad, usted verá, he pasado muy sólo últimamente. De mi familia ya la única que queda es mi mamá, mi tata ya palmó hace años, él se enfermaba mucho. Tengo una chiquita, siempre quiero verla, es igualita a la mamá, pero no me dejan ir, ella está con la mamá viviendo con el gran hijo de puta amante que tiene. No tengo a nadie más.

—¿Y por qué no dejar toda esa porquería atrás? Venga aquí, quédese aquí.

—Me gusta Guanacaste, es precioso, sí, pero no aguanto tanto calor, prefiero los climas templados.

—No me refiero al lugar, quédese aquí conmigo. A mí me hace falta un hombre como usted, y, no me diga que no porque lo noté, usted me vio con deseo desde que lo paré en la entrada de mi casa.

—Dios le diría que soy débil, y no estaría mintiendo.

—¿Y qué diría el diablo?

—Que confíe en usted.

—Después de todo no es tan diablo entonces...

La mujer me plantó un beso en la nuca que me dejó la sangre hirviendo, un beso lleno de pasión que se sentía como veneno de

terciopelo.

Continuó con ese juego de caricias hasta que llegamos al ojo de agua; a este punto, las faldas del cerro se encontraban frente a nuestras narices. El ojo de agua estaba rodeado de vegetación espesa, no se veía ninguna casa ni remotamente cerca.

—Venga, acompáñeme, yo conozco un lugar.

Volví a ver a mi alrededor, puros árboles de bejuco y de chumico, ni una sóla entrada, ni un solo portón... puro monte.

—Venga conmigo...

—Bájese aquí, ¿no ocupaba ir a recoger algo? —indiqué sin voltear atrás.

—¿No quiere venir conmigo? Venga, acompáñeme.

—Ya le dije que no. ¡Bájese en este instante!

Sostuve con fuerza la cruceta en mi mano.

—¿No se va a despedir de mí?

Medio saqué la cruceta y de inmediato me voltéé cuando sentí un calambre horrible en la pierna., solté la cruceta para agarrarme la pierna del dolor.

La mano de la mujer se posaba cerca de mi entrepierna y yo me quejaba del horrible dolor, en un intento desesperado me hice bajado del caballo como si estuviera borracho, partiéndome la cara entre las piedras.

Me fui de espaldas y di como cuatro vueltas en el suelo cuando la yegua comenzó a dar brincos como asustada, colgando de atrás el cadáver de Elías Nuero como si fuera un chanco destazado. El animal relinchaba atacado y casi se me para encima; yo me levanté y me recosté sobre un árbol de bejuco para reponerme del dolor de la pierna. Trataba de calmar al animal jalándolo de las riendas.

Escuchaba las carcajadas de una vieja que veía al animal atacado del susto y a mí tratando de controlarlo y zafarle esa porquería de atrás. Saqué la cruceta del forro de cuero y comencé a volar cuchillazos del colerón que me había dado. Maldecía al aire mil veces, y no escuchaba a una si no a un montón de gente riendo a carcajadas a mi alrededor.

Bajé el cuerpo y lo hice tirado en la naciente de agua, donde se despedazó

y se volvió polvo.

—¿iSabés por qué no ando una linterna malparida!? Vos sabés, ¿verdad? ¿sabés con quién te metiste? ¡DE ESTA NO SALE VIVA! Voy a hacer su cabeza guindada en la pared como una cabeza de toro.

Silencio total.

—Si usted sabe que lo maté, también sabrá cómo. Le pido que me cuente como fue, le dije a Fausto que no recordaba. ¿Lo perseguí hasta la punta del cerro, ¿verdad? Hay gente que dice que lo escucharon pedir súplica desde lo más alto de la montaña, desde el lago, al lado de la Ermita, los fieles que salían de misa escucharon los gritos. ¿Quiere ver si es cierto?

Caminaba en medio de las ramas caídas del bejuco, e hice una piedra tirada con fuerza entre las ramas, escuché sigilosamente en busca de respuesta y lancé la cruceta hacia la copa del árbol como una lanza, escuché un alarido, la cruceta cayó al suelo con una mancha de sangre.

La mona salió despavorida entre los árboles, yo recogí la cruceta y me volví a subir en la yegua para darle cacería de una vez por todas. Ya sabía que no era sólo una, no podía ser sólo una.

Crucé la pampa guanacasteca buscando a la maldita que había escarbado entre las heridas de mi pasado, calculo que recorrí unos cinco kilómetros montado en la yegua. La vi finalmente posarse bajo un árbol amplio a descansar por un instante y ahí mismo la agarré de espaldas; andaba ya tan encanfinado en ese momento que recuerdo haberle hecho una marca con la cruceta que le cruzaba toda la espalda y pegó semejante grito de dolor que la hice botar un guacal que había tomado en sus manos lleno de sangre.

La volví a agarrar del pelo, y esta vez, bajo ese mismo árbol, la degollé como una gallina.

Escuché gritos a lo lejos, me gritaban a maldecir y escuchaba gritos de dolor y miedo, voces de espectros sobresaltados, amargados y asustados. Observé el horizonte; frente al cerro, un árbol partido por un rayo donde descansaba el pájaro observándome.

—Vos no sos estúpido, vos me viste matándolo. Y ahora me viste matándola a ella... No te hagás el tonto. ¿Cómo quiere que cambie la rutina si desde ese día todo ha sido lo mismo? El cuerpo de Elías se llenó

de gusanos, el mío todavía no, pero ya está podrido.

El pájaro me observó unos instantes y tomó vuelo llevándose consigo todas las voces que ahora lloraban la muerte de otra bruja enana.

Me fui con la Yegua hasta la plaza para ir a meterme a una cantina hasta que amaneciera, donde me acabé los últimos 2 puros que andaba en la bolsa y le pedí como 7 rondas de coñac al mesero para toda la barra, que si acaso, costaba de unas 4 personas contándome.

Fue una noche muy larga y pesada, me acordé de María Perpetua toda la noche y la lloré por un rato. Le había contestado a Esther en la carta que estaba tan ansioso de salir con ella como ella misma lo estaba, sabía muy en el fondo que mi corazón no olvidaría a Perpetua tan fácilmente, pero, confiaba en que tal vez conversar con Esther para compartir mis angustias me ayudaría a alivianar la carga que ya de por sí se me había hecho abrumadora desde hacía tiempo.

No había sangre en mi camisa, sólo manchas de barro y polvo de aquel del que me llené cuando caí del caballo luego de ver el cadáver de Elías sobre la yegua. Pobre animal, es como si también la hubieran castigado a ella por lo que hice yo.

No sé qué tienen tus ojos

No sé qué tiene tu boca

Que domina mis antojos

Y a mi sangre vuelve loca

No sé cómo fui a quererte

Ni cómo te fui adorando

Me siento morir mil veces

Cuando no te estoy mirando

De noche cuando me acuesto

A Dios le pido olvidarte

Y al amanecer despierto

Tan sólo para adorarte
Qué influencia tienen tus labios
Que cuando me besan tiemblo
Y hacen que me sienta esclavo
Y amo del universo
(Esclavo y amo – Javier Solís)

Al día siguiente a horas de la mañana llamaron a Don Leopoldo para avisarle de un cadáver que habían encontrado como momificado debajo del árbol, como si llevara años ahí. El guacal se despedazó, pero aún estaba en sus manos, y la expresión de su rostro hacía parecer que se había congelado mientras gritaba, no, la cabeza no andaba suelta, estaba ahí como si yo no la hubiera tocado jamás.

Don Leopoldo me agradeció infinitamente por la ayuda, porque después de esa noche no volvieron a molestar a la muchacha ni al resto de la familia.

Me pidió con contentera que por favor tomara a la yegua como un agradecimiento y como parte del pago. ¿A dónde iba a meter yo una yegua si la choza en Trinidad era tan pequeña?

Entonces me acordé de Esther.

—¿Se lleva la yegua entonces?

—Sí, me la voy a llevar para Cartago, ahí tengo una amiga con una finca, ella seguro me la recibe.

Capítulo 27

Capítulo XX

Habían pasado semanas desde aquella ocasión en la que había hablado con Fausto; y, durante varios días por ese mes, el terrible baile que me tenía con las palabras del hombre me impedía dormir. Todas aquellas explicaciones a medias comenzaron a corromperme las creencias que desde carajillo me habían metido mis tatas entre ceja y ceja.

Me sentí observado durante mucho tiempo hasta que involuntariamente dejé botada aquella idea; lo peor de todo creo que fue de hecho poder distinguir que aquello que me observaba no era Brenner. No podía ser él, no se sentía a la mirada de él.

¿Me explico? La mirada de Brenner era violenta y tajante como un machete, y al mismo tiempo se sentía dolida y resquebrajada, martirizada. Esta otra mirada de la que hablo era vacía, constante, insensible e inexpresiva. Me dio muchísimo miedo.

El sueño aquel de ese día que desperté con el halo de luz de Sor Rocío no fue el único, aunque si el primero; otro de esos días en que traté de descifrar el misterio sobre la siniestra mirada me desmayé del sueño en cuestión de un parpadeo, y entonces, volví a soñar.

Una casa a oscuras, a horas de la madrugada, hay un pasillo largo, muy largo, que me señala un único cuarto con las luces encendidas. Sale y entra una señora de contextura gruesa que se tapa del frío con un abrigo tejido, lleno de sangre. Trae una palangana que viene llena con unos caldos hediondos que recuerdan al olor de la sangre coagulada y a heces.

La señora se va para las pilas y bota aquella cochinateda soltando llantos ansiosos, "¡Ay, Dios bendito! ¿¿¿Por qué le hace esto a su hija???" suelta en un quejido amargo mientras llena la palangana con agua; entonces logro deducir que, en efecto, es una partera.

En el área de pilas está haciendo un frío hijueputa, de esos que queman los huesos bajo la ropa. Como si la misma ventisca me devolviera con fuerza a la casa, ahora veo el cuarto al final del pasillo un poquito más cerca. Escucho a una mujer llorando, quejándose desconsolada.

Entro al cuarto y veo a la mujer, es María Perpetua; está acostada en posición de parto en una cama con sábanas bañadas en sangre, sólo tiene los pechos al aire y está despeinada, cubre su rostro con las manos como

delirando del sufrimiento.

En una silla, Brenner Fritz Cot, con la cabeza apoyada en las manos, rendido e inmóvil de la impotencia.

La escena que parece que va a permanecer estática, se convierte en un caos cuando Perpetua usa las fuerzas que le quedan para arremeter contra el muchachillo, que si acaso en ese momento, tiene unos 19 años.

—¡Fue por su culpa miserable! ¡TODO ESTO ES SU CULPA!

La voz de María Perpetua se escucha quebrada y débil, temblorosa; y, cuando creo que la muchacha va a intentar recobrar la calma, estalla en gritos histéricos otra vez, que me hacen sentir que se va a romper de hacer tanto esfuerzo.

Gasta sus últimas energías lanzándole golpes a Brenner, quien si quiera se mueve de la silla, agachándose cada vez más en su propia desgracia, ya casi en posición fetal.

—Perdón.

—¡Estaba enfermo, igual que vos! ¡Estaba muriéndose adentro mío y casi me voy yo con él! ¡Usted! ¡Usted es el que debería estar muerto! Mi bebé no, no mi bebé... ¡Usted es el que debió haber nacido muerto! Es lo único que anhelaba en esta vida y ya no está más, y, por mucho tiempo creí que seguía conmigo, pero solo andaba paseando el cadáver en mi vientre.

—Yo también quería—

—No —interrumpe Perpetua de inmediato—¿Qué fue lo que te dio ese maldito, Francisco? ¿Qué fue ese don que le dio para arruinar las vidas de los demás?

Las luces se apagan.

En una mesa pequeña en la sala, veo a Brenner sentado tomando lo que parece aguardiente y fumándose un puro, veo esa mirada otra vez; dolida, avergonzada, exhausta. La partera se acerca y le da una palmada en el hombro antes de salir de la casa.

—Ya no sé cómo ayudarles más. Ya no hay remedio para esto.

—Debe haber alguna forma, no sé...

—No Francisco, no sé cuál de los dos sea, pero esto no funciona. El primero enfermo y muerto a los días, y el segundo abortado. Algo aquí no

está bien. Den un par de años y vuelvan a intentar.

—Dígame Brenner por favor, nadie me dice Francisco...— solicitó el carajillo, cuando la señora ya se había ido.

Pasan algunos minutos con la imagen constante de Brenner bajándose la botella de Cacique en tragos sedientos.

—No es mi culpa—reniega el mae con los dedos enredados en el pelo.

El suelo se empieza a inundar con aquellas aguas babosas y malolientes, llenas de mierda y sangre; abandono la escena de Brenner para encontrarme en el portillo de la casa a una María Perpetua demacrada, con la piel gris, desnuda y el cordón umbilical le cuelga por las piernas.

—¿Por qué me hiciste esto, Francisco? Tu hija está maldita, igual que vos...

—¡Dejáme en paz, maldito, dejáme en paz! —vocifera Brenner en tono alto.

Escucho una risa, pero no de las que contagian la gracia, si no de esas que dejan los sentidos paralizados, adentro de la casa hay un viejillo senil al fondo del pasillo, agachado y chingo, que no me quita la vista de encima, a diferencia de Brenner y Perpetua, que no saben que yo estoy ahí.

Entonces me doy cuenta de que aquella mirada enfermiza era la de ese carajo extraño; no sé quien es, sólo tengo claro que la mirada que percibía era la de él.

—¿Vos sos el diablo?

Suelta otra carcajada escandalosa.

—¿Un demonio? De esos que Brenner espanta.

El viejo decrepito vuelve a reírse.

—¿Sos el tata de Brenner?

Vuelve a reír, ahora aún más fuerte.

La risa era una negación inconfundible, al menos según lo que yo estaba interpretando.

Brenner empieza a toser como si tuviera tuberculosis; está tosiendo sangre, y el paño que usa para taparse se está manchando poco a poco hasta que queda empapado.

—Su hijo fue otro mártir, y no lo mataron sus hermanos, lo mató su propio padre.

Y entonces el viejillo ya no se rio más.

Fausto tenía razón.

Acomodo mis lentes y vuelvo a ver a mi alrededor, la casa sigue a oscuras, pero se cuelan luces color rojo y naranja por las ventanas, como si estuviera atardeciendo una y otra vez.

En un estruendo, vi a Brenner levantarse de la mesa y reventar la botella de cacique contra la pared de la sala con una fuerza inmensurable, a mí si acaso me dio la jupa para reaccionar y moverme a un lado; aunque bien sabía que esa botella no me iba a tocar.

Brenner estaba de pie y ahora estoy seguro de que podía verme, se me quedó observando fijamente por un largo rato.

Al ser inútil intentar vociferar algo en aquel tétrico escenario, le pedí perdón a mi compañero de salón en mis pensamientos, y él, como captando todo con claridad respondió:

—¿No era usted quien quería ver con mis ojos? Ahora puede ver todo lo que usted quiera; pero, se lo advierto animal, no le va a gustar.

Entonces el viejo saltó sobre la espalda de Brenner y usó sus manos para escarbar en las cuencas de sus ojos sacándoselos, haciéndolo pegar alaridos de dolor y caer en la pudrición que aún inundaba el piso.

Acto seguido el anciano comienza a dirigirse en mi dirección, y yo hago lo que puedo para intentar despertar, ahora de que estoy cien por ciento convencido de que es una horrible y torcida visión.

Volví a despertar sudando frío de la fiebre, tan exaltado que hice que

Perpetua se despertara de un brinco.

—Amor, ¿qué pasa?

—Nada... Tuve una pesadilla, y creo que me resfrié.

—¿Con qué soñó que se asustó tanto?

—No, nada... Ya no me acuerdo.

Pasó cerca de una semana; un día entrando de nuevo al infierno en que se había vuelto el Chapuí, Maximiliano me mandó a llamar bravísimo con Adelmo porque nadie daba conmigo en los salones, yo andaba metido en el cuarto de UTI curándole las llagas a un paciente y tuve que dejarlo al cuidado de otro enfermero mientras tanto.

Llegué a la oficina pálido sin saber con qué me esperaba el jefe, pero cuando llegué, sólo estaba quieto esperándome con un teléfono en la mano.

—Una llamada para usted Ernesto, de un lugar que se llama Fritz y Cot. ¿No es ahí donde trabaja Brenner?

Asentí y tomé el teléfono.

—¿Buenas noches?

—Buenas noches, Don Ernesto, soy Fausto. ¿Cómo le va?

—Bien. ¿Y a usted?

—No me quejo; fíjese que estuve aquí organizando las pertenencias del doctor Dioldano hace unas horas, y me encontré con algo que le puede ser útil para su investigación.

—¿Y usted no fue el mismo que me dijo que dejara de estar averiguando?

—Sí, sí, yo sé lo que le dije. Pero también soy hombre de palabra, y usted me pidió que le explicara qué era Brenner. Venga a la oficina mañana temprano y le enseño una de las cosas que terminó dejando a Don Manuel colgado del techo.

La llamada se cortó.

Esa mañana después de terminar el turno me fui todo desvelado a la oficina de Barrio Cuba, para saber qué diantres tenía Fausto guardado para mí.

¿Estaba en posición yo de contarle toda aquella visión al investigador? No sé; a estas alturas de la vida puedo decir que sé menos de lo que creía.

Catalina me recibió alegre y me llevó hasta la oficina donde Fausto estaba sentado esperando y se sentó en una silla a mi lado. Fausto sacó del closet un gran maletín donde se había escondido hábilmente una grabadora de transistores.

—Yo le había contado a usted que Don Manuel trabajaba aquí por las noches, cuando yo y Catalina estábamos en nuestros hogares y Brenner en el Chapuí. Don Manuel escondió esta grabadora durante bastante tiempo en ese armario de allá—señaló un armario que estaba al otro lado del cuarto— y la dejó grabando en varias ocasiones durante distintas reuniones que tuvimos aquí. Entre todo lo que Manuel escuchó de nosotros, escuchó una conversación entre Catalina y mi persona.

Catalina y Fausto salieron de la oficina después de poner a correr la cinta:

“¿No escuchaste lo que pasó con Brenner?”

“¿Nuestro Brenner? ¿Sabueso?”

“Ese mismo. ¿No ves que andan diciendo que el carajo se volvió loco?”

“¿Ah sí? ¿Qué habrá pasado?”

“Mira no ves que el cabronazo ese perdió a un pobre hombre en el monte”.

“¿Cómo así?”

“Diay que no se sabe por qué el hombre este comenzó a perseguir al otro, y entre todo lo que corrieron y en lo asustado que estaba el muchachillo buscando como escaparse lo terminó perdiendo en los cafetales; el carajo no encontró como devolverse, y encontraron el cadáver hace días. Lo reconocieron por la ropa. Pero eso no es lo peor. ¿Es que no ves que dicen que Sabueso lo perdió a propósito? Lo correteo por horas hasta que lo

metió en lo más profundo del cerro y lo dejó ahí”.

“Hijuepucha. ¿Quién era el carajo?”

“Elías Nuero. Trabajaba en la imprenta de los Bech”.

“En serio que está tocado de las tejas este hombre. Ahora sí me preocupó. ¿Tenía problemas con este tal Elías?”

“No no, ni se conocían. El problema es que Brenner dice que no se acuerda de nada”.

“Di, pero puede estar mintiendo, a como es él”.

“Es que yo no creo eso. Los que encontraron el cuerpo de Elías fueron unos peones de la finca, haciendo ronda un día. Y Brenner dice que desde el momento en el que comenzó a perseguirlo, sólo o se acuerda cuando ya no lo vio más”.

“Esa noche después de que el mae se desapareció los perros aullaban por todo el barrio, aullaban fuertísimo y no había quién los callara. Usted escuchaba a esos condenados desde la Ermita de Trinidad, por el lago, hasta la iglesia de Santa Bárbara. Todo perro en toda casa aullando y llorando”.

“¿Y eso qué tiene que ver con lo de Brenner?”

“Bueno, los perros aúllan por muchas cosas, a veces aúllan para comunicarse entre ellos o advertirse cosas, yo creo que estaban aullando por miedo”.

“No sé si será sólo intuición mía o qué, pero para mí que a Brenner ya lo tocó el diablo. Ya está corrompido”.

“Mae que problema eso. Lo preocupante es que... ¿Quién lo ayuda a uno en esos casos? Si al mae se le mete el agua, ¿Quién va a írsele encima?”

“Ni la menor idea, pero de alguna forma debe ser posible controlarlo. Además, usted sabe, que bueno, si fuera el caso, el Tacto del diablo no dura para siempre”.

“No, obviamente no. El problema siempre va a ser quienes estén en medio cuando eso pase. A como puede durar horas, puede durar días, y de que ese tiempo es un lamento, lo es”.

“¿Usted cree que alguien haya podido... Manipularlo?”

“¿Para qué? ¿Qué iban a obtener con eso si Elías no le hacía daño a nadie?”

“Hacer quedar mal a Brenner”.

“¿Y cómo es que lo hacen o qué? Yo tenía entendido que ese estado era muy raro verlo, y que ocurría al azar”.

“Sí, eso yo también lo sabía, pero algo me dice que alguien pudo haberlo inducido. El problema es que eso funciona como en los animales salvajes; es despertar un instinto, irracional e injustificado. Después de que eso pasa por primera vez, ya quedan locos por el resto de la vida”.

“Y... ¿Será que Brenner sabe que eso fue un Tacto del diablo?”

“Yo creo que sí. Me pareció escuchar a Rodhlann hablar con él”.

“¿Les entendiste algo?”

“Algo le mencionó Rodhlann a Brenner, de que, si tocaba fondo, ya no iba a poder salir de ahí”.

“Me parece haber escuchado esa frase o una parecida en alguna parte, no sé si fue Brenner o” ...

“Buenos días, compañeros —interrumpió Brenner— ¿Cómo amanecen?”

“Bien, ¿Y usted Sabueso?”

“Entre lo que cabe, bien”.

Un par de minutos después de que la grabación terminara, los dos investigadores volvieron a entrar; yo medio dormido, pero con la mente trabajando horas extra, intentaba procesar todo lo que había escuchado de esa conversación.

—¿Entonces Don Manuel no tenía idea de lo que había hecho Brenner hasta que escuchó esa grabación?

—Digamos que sólo una parte.

—¿Y qué es eso del “Tacto del diablo”? suena como paranoia, por lo

menos bajo mi experiencia.

—¿Quién más que usted Don Ernesto para enseñarnos sobre histerias y demencias? Pero con Brenner es diferente. Este estado de éxtasis en el que entró Brenner es algo que sólo puede verse en demonios de segundo orden, como él.

—Pero ¿¿iqué está usted diciendo!?? ¿Demonios? Yo sé que Brenner es un homicida, pero no es para tanto.

Fausto ríe a carcajadas y Catalina me observa con mirada preocupada.

—Bueno— solté en voz alta para mí mismo— ahora que lo pienso... Don Acacio me había querido decir algo así.

Había un sonido blanco de fondo gracias a la grabadora, le pedí amablemente a Fausto si podía devolver la cinta un momento. Fausto acepta mi petición y rebobina la cinta.

[...]

Después de que eso pasa por primera vez, ya quedan locos por el resto de la vida”.

[...]

En medio de las palabras de Catalina, iniciaba en el radio una melodía que conocía a la perfección.

—¡Ahí! ¿Lo escuchan? El radio.

□“Tellme, have you ever heard this melody?

Dya dya, dya, dya, dya...” □

—¿Al Jolson? ¿Qué pasa con él?

—Yo había ido a buscar a Don Acacio, el dueño de la imprenta de Santísima Trinidad. Lo conozco porque yo me junté con quien era esposa de Brenner, María Perpetua. Él me quiso explicar algo así como que Brenner daba señales cuando estaba cerca. Como cuando las abuelas dicen que el diablo está cerca por el olor a azufre. Él me había dicho que

él creía firmemente que Brenner tenía la capacidad de alterar cosas en el ambiente para que otros supieran que estaba cerca; a mí me lo hizo varias veces, créame, y en varias ocasiones ha sido con esa canción.

—Y bueno, ¿a qué quiere llegar usted con todo esto?

—Que Brenner estuvo escuchándolos todo ese tiempo mientras conversaban; por eso entró a la sala cuando usted estaba a punto de mencionar esa frase.

— Nach der Korrosion bleibt nur noch der Zerfall —Pronunció Catalina—

—¿¡Qué!?

—Eso fue lo que escuché de Rodlahnn. Es alemán, está diciendo algo así como “después de la corrosión, lo que queda es deshacerse”.

—Desintegrarse.

—Mire Don Ernesto, voy a intentar explicarle un poco más a fondo. Los demonios de segundo orden aparecen de vez en cuando bajo rituales; esos rituales se dan normalmente a través de una bruja o alguien que tenga capacidad de abrir puertas metafísicas y un demonio de primer orden, o sea, un demonio muy antiguo.

» Créame que Brenner no es el único en su tipo, hay muchos como el por ahí regados en todo el globo; son personas con una mentalidad muy volátil. Véalos como si fueran pacientes suyos, pero en una peor condición; ¿Por qué? Porque si un enfermo mata a alguien bajo paranoia o esquizofrenia posiblemente le valga un pepino lo que paso, si es que lo recuerda, por supuesto. Un demonio de segundo orden va a recobrar la conciencia cuando ya haya hecho el mal y no tenga forma de revertirlo; además, ellos pueden ver con el tiempo como su estado mental se va deteriorando, hasta que pierden la cordura del todo. Brenner está consiente de eso ahora, y sabe que en algún momento o va a tener que tomar las mismas medidas que tomó Don Manuel, o va a ser demasiado tarde.

» Cuando sea la hora, si Brenner no toma medidas, entonces sí, empecemos a nombrarlo un asesino en potencia.

—Ya le pasó una vez, y va a seguir pasando. Y, si usted no se mueve del camino, podría ser el próximo cadáver que la policía tenga que identificar— finalizó Catalina.

A este punto yo ya me encontraba sin palabras, Fausto me puso

una mano en el hombro.

—Yo sé que es difícil comprender tanta información en tan poco tiempo, pero ¿cómo se siente al saber que casi todo lo que le enseñaron en catecismo era una vil mentira?

—Es que... todo esto es demasiado.

Capítulo 28

Capítulo XXI

Pasaron los meses. Brenner se compró una casa cerca de la oficina en el centro de San José; le había dicho a Adelmo que ya no quería saber nada de Santísima Trinidad, pero que, la otra casa y el terreno le habían quedado a su mamá que tenía también su finquita en el distrito y no la dejaba por nada del mundo.

Ese año estuve relativamente tranquilo porque Brenner se la pasó en la Yunai por más de seis meses; según tengo entendido las noticias de sus investigaciones llegaron hasta allá por unos trabajadores gringos de la United Fruit Company y lo empezaron a recomendar de boca en boca.

Se rumoraba que estuvo visitando varias ciudades; entre ellas Nueva York, California, y Nueva Orleans. Por ahí decían que se anduvo revolcando con una bailarina de burlesque, pero Esther desmentía el chisme con furia.

El hospital estaba finalmente saturado, los pacientes pasaron de dormir en camas individuales a dormir en el piso, el comedor se abarrotaba y había cualquier cantidad de locos con problemas de desnutrición, en especial los más mayores; mientras tanto los doctores, que parecían chanchos, no se despegaban de las sillas del comedor de empleados, tragando todo el hijueputa día.

—Ernesto, me mandaron al Anexo, ya no vuelvo más aquí a este mierdero. Ya me despedí de todo el mundo, el único que me quedaba pendiente era usted—me dijo Ignacio un día en la noche.

Me puse triste, porque el único hombro que me quedaba para confesarme ya se iba de guinda.

El “Anexo” era el Sanatorio Dr. Roberto Chancón Paut, el edificio anexo del Chapuí, que había sido construido en Tres Ríos, y cuyos terrenos habían costado, unos años antes, 915,189.86 colones.

Este nosocomio, a diferencia del Chapuí, le brindaba atención a los enfermos más leves y estables, a los que se les daban terapias ocupacionales para mantenerlos estables mientras cumplían con su tratamiento.

Después de que Brenner volvió de la Yunai, supimos ya de forma oficial

que se había juntado con Esther.

Seguí el consejo de Catalina al pie de la letra y le guardé distancia a Brenner durante el tiempo que siguió; sin embargo, eso no quiere decir que le perdí el rastro, pues deseaba estudiar el cambio anímico que se estaba volviendo cada vez más vistoso en mi compañero.

Lo pude observar durante todas las ocasiones en las que llegó a Mata Redonda a visitar a la chiquita; era muy curioso porque a tan sólo metros que estuviera el carro de Brenner del portón, la bebé comenzaba a llorar. ¡Y ni qué decir de cuando el chavalo la intentaba alzar en brazos! Esa chiquita se atacaba a llorar como si quien la sostuviera fuera el mismo diablo.

Era muy extraño todo aquello; pero bueno, contando todas las cosas extrañas que había presenciado tan cerca de Brenner, algo así se volvía casi predecible.

Después de un par de años en que la situación se repetía una y otra vez, Brenner dejó de llegar. Durante un tiempo estuvo pidiéndole a Perpetua la prueba de paternidad, pero una de las últimas veces dijo que ya no le interesaba, qué, de todos modos, esa chiquita no lo quería.

Perpetua me decía que la chiquita le sentía las malas vibras a Brenner; pero ¿cómo se las iba a sentir la chiquita y ella nunca se las sintió cuando se casó con él? Quién sabe, a veces me intentaba explicar cómo es que Perpetua había elegido a Brenner aun sabiendo lo de Elías y sospechando sobre lo que Acacio me había mencionado.

Hubiera querido entrar en su mente y sus recuerdos para poder ver cómo se habían conocido y como había transcurrido su relación todos esos años. Imaginarse el miedo que podía sentir Perpetua al dormir al lado de ese mae. Pero bueno, ella no sabía lo que Fausto me había explicado o lo que Catalina me había advertido, y tampoco iba a decírselo.

Sentía que por algún motivo, Fausto y Catalina gozaban torturándome con información que yo no les había pedido; hasta cierto punto tenían razón, pues, para empezar, yo era el que inicialmente había querido investigar el asunto.

El día que me pusieron la grabación, por más que intentaba disimular, estoy seguro de que ambos investigadores notaron que yo estaba muerto de miedo, principalmente porque gracias a esas explicaciones, ahora entendía muchas cosas que antes no me habían quedado del todo claras.

Un día, por allá de agosto de 1954, Fausto volvió a contactarme para ofrecirme más información. Sentía como si el chavalo me estuviera ofreciendo droga, y yo, bien adicto que me había vuelto; ya no podía

decirle que no.

¿Cuándo había perdido el interés inicial que tenía por la medicina y la psiquiatría? Ahora lo único que quería averiguar era la verdad sobre estas extrañas entidades, ¿con qué objetivo había sido Brenner concebido? ¿Sabían los altos mandos de las iglesias sobre todos estos fenómenos? Y si era así, ¿Por qué no actuaban? ¿Por qué mentirle a la gente? ¿Por qué convencer a la gente de adorar a un ser que disfrutaba vernos sufrir como un sádico? ¿Y si los asesinos o malhechores que Brenner atrapaba junto con la policía eran más como él? ¿Habría más como él internados en el Chapuí?

Empecé a bombardear a Fausto durante aquella visita, él me dijo que había muchas cosas que él tampoco sabía, pero que sí le constaba que los clérigos y muchas personas del gremio de investigadores paranormales estaban al tanto de la existencia de estos antisociales, pero que era contada con los dedos la cantidad de gente que podía considerarse experta en el tema.

—Ernesto, ¿A usted no le parece que, la gran mayoría de las veces, el diablo y el infierno trabajan a servicio de Dios?

—Pues porque así debería ser, ¿O me equivoco?

—Y cuénteme, ¿por qué un ángel que se revela ante Dios debe seguir trabajando para él?

—¿Quiere decir que el diablo no es malo?

—Quiero decir que Dios, aparte de cruel, es rencoroso. Creo firmemente que la verdadera ilustración de este Ser Supremo debería ser dos mentalidades duales que toman decisiones de manera independiente, y qué, indiferente de las decisiones que tomen, siguen siendo simbióticos.

—¿Por qué observar tanto a la gente?

—Supongo que, a duras penas entiende lo que creó, y le gusta observarnos, estudiarnos. Un ser incapaz de sufrir no es incapaz de hacer daño; ese es el problema, él es ajeno al dolor que nosotros tenemos que enfrentar día con día, y él con tal de vernos perder la cordura, es capaz de hacer lo que sea para que sintamos el dolor que él no puede infligirse.

Fausto sacó del archivero un pequeño maletín que tenía recibos, cartas de clientes y letras de pago; me explicó que había guardado

celosamente la carta de suicidio del Doctor Dioldano en el maletín, y que, el día que lo habían encontrado colgado del techo, había dejado la carta en el escritorio de Catalina.

—¿Brenner sabía sobre esa carta?

—Sí, la leyó con nosotros. Él fue el que bajó el cuerpo de Manuel esa mañana que lo encontramos. Me parece gracioso hasta cierto punto; porque como pudo usted notar, la ventana da vista a la acera, así que no me imagino la cantidad de personas que salieron en la madrugada hacia sus trabajos y se toparon con la escena.

Fausto me entregó la carta en manos, yo no supe si abrirla en ese momento.

—Cuando usted guste Don Ernesto, si no se siente listo, puede leerla más adelante. Sólo no deje que le pase nada a ese papel, ¿oyó?

Asentí.

Capítulo 29

Dr. Manuel Dioldano Rodriguez (1903-1952)

Estimados compañeros:

Fue para 1932 que me uní por primera vez al grupo de investigación Fritz&Cot, conocí a los ilustres Rodhlann Fritz y Bercial Cot gracias a un familiar que vivía cerca de la finca de la pareja; Don Rodhlann andaba en busca de un galeno que pudiera trabajar para él diagnosticando a muchos de los afectados que le tocaba visitar cuando buscaba cerrar investigaciones.

Gracias a una beca, yo había estudiado medicina con una especialidad en psiquiatría en Londres, donde muchos doctores de alto rango habían completado sus estudios, entre ellos el famoso Carlos Durán Cartín y el Doctor Daniel Núñez.

Me gustaba trabajar para don Rodlahnn porque suponía una labor distinta a la que llevaba yo día con día en el hospital psiquiátrico; me permitía hacerme más cercano a la gente que desde el consultorio, uno no se limitaba únicamente a recetar tratamientos y observar su mejoría con el tiempo, uno se volvía el confesionario de los afectados.

Escuché testimonios de personas perjudicadas por el poltergeist, víctimas de robo, asesinos, personas en busca de familiares perdidos, y uno que otro loco que se escapaba del internamiento del asilo.

Recordarán que había tiempos muy buenos y tiempos malos; entre 1935 y 1936 hubo un periodo bastante malo, el número de casos que nos llegaba iba en descenso, no sólo contando los casos de Poltergeist si no también los casos en donde la policía nos pedía intervención.

Entonces se inició el caso de Elías Nuero; un tipo que estaba siendo agredido por una entidad desconocida, que, como si Elías la llevara cargando en la espalda todo el día, se limitaba únicamente a dejar heridas por toda su espalda y su cuello.

Rodhlann me dijo que quería que Brenner tomara el caso solo, ya que así el carajillo se iba a acostumbrar a llevar casos por el mismo, y le brindaría al equipo la agilidad de manejar varios casos simultáneamente. Yo nunca pensé que dividir varios casos entre los miembros del equipo fuera buena idea; primero por el desorden que podía suponer la papelería y también porque la disponibilidad de cada miembro de pasar de un caso

a otro podría variar.

No veo necesario mentirles, ustedes saben que yo era el rostro del escepticismo en el grupo, por lo menos lo fui por mucho tiempo hasta el día en que nos comunicaron el hallazgo del cuerpo de Elías en las fincas cafetaleras de Santísima Trinidad.

Desde ese momento empecé a ver a Brenner con desconfianza. Y no era para menos, ¿qué había llevado a Elías a recorrer kilómetros de distancia dentro de la finca y arriba hacia el cerro? ¿Por qué no correr en busca de ayuda? Porque no corría buscando socorro de nadie, él sabía, horas antes de morir en manos de Brenner, que ya nadie podía ayudarlo. Él intentaba huir del delirante final que le esperaba... Pero ¿quién puede huir de algo que siempre había llevado al hombro?

Bercial, igual que alguna de las personas que ayudábamos, llegó a confesarse conmigo un día que Rodhlann no estaba en la oficina.

“Ay Manolo, usted no sabe lo dolida que yo estoy desde que nos informaron del cadáver de Elías; no sólo por la muerte del muchacho, que lastimosamente no pudimos ayudar a tiempo, sino también porque me consta que todo fue culpa de Brenner”

Le pedí que me explicara a detalle por qué lo creía.

“Hay algo que yo a ustedes no les he explicado sobre él. La gente cree que él es naturalmente avisado para descubrir verdades en los casos, sobre todo los de Poltergeist, pero hay una razón para eso”.

Bercial me empieza a explicar con esa paciencia y cariño que tanto la caracterizaba cómo existían “puertas” por todo el mundo, que permitían la entrada de seres alto y bajo astrales. Existía una orden de demonios que se dividía en dos; los demonios de primer orden, que eran seres oscuros tan antiguos como los zigurats de la antigua Babilonia y que mantenían contacto con los seres humanos, especialmente con quienes habían heredado los dones de visión y comunicación, y con las brujas.

Los demonios de segundo orden eran como híbridos entre demonios de primer orden y seres humanos; a simple vista eran como cualquier hijo de vecino, pero, conforme uno iba indagando en sus conductas y perfil psicológico, uno se daba cuenta de una que otra cosa extraña.

Los demonios de segundo orden, al igual que los carajillos, solían tener padrinos asignados desde su nacimiento, estos padrinos eran por supuesto demonios de primer orden, que velaban por su existencia en

esta tierra y les ofrecían guía y cuidado cuando lo necesitaran.

Bercial me explicó que, en un parto dolorosísimo que terminó por dejarla infértil de por vida, había ofrecido su hijo a un demonio llamado Aim, con quien ella se consideraba cercana.

“Aim me escogió desde que yo era chiquitica, la ví en la finca de mi tata un día por la madrugada, yo me desperté antes de que los gallos empezaran a cantar, y ella estaba en el potrero, cerca del bebedero de las vacas. Era una mujer de rizos dorados, casi blancos, que posaba desnuda mientras cientos de culebras la rodeaban; parecía que estaban como hipnotizadas al verla, casi como dibujando un círculo alrededor de ella. Cuando juntaba sus manos hacía crecer una llama dorada que se volvía azul”.

En ese momento yo no sabía si detenerla para hacerle la pregunta de por qué o si sólo dejarla continuar, luego me explicó que su cercanía con Aim había nacido de un principio conductual muy básico de los humanos: el resentimiento.

“Mi tata y mi mama me habían arreglado una boda con un tipo que yo no amaba, era un tipo con gran dote, pero simplemente no era lo que yo deseaba; yo no quería quedarme de brazos cruzados con alguien que para antes de los arreglos de la boda ya pretendía controlar cada aspecto de mi cotidianidad con una autoridad que quién sabe qué patas vueltas le había hecho creer tener; entonces le conté a ella mis penas, le conté todito lo que sentía, le confesé que quería tomar camino por mí misma y sentir yo la potestad de poder escoger a quien yo pidiera. Usted sabe don Manolo que llegar yo con semejante petición a mis padres o al mismo condenado ese podría hasta suponer un internamiento en el Asilo Chapuí como ‘Histeria Femenina’ entonces, entenderá uste las nulas opciones que tenía yo en ese momento”.

Antes de que yo pudiera abrir la boca para darle la razón, ella me termina de confesar con el corazón en la mano;

“La noche de bodas ese hombre abusó de mí, Don Manuel, y conocí un resentimiento y una ira como ninguna otra, y, así entonces, Aim me prometió redención por esta vida y las que vinieran; Me hizo despertarme una noche y me pidió al pie de la ventana que tomara mis cosas y ensillara uno de los caballos, yo ni tonta ni perezosa me hice levantada de la cama, ensillé a la bestia y crucé la finca monte arriba sin volver a ver atrás, cuando, casi llegando al cerro, vi cómo la finca y la casa eran devoradas por el fuego, mientras se escuchaban estruendosos alaridos que parecían ir más allá de la cordillera”.

Le pregunté a Bercial si Aim le había pedido a Brenner como un pagaré, ella me explicó que no, que había sido un agradecimiento voluntario por la

ayuda que el demonio le había brindado.

“Cuando Brenner nació y yo se lo ofrecí a Aim como ahijada que yo era, ella lo bautizó como un demonio de segundo orden, es entonces cuando el demonio primario le brinda dones al secundario, estos dones siempre van de la mano con los talentos que tenga el demonio padrino, en el caso de Aim, ella le dio el don del fuego, el don de visión a través de los sueños, y el don de la simpatía con animales, que también le permite ser nagual. Aim me lo advirtió, el niño podía volverse hostil con el tiempo, así como todos los demonios que velaban la tierra.

“Ella me habló de gente mala, que usaba sus dones para dañar a otros, incluso a niños como Brenner; me dijo que lo mantuviera alejado de brujas, porque algunas de ellas eran malas y podían hacerlo perder la cordura”.

Le pedí a Bercial que por favor me instruyera acerca de estos demonios y sus contrapartes; ella me explicó que en la tierra vagaban espíritus y entes de luz y sombra, pero que, había una presencia en especial que le podía producir temor a todas las anteriores, una presencia aún más antigua que los demonios, tan antigua como el universo mismo, que era una entidad dual que comprendía tanto las sombras como la luz, pero que muy en el fondo sólo era caos y oscuridad, y que, por nada del mundo, buscara seguirla si en algún momento la distinguía, porque me volvería loco.

“Es una entidad incapaz de escarmentar, incapaz de sufrir, por ende, todas sus acciones reflejan cizaña.”

Le pregunté si tenía alguna forma distintiva, me indicó que comúnmente se le aparece a la gente como un anciano o anciana medio moribundos, siempre con expresiones cadavéricas; aquella entidad tenía la costumbre de vigilar a la gente durante horas, días y hasta meses, que tenía tantos ojos como estrellas tiene el cielo, y nos acechaba siempre que podía.

Después de que el cuerpo de Elías apareciera cerca del cerro en el cafetal, todo el mundo se puso a debatir quién había podido llevarlo hasta allá en cuestión de horas y asesinarlo. Todos los dedos apuntaron a Brenner, y a mí me picó la curiosidad, lastimosamente.

Recordaba al pie de la letra todo aquello que Bercial me había mencionado, incluyendo el dato de que algunas brujas podían hacerle perder el juicio a seres como su hijo.

Yo le mencioné a Rodhlann mil veces que Brenner había tenido la culpa de los ataques hacia Elías, porque el comienzo de estos coincidía de manera

precisa con la llegada del chiquillo al distrito. No me creyó.

Entonces, luego de montar la grabadora de transistores en el maletín y grabar audio durante días, logré dar con el término que completaría mi rompecabezas: El tacto del diablo.

Brenner no había sufrido uno, si no más de 5 estados de éxtasis durante el tiempo en que estuvo trabajando para la imprenta. Pero, ahora bien, ¿quién lo estaba provocando y por qué? Esa era la misma pregunta que se planteaban ustedes dos.

Mi teoría era que parecía un ajuste de cuentas que desembocaría en el detrimento mental de Brenner, todo producto de una guerra entre varios seres de origen desconocido, posiblemente otro demonio como Aim o un espíritu corrompido al que Brenner le llevaba ley.

Había una cosita que a mí aún no me cuadraba, y era que, no creía posible que sólo las brujas pudieran controlar el Tacto del diablo, o por lo menos provocarlo, si no entonces, ¿por qué llevaría tal nombre?

Tuve la osadía de acercarme a Brenner un día que se quedó por la noche en la oficina, cuando todavía trabajaba en el turno diurno. Le pregunté si sabía algo sobre un tipo de espectro que usualmente se presentaba como un cadáver andante o una persona de edad avanzadísima, casi como una momia; levantó los ojos del periódico y me preguntó si yo había visto a este ente en la oficina o si había sido en mis sueños o en mi hogar, y que si me había dicho algo.

En su tiempo, a Brenner le ocultaron muchísimas cosas, y el Tacto del diablo era una de ellas.

Yo le respondí que no, pero que alguien me había preguntado por el famoso espectro y yo no había encontrado respuesta.

“Dícales que si soñaron con él no le den vueltas al asunto, porque puede seguir apareciendo, y que si les aparece en la choza sólo lo ignoren, así se aburre y se va.”

Le pregunté por qué, y le insistí en que me dijera quién era exactamente y de qué era capaz; sabía por Bercial que era un ente manipulador. El mae me respondió serio.

“Tatica Dios... y el diablo.”

“¿Entonces son la misma carajada?”

Asintió.

El chavalo estuvo pensativo todo el resto del día, lo cual era extraño en alguien tan extrovertido como él, tal vez sintió que me había soltado más de lo necesario. Más tarde ese mismo día, con gabardina y sombrero encima, listo para jalar a la choza, me indica lo siguiente:

“Si lo ve, no se asuste, no le va a hacer nada a menos que usted intente hablar con él. Si lo ve en sus sueños no hable con él, porque lo va a empezar a perseguir”

Le pedí a Brenner que me contestara una última pregunta, una incógnita que me andaba dando vueltas en la cabeza.

“¿Los ángeles existen? Es decir, así como existen ustedes.”

“No.”

“¿Entonces qué fue lo que se le apareció a María para anunciarle que sería madre?”

“Eso no era un ángel, Don Manuel, esos se llaman íncubos.”

“¿Y el que se le apareció a Abraham?”

“Ese tampoco era un ángel, y, adivine qué, Isaac sí se murió.”

Brenner dice esa oración en un tono tan burlón que suena siniestro.

Durante un par de años, tuve el miedo de encontrarme con aquella figura anciana persiguiéndome en pesadillas que podían hacerse eternas, afortunadamente esto nunca ocurrió, por lo menos en ese lapso.

Hace unas semanas se averió una de las luminarias de la oficina. No era una luz indispensable, pero, por alguna razón me incomodaba ese espacio oscuro en el cuarto.

Conseguí un repuesto para la lámpara, y, como ambos tienen conocimiento, no dio más de dos días de vida útil hasta que se quemó.

Compré un repuesto nuevo, la bombilla tintineaba toda la noche, tan pronto yo la encendía y hasta el instante en que la apagaba; me ponía demasiado ansioso, aunque igual no duró más de tres días hasta volverse

a quemar.

Intenté vencer la incomodidad de la falta de luz en aquella esquina restándole toda la importancia que pudiera hasta que inevitablemente generara el hábito de ignorarla.

Funcionó de nuevo por algunos días, hasta que, prestándole atención a la esquina de nuevo, noté que se veía más oscura que el primer día. ¿Por qué? El cuarto era el mismo, las ventanas estaban en la misma posición, igual que los muebles.

Después de varios días de observar el fenómeno con atención, tomé prestadas las cámaras de Catalina para hacer una fotografía de esa área todas las noches. Imagínense ustedes dos la amargura con la que descubría yo ocaso con ocaso, que, en efecto, la oscuridad se volvía más profunda.

Intenté pelear con este extrañísimo evento añadiendo otra lámpara. Se quemó, al igual que la anterior; de nuevo, unos días después, cuando parecía que la oscuridad alcanzaba el techo, me quise pasar de listo con una vela en lugar de otro bombillo, por supuesto que sí, se extinguió en cuestión de un par de horas.

No sé por qué no se lo mencioné a Brenner a primeras o a ninguno de ustedes, no inferí que fuera a volverse tan problemático, y haciendo mente saltándome todas las posibles razones lógicas, supuse que no podía ser algo tan importante si únicamente se presentaba como un fenómeno que absorbía luz; según los escuetos conocimientos que tenía en situaciones de este tipo inferí que podía tratarse de un tulpa o un ente bajo que absorbería energía hasta moverse a otra parte.

Otra vez, probé estar equivocado.

Uno de los últimos días que iba saliendo de la oficina por la noche, me pasó aquella común situación, cuando uno distingue alguna figura con el rabo del ojo; con la confianza de no toparme con nada realmente, como es lo usual, volví la mirada hacia la esquina.

Ustedes dos no tienen idea de lo que yo sentí, luego de que, al volver la vista, me topara con algo que me estaba observando fijamente.

Mis piernas, casi incapaces de responder temblaban y me dolían como si las punzaran con agujas; las extremidades se me habían congelado y entonces parecía enfermo de polio.

Observándome como un depredador, un rostro de expresiones vacías y pálido como un muerto, un cuerpo raquítico y tieso que se distingue a duras penas en la misma penumbra que absorbe. Comienza a moverse en mi dirección como si la oscuridad lo transportara, y me observa por un rato sin decirme nada, leyendo mis pensamientos.

Desde ese día, la entidad me vigila día y noche, siempre a mis espaldas o sobre mí, como ave de mal augurio, repitiendo a cada segundo una frase que logré distinguir en medio de la paranoia: "Más allá de mí, no existe nada".

Es casi como si, al momento de escribir esta carta, la entidad me dictara cada una de las palabras de esta.

Debí haberle hecho caso a Brenner, debí haber sido más audaz y debí haberme marchado en ese momento de la oficina, en vez de buscar contacto con el extraño ser.

Incluso aunque no pueda distinguirlo con mi vista puedo sentirlo, y bueno ¿al final no es eso lo que significa que un ser sea omnipresente?

Se aferró a mi mente y a todo lo que esta guardaba, incluyendo mis peores fobias. Lo escucho reírse constantemente pero no entiendo qué es lo que le parece tan gracioso.

Si lo sabe todo, sabe que este papel va a ser mi último testimonio; sabe que este es mi último día y signo de juicio. Sabe que estoy frente a una cuerda colgada al techo, sabe que bajo esa cuerda hay una silla y sabe que frente a esa silla estoy yo llorando desconsolado. Y, aun así, se ríe como si fuera un chiste nuevo. ¿Qué significa esa risa?

La última vez que mi madre me lo había explicado, me había dicho que el suicidio hacía a Dios llorar; difiero de esto, pues, hasta el momento no he visto una sola lágrima más que las mías.

Escucho los tablones del piso sonar en el pasillo, y tengo mucho miedo, porque no debería haber nadie a estas horas en la oficina.

¿Qué hay más allá de él si no es dolor?

He visto algo que no muchos hombres han visto; he visto la maldad.

Lo juro, he visto la maldad en los ojos de Dios.

Capítulo 30

Capítulo XXII

Me cuidé tanto de aquellos monstruos que me ilustraron, que me ofusqué.

Para aquel entonces, la bebé tenía cuatro años recién cumplidos, fue un chispazo de tiempo todo aquello, el reloj corría apresurado y yo sin darme cuenta me terminé poniendo en automático.

Estábamos cargadísimos de trabajo en el hospital, a pesar de ser el horario de la noche uno de los más relajados. Estuve como desconectado de la realidad durante esos años, llegaba a casa con el pan para el desayuno, y tan pronto terminaba mi café me iba a acostar para no despertarme hasta unas horas antes de la entrada del turno de la noche.

Me habían ascendido a enfermería para aquel momento; y, entre mis labores ya viejas, tenía otras responsabilidades que me daban más accesos al resto de insumos y secciones en el hospital.

Entre tantos bretes que me tocó llevar a cabo estaba el asistir al Doctor Ortiz en la sala de terapia de electroshock, cuarto que hasta hacía un par de años me daba escalofríos por los recuerdos de Brenner conectándome a la máquina.

Más de una vez vi a los locos retorcerse en dolor, llanto y susto al ser golpeados con el maquinazo de energía que mandaba la cochinateda esa.

Creo que durante todo ese tiempo me volví tan indiferente, que, debido al vulgar trato de Ortiz con los enfermos, más de uno quedó en un estado muy similar al vegetativo, y a mí eso no me movió ni un pelo.

Difícilmente reconocía a los pacientes ingresados, a diferencia de quienes habían estado en abandono por más de una década, como Antonio o Agapito, este último quien, en una madrugada fría y lluviosa de octubre, encontramos hecho una bolita en la cama, como un gato; pensamos que sólo estaba muy cansado y continuaba durmiendo, pero al pasar de las horas y luego de una verificación simple, concluimos que había muerto por causas naturales la noche anterior.

Otra vez, no me interesó en lo más mínimo. Y eso, le guardaba aprecio al señor por las vivencias que recordaba con él, sobre todo en el

horario de día.

Ortiz me hablaba de las enfermeras que trabajaban en ese hospital como si fueran chuletas en el mercado, que repugnancia me causaba ese tipo. Un par de veces me dieron ganas de conectarlo a él a la máquina a ver si le quemaba lo que le quedaba de cerebro; pero, por supuesto no lo hice.

Desgraciadamente, un día me tocó abrir los ojos ante esa indiferencia a la fuerza.

Perpetua llevaba días mencionándome varias molestias que sentía; me habló de unos dolores fuertísimos en el cuello, que le costaba tragar, que andaba con dolores de cabeza muy fuertes, y que se sentía atrofiada. Yo nada más le dije que fuera al hospital a revisarse y que guardara reposo, imbécil de mí que no le fui ni a sacar cita al malparido hospital.

Perpetua tenía tétanos generalizado, y esto, lamentablemente no lo supe tan temprano como yo hubiera querido; ella no tenía el esquema de vacunas completo, lo que provocaba que la enfermedad no perdiera fuerza al entrar al cuerpo.

Llevaba días con espasmos y por la misma indiferencia que me manejaba prefirió guardárselo para sí, y cuando fue al médico, le dijeron que tomara reposo y nada de tratamiento. Más de una vez se intentó acostar a mi lado a descansar, pero el dolor de cuerpo y los espasmos no la dejaban. Le dio fiebre en varias ocasiones, y debido a esto último, ya con la zozobra en las manos, decidí llevármela para el San Juan un día.

Mientras tanto yo mandé a la chiquita con mis tata a Tibás, y, de vez en cuando antes de salir del turno en la mañana, pasaba a visitar a Perpetua y a quedarme un ratito con ella hasta que me daba sueño.

Pasaron seis días después de que la internaran en el San Juan de Dios, hasta que un 8 de noviembre de ese año, como a las 4 de la mañana, me mandaron a llamar desde el Chapuí, para avisarme que había muerto.

Mi María Perpetua estaba muerta.

Ese mismo día en la tarde me llevaron a ver el cuerpo a la morgue y yo tenía a la chiquita agarrada de la mano, e íbamos caminando por un pasillo larguísimo, donde al puro fondo se apreciaban las camillas. Me

sudaban las manos y las lágrimas me caían por la cara como ríos, uno de los médicos sostuvo a la niña mientras yo me acercaba a la camilla para ver su rostro.

Arqueada como la rama de un árbol, Perpetua había muerto por una obstrucción de vías respiratorias durante la noche; esta era una de las consecuencias más graves de los espasmos y las convulsiones que provocaba esa porquería de tétanos.

Recuerdo haberme abalanzado sobre su cuerpo, tieso y frío como un maniquí. Al tacto mis manos quedaban pintadas en su piel, ahora gris.

Lloré por más de una hora en esa posición.

Mi mamá se había quedado con la chiquita en Tibás por otros días más mientras pasaba todo lo de la entrega del cuerpo, la vela y el entierro.

El cuerpo me lo tuvieron que entregar como si fuera una marioneta, con cortes de tendones en los brazos, las piernas y el torso, porque si el cuerpo se quedaba arqueado, no podían meterlo al ataúd.

La noche del velatorio fue surrealista, incluso para mí. Me hundí en el asiento que estaba justo al frente del ataúd a llorar hasta que tuve una migraña.

Recuerdo que Brenner llegó a la vela. Se había acercado al salón, pero no quiso pasar a ver el cuerpo y tampoco me dirigió palabra en toda la noche.

Reloj detén tu camino

Porque mi vida se apaga

Ella es la estrella que alumbra mi ser

Yo sin su amor no soy nada

Detén el tiempo en tus manos

Has de esta noche perpetua

Para que nunca se vaya de mi

Para que nunca amanezca

(Reloj – Los tres caballeros)

Después de la media noche, la gente pasó en fila a darle un último adiós; los compas del hospital se acercaban a saludarme e intentar consolarme, el salón se había llenado de ramos de flores, y lo inundaba el olor a azucenas, claveles y rosas, además del café que se había servido para las visitas.

Muchos familiares de Perpetua no sabían que yo me había juntado con ella, y equívocamente llegaban a darle el pésame a Brenner. Eso lo ostinó tanto que en un toque sólo se levantó y se fue; no sin antes dejar con Adelmo un arreglo de flores grandísimo con una tarjeta que no tenía nombre.

Mi jefe se acercó al ataúd con el arreglo y lo colocó en el piso, para finalizar dedicándole las palabras más serias que lo vi decir en toda su carrera:

“Esto se lo trajo su exesposo, que siempre la ha amado y siempre la va a extrañar”.

Me pregunto por qué no quiso pasar a verla, yo jamás se lo hubiera prohibido.

El entierro fue a la mañana siguiente después de la misa, en el cementerio de Santísima Trinidad. Recuerdo ver como su ataúd iba descendiendo por el nicho que le habían cavado, mientras la gente tiraba flores encima del cajón cuando la tierra iba cubriéndolo; no pude evitar pensar en las flores del jardín, y en ella entonando Amor de mis amores mientras caminaba entre los arbustos... De nuevo me encontré a mí mismo llorando después de que ese carrito de recuerdos cruzara mi mente.

En varias ocasiones, después de visitar por un rato la tumba y devolverme a casa, el sepulturero se me acercaba para contarme si habían llegado a visitar la lápida. Me dijo que un hombre alto llegaba siempre en las noches en un Cadillac negro, y que lo había visto llorar en varias ocasiones. Le expliqué que era el exesposo.

Durante semanas, mi único consuelo por las noches fue recordar el primer beso que habíamos compartido a unas cuadras de la imprenta de Don Acacio; una memoria que me hundía en un insomnio doloroso y lento cada vez que sentía que su lado de la cama estaba vacío.

Capítulo 31

Capítulo XXIII

Todos los meses, durante unos cinco años, llevaba siempre a la chiquita a ver la tumba de su mamá; la llevaba para dejarle flores y cartas, y para que la niña conversara con ella.

Después de la muerte de Perpetua, Brenner intentó recobrar la relación con su hija; sin embargo, la mala reacción de la niña era siempre la misma, ella no lo quería, pero ni ella misma sabía explicarme por qué.

Entiendo que la niña pudo haber percibido la vibra de su padre biológico, una vibra de alguien que se estaba acabando poco a poco.

La muerte de María Perpetua funcionó como una conclusión a los conflictos que tenía con Brenner, fue como si por un momento, todas aquellas anécdotas que habían caracterizado a Brenner como un personaje agresivo, obstinado y ruidoso, ahora eran sólo rumores que paseaban por el Chapuí.

Se le veía más callado de lo normal. En el 58 había formalizado su relación con Esther por lo civil, también supe que se habían ido de luna de miel para Puntarenas, más allá de Quepos.

No pude evitar estudiar el comportamiento de Brenner durante esos años; no porque me inquietara, sino porque noté una muy visible ansiedad y preocupación en Esther. Más de una ocasión encontré consuelo en mis palabras cuando yo le decía que yo veía a Brenner cambiado en buena forma, en que tal vez la muerte de su exesposa lo había hecho replantearse muchas actitudes.

—Me alegra que ya no haya drama entre ustedes, Tito, pero no puedo evitar pensar que le pasa algo, él no era así cuando empezamos a salir.

—Bueno Esther, pero mire, Brenner ya está entrando en años, igual que nosotros, y aunque usted crea que a estas alturas uno no cambia, vaya que es completamente lo contrario, uno nunca es el mismo para toda la vida.

—Yo entiendo lo que usted me quiere decir, Ernesto, pero yo no me refiero a eso. No nos estamos entendiendo.

La enamoradiza enfermera tenía razón, y esto lo descubrí de una forma un tanto bizarra si se quiere.

Una noche por allá al inicio de los '60 subí al segundo piso de uno de los pabellones, en busca de unas sábanas extra para dos camas que nos hacía falta acomodar. Entré en un cuarto pequeño que se usaba como bodega para guardar ropa de cama y almohadas, y de fondo podía escuchar una radio que estaba en el cuarto de los conserjes, mismo que se encontraba al lado de la bodega. Escuché a alguien subir las gradas lentamente.

Cuando asomé la cabeza por el buque de la puerta vi a Brenner al inicio del pasillo, venía caminando lento, casi como arrastrando los pies; pero se veía tan extraño. Era tan rara la forma en la que caminaba que hasta me dio escalofríos; el radio cambió a estática total, a diferencia de otras ocasiones, donde indiscutiblemente empezaba a sonar el señor Al Jolson, ya para entonces con 10 años de fallecido. Llegó cabizbajo hasta la puerta de la bodega, donde me saludó con un "Buenas noches, Ernesto" y decidió darse un respiro agitado en una silla que estaba colocada dentro del cuarto.

—Brenner, ¿se siente bien? ¿está enfermo? Lo veo cansado.

Brenner sacó la pitillera y una caja de fósforos.

—¿Quiere un puro? Son puriscaleños.

Acepté la oferta, aún confundido. La estática se hacía cada vez más suave en el radio, o por lo menos más tolerable. No hice más preguntas y estuvimos fumando en silencio un rato, hasta que Brenner rompió la monotonía de la estática en voz baja.

—Lo perdono por todo Ernesto.

—Gracias, lo aprecio mucho...

Hubo otro silencio largo, cuando Brenner terminó el cigarro yo me apresuré a doblar las sábanas que necesitaba para llevármelas, cuando le pregunté:

—¿Por qué hoy no está sonando Al Jolson, Brenner?

Me encontraba aún de espaldas a él, buscando fundas para las almohadas, cuando me dijo con la voz débil y quebrada, a instantes del llanto.

—Se me olvidó.

—¿Se le olvidó ponerla en el radio? —Vacilé yo sin darle demasiada seriedad—

—Se me olvidó la canción.

Se me congeló la sangre un momento.

—Bueno—pronuncié tratando de reconfortarlo— a todo mundo se le olvidan las cosas, a mí se me olvidó una de Agustín Lara que me gustaba mucho, y hasta ahora no recuerdo cómo se llama.

Hubo otro silencio y se me partió el corazón al escuchar a Brenner romper en llanto.

—No es eso Ernesto... Me estoy muriendo.

—¿Qué?... ¿Tiene algo terminal?...

—Desearía que así fuera; pero, en cambio, sólo me estoy quedando en blanco, y siento como si todo en mi cabeza se estuviera quemando, y, no encuentro cómo ahogar el fuego.

Durante los siguientes meses se volvió más común para mí encontrar a Brenner a las horas de la madrugada tardía en algún lugar apartado o confinado, casi como si jugara a las escondidas conmigo. Otros empleados notaron también esto y no tardaron en comunicarlo, lo que me llevó a mí a conversar con Adelmo en una ocasión; entre todo lo que conversamos, sobre que, tal vez el carajo debía dejar el brete y dedicarse sólo a las investigaciones, que tal vez era el cansancio o el ambiente de trabajo, Adelmo pronunció en tono de broma que "Mula `el diablo le recordaba a los perros, que cuando se enferman y están prontos a morir, se esconden".

Sabía por Perpetua que Brenner tenía antecedentes de depresión; y se lo hice saber a Esther tan pronto tuve un momento para hablar con ella a solas.

—Ayúdelo con todo lo que pueda, Esther, porque a como yo lo estoy viendo, me parece que Brenner se está dejando morir.

—Pero ¿i por qué Ernesto!? Si todo nos está yendo tan bien últimamente. El trabajo, la casa, las investigaciones, hace unos días salimos a bailar, ¿cómo me va a decir usted eso? —me decía la mujer ya a punto de sentarse a llorar.

—La mente trabaja en formas muy confusas, y sobre todo la de Brenner. Yo sé por qué se lo digo. Usted, Esther, no puede curar los males de la mente con el corazón, lamentablemente, no funciona así.

Brenner estaba comenzando a teñir los pasillos del asilo con una atmosfera lúgubre y pesada que nos hizo esperar a todos lo peor. No sabíamos, sin embargo, qué estaba por pasar exactamente.

¿Qué tal si Brenner se cobraba otra vida como lo había hecho con Elías en el 36? Podría ser un paciente, un enfermero o alguno de los doctores. Incluso varios.

¿Qué tal si ocurría un tacto del diablo? Ahora sabiendo que Brenner estaba predispuesto a sufrir estos estados de éxtasis agresivo.

Y... ¿Si Brenner se hacía daño a sí mismo? ¿Podríamos nosotros al menos intentar convencerlo para que no lo hiciera? Pero, de ser así, ¿qué derecho tenemos nosotros de inventarle que, en una existencia llena de frustraciones, ansiedad y tragedias, todavía valía la pena vivir?

Fausto me llamó al Chapuí un martes 17, únicamente para comunicarme lo siguiente y proceder a colgar el teléfono:

“Brenner llegó a mi casa para dejar a los sabuesos a mi cuidado, al macho y a la hembra. Pasan tranquilos durante el día, en la noche los escucho llorar y aullar por ratos. Puede ser que lo extrañen, puede ser que ya Brenner se haya despedido de ellos. Fueron muy interesante todas estas charlas que tuvimos, don Ernesto, pero creo que ya es tiempo de despedirnos. Para la madrugada del jueves, él ya va a estar muerto”.

Capítulo 32

Capítulo XXIV

Para ese entonces, las palabras de Fausto se habían convertido en un pasaje del Apocalipsis, cumpliéndose al pie de la letra: "Un demonio de segundo orden va a recobrar la conciencia cuando ya haya hecho el mal y no tenga forma de revertirlo; además, ellos pueden ver con el tiempo como su estado mental se va deteriorando, hasta que pierden la cordura del todo. Brenner está consiente de eso ahora, y sabe que en algún momento o va a tener que tomar las mismas medidas que tomó Don Manuel, o va a ser demasiado tarde".

Un 19 de julio de 1962, los millones de ojos de Dios en el cielo dejaron de seguir los movimientos de la gente, para dirigir todos juntos su atención hacia Brenner.

Fue una noche fría y ventosa, de esas donde la llovizna se deja guiar por la dirección del viento. A pesar de esto, la flota de pacientes que teníamos a ese momento, a pesar de ser demasiada para la capacidad del edificio en esos años, se encontraba en relativa calma.

La noche fue corriendo con tranquilidad, y parecía ser que nadie más después de mi persona, había notado la ausencia de Brenner. Me pregunté varias veces durante el inicio de la jornada si se habría quedado en casa por alguna advertencia de Fausto; un par de horas más tarde, antes de la medianoche, me fui a buscar a Maximiliano para preguntarle si sabía algo de Brenner, y que si había venido al trabajo.

—Brenner sí vino hoy, Ernesto. Está dando apoyo en el pabellón de niños. ¿Por qué la pregunta?

—¿iEn el pabellón de niños!? ¿Y quién lo puso ahí?

—Obviamente yo. ¿Qué tiene? El pabellón de niños no está tan saturado hoy, es mejor para él porque no es tanta carga.

—Pero es que...

—Ernesto, ¿se siente bien hoy? Lo veo pálido.

—No es nada, es puro estrés. Hace unos días me dieron una mala

noticia, eso es todo.

—Vaya cómase algo a la cafetería antes de que la cierren y les pide a las cocineras un té. Urgente.

—Sí, señor.

—Y rápido; a estas horas, lo último que necesito es que se me descompense un enfermero.

Hice caso a Maximiliano y me dirigí al comedor, donde las cocineras me sirvieron una porción de queque seco con un té.

Intentando ignorar el mal augurio que me andaba jalando continué con las labores, averiguando entre los compañeros si sabían si había alguien más aparte de Brenner en el pabellón de niños. Me indicaron que una enfermera más lo estaba acompañando, María Piedades, muy amiga de Esther, por cierto.

Fue hasta después de las dos y media de la mañana que se encendió la primera señal de alarma; por todo el sistema de pasillos, comenzamos a escuchar los altavoces entonando una canción que era más estática que otra cosa. Intentaron rastrear de dónde venía la conexión de los parlantes, es decir, desde qué oficina los habían accionado, ya que había varios accesos disponibles.

María Piedades rastreó el sonido hasta una de las oficinas cercanas a farmacia, saliendo del pabellón de niños. Sorpresa que se llevó la Señora cuando vio que Brenner había inhabilitado el acceso al pabellón infantil, causando que los niños quedaran atrapados con él en las dos salas que tenían para ese fin.

Los parlantes se apagaron durante un momento y varios enfermeros salieron a los pasillos a ver qué había pasado. Cuando Piedades intentó abrir las puertas del pabellón, Brenner, como burlándose de ella, hizo que los parlantes volvieran a encenderse; esta vez, a todo volumen con la ya típica That Haunting Melody, la cuál ahora sonaba más tétrica que en ninguna otra ocasión.

María Piedades iba y venía de la oficina para apagar la conexión de los altavoces, hasta que los desconectó por completo del cableado, cosa que sólo hizo que se creara otra conexión desde otra oficina.

Mientras tanto, al escuchar yo el canto aquel, me apresuré a la oficina de Maximiliano, para indicarle que debíamos buscar a Brenner, porque estaba a punto de pasar algo malo.

—¿Usted otra vez, Ernesto?

—Maximiliano por favor, si se lo estoy diciendo es por algo ¡Brenner perdió la cabeza!

—¡El que parece que perdió la cabeza es usted! ¿Qué es la cosa que se trae con Brenner? Ya le dije que lo pasé al pabellón de niños por este mes, déjese de estupideces y póngase a trabajar ¡PARA ESO LE PAGAN! ¡No para que ande persiguiendo a sus compañeros! Lo voy a dejar internado para que se queje por algo, inútil.

—¡jefe, ya le dije! ¡Ya me lo advirtieron! ¡Brenner se va a suicidar!

Maximiliano se me quedó viendo calladito cuando me escuchó decirle eso, y antes de que pudiera pronunciar palabra, María Piedades entró a la oficina pegando gritos, diciendo que Brenner le había bloqueado la entrada y que la había amenazado con cortarle la garganta si se le ocurría forzar las puertas, y que lo había visto con unos instrumentos del salón de cirugías.

El jefe me hizo una seña para que lo acompañara y salimos corriendo por el pasillo hasta las salas infantiles; ya para ese momento el sonido de los altavoces había despertado a los pacientes y alertado a los otros enfermeros y asistentes, que intentaban inútilmente de desconectar los aparatos para calmar el bullicio.

Maximiliano comenzó a darle golpes a las puertas llamando a Brenner para que saliera, desde los altavoces, interrumpiendo la canción, le contestó que no, y que, si alguien abría las puertas a la fuerza, se las iba a ver con él; que quien quisiera pasarse de listo, no saldría vivo de las salas infantiles. Los niños se escuchaban en el fondo pegando alaridos del susto.

—¡Brenner por favor! ¡No lo haga! ¡No les haga daño a esos chiquitos, ellos no tienen la culpa! —le gritaba yo insistentemente desde una ventana. ¡Por favor reaccione!

Esther había venido junto con otro grupo de enfermeros y asistentes para intentar botar las puertas

—¡Brenner por favor! ¡Déjenos entrar, déjenos entrar! —Comenzó a gritar Luis.

La voz ya se había corrido, Brenner había amenazado con suicidarse y llevarse a quien pudiera en el acto. Tan pronto escuchó a la gente tratando de botar la puerta, salió de una de las salas con uno de los catres desocupados y lo tiró en dirección a nosotros, lo que nos hizo retroceder.

—Siento que me estoy quemando, y me duele—vociferó entre fuertes respiros—

—¡Brenner, por favor!! ¡Se lo suplico, déjeme entrar para que hablemos!

Brenner volvió a entrar a las salas y sacó un archivero que volvió a estrellar contra las puertas, igual que el catre, lo que hizo que varios enfermeros tomaran a Esther por la espalda para separarla de la puerta y evitar que algún objeto la golpeará.

Regresó de nuevo con un mueble de farmacia, cual reventó contra el suelo a solo centímetros de la entrada del pabellón.

—¡Perdónenme por favor! ¡Perdóneme, Esther, por favor! ¡Nunca quise lastimarla, nunca fue mi intención, yo no quería herirla! ¡Yo a usted la amo! —gritaba Brenner en medio de sollozos ahogados, con las manos ocupadas en objetos que tiraba contra la entrada—

Los altavoces cesaron el ruido de la música de repente; las luces comenzaron a tintinear hasta que se apagaron y nos dejaron a todos a oscuras. En medio del frío helado de la madrugada y el grito de los locos mezclados con el llanto de Brenner, comenzamos a distinguir golpes secos, de Brenner dándose cabezazos contra la pared.

—¡Brenner por favor, no me haga esto! Yo lo perdono, nada de esto es su culpa, por Dios, ¡entienda!

—Ya no quiero hacerle daño a nadie, Esther, no quiero volver a lastimar a nadie...

La sombra de Brenner se distinguía en una de las salas, cruzando de un lado al otro. Presumíamos que con algún objeto de corte. Acto seguido lo escuchamos pegar alaridos y llantos que se ahogaron al poco tiempo con una tos incontenible.

Esther pidió desconsolada que le ayudaran a romper alguna de las ventanas, que ella iba a entrar, aunque le costara la vida.

Con piedras y ladrillos del jardín reventaron los vidrios por los cuales luego pasó Esther, quien luego de ponerse de rodillas para buscar a

Brenner por toda la sala, comenzó a llorar desconsolada.

Los empleados aprovecharon para botar las puertas y sacar a los niños, cuales permanecían sollozando o en estado de shock. Un par de guardas llevaron linternas de canfín para alumbrar las salas, y entre todo el tumulto entré yo.

Brenner se había abierto el estómago a lo largo y ancho, perforando algunos de sus órganos; con los intestinos afuera, el chavalo comenzó a regurgitar sangre hasta que dejó de responder a lo que Esther le decía.

Me llevé una manta para ponérsela en el estómago y tratar de parar la horrible hemorragia, pero era inútil, su sangre se drenaba por la herida como agua por el caño y la manta que llevaba se empapó en pocos minutos.

Los niños habían salido de la sala junto con el resto del personal y sólo habíamos quedado Esther, Brenner y yo. Nos alumbraba una de las lamparas que los guardas habían dejado.

—¡Brenner por favor, no se me muera papito! ¿YO QUÉ VOY A HACER SIN USTED? ¿¡YO QUÉ HAGO SI DIOS ME LO QUITA?!?

Retrocedí.

—¡Ernesto, por favor! ¡AYUDEMÉ! ¡No deje que se muera!

Yo no respondí y di dos pasos más atrás. Esther interrumpió su llanto un momento para juzgarme con esos ojos tristes.

Nadie quería ayudar, todos estaban demasiado asustados, y yo, sabía que en el fondo sólo era un bien mayor dejarlo irse para siempre.

—¡Ernesto por favor! ¡¡¡NO ME HAGA ESTO!!!

Los lamentos y gritos de ayuda de Esther se diluyeron entre el sonido de la lluvia esa madrugada. Brenner fue declarado fallecido a las 3:36am.

Capítulo 33

Brenner Francisco Fritz Cot (1920 – 1962)

A un Santo Cristo de fierro, Llorona

Mis penas le conté yo

¿Cuáles no serían mis penas, Llorona?

Que el Santo Cristo lloró

—Muchas gracias por atender nuestra invitación, Doña Esther.

—Con gusto.

—Y dígame, ¿Por donde le gustaría comenzar?

—Déjeme pensarlo un momento, por favor...

—¿Lista, Doña Esther?

—Sí.

3 de diciembre de 1962

—Mi nombre es Esther Villalobos Mora. Nací un 25 de noviembre de 1924, crecí en Caballo Blanco de Cartago; conocí a mi difunto esposo en el Hospital Manuel Antonio Chapuí, donde los dos prestábamos servicio de

enfermería.

» Cuando yo comencé mis labores en el asilo Brenner ya llevaba algunos años trabajando ahí, nos hicimos cercanos gracias a las tardes de almuerzo en la cafetería las veces que rotamos turno a la mañana. Además, era común que se le pidiera ayuda a los asistentes o enfermeros hombres de vez en cuando para controlar a pacientes violentos, Brenner era quien usualmente se acercaba a tender la mano cuando lo necesitaba yo o alguna compañera.

» No quiero decir que el fallecimiento de Brenner no me haya tomado por sorpresa, pero, considero prudente mencionar que durante los últimos años noté ciertos comportamientos que me preocuparon. Déjeme y le explico.

» Brenner se veía más irritable de lo normal, eso primeramente lo asocié a la infidelidad de su exesposa, pero, luego de que la señora muriera de tétanos en el 56, las cosas no cambiaron. Lo curioso es que cualquier cosita lo hacía perder la paciencia, por más pequeña o insignificante que fuera.

—¿Él se enojaba con usted también?

—No al principio, sólo llegaba a contarme sus molestias, lo cual yo consideraba normal. Todo el mundo se queja o amanece de mal humor de vez en cuando, pero Brenner con el tiempo fue haciéndose más huraño, empezó a agarrar la maña de desquitarse con los pacientes. No sé si eso era nuevo, Ernesto me mencionó que ya antes había lastimado a un paciente del asilo y que le había roto un hueso. Yo no estuve presente ese día.

» También le daba mucho por llorar, lloraba en las noches que estaba libre como una magdalena, decía que extrañaba a Don Rodhlann, el papá. Lloraba sobre todo los días que se emborrachaba; usualmente no lloraba en el cuarto para que yo no me despertara o para que no lo viera seguramente, ¿qué sé yo?, se iba para la sala y lloraba ahí mientras se fumaba un puro o se iba para el patio y se quedaba ahí en una mecedora, donde usualmente amanecía junto con los dos perros que tenía.

—¿Qué más me puede mencionar respecto a hábitos nocturnos?
¿Considera que pudo haberlo afectado el hecho de haber trabajado tanto tiempo de noche?

—No creo que sea por eso, porque aquí estoy yo y yo he trabajado en la noche casi la misma cantidad de tiempo, además de otros compañeros

que llevan incluso más años que él en ese horario.

» Otro comportamiento extraño sería tal vez que a veces en la noche se despertaba y se quedaba en blanco; al principio creía que era insomnio, pero cuando yo buscaba hablarle o ofrecerle algo, tal vez yo andaba con insomnio y me iba para la cocina a tomarme un vaso de agua y le llevaba uno a él, pero ni lo tocaba, con costos volvía a verme.

» A veces salía al corredor a fumar, fumaba todo el tiempo. Imagínese, a veces se fumaba hasta cinco puros diarios o más, mi abuelo, que era fumador también, no podía ni con uno; ¿usted sabe lo que es acabarse una rueda de 50 puros EN UNA SEMANA Y MEDIA!?

» Otra cosa rara que noté es que a veces se perdía en la casa, a ver, ¿cómo le explico? Cuando le agarraba esa majadería de ponerse en blanco, de vez en cuando empezaba a caminar por la casa, y parecía como que se desubicaba, no sé, tal vez de repente se despertaba pensando que todavía vivía en la casa de Santísima Trinidad y no reconocía la casa de nosotros, la de Barrio Cuba.

—Usted me mencionó más temprano que, el día que Brenner se suicidó, él le pidió perdón por haberla lastimado, ¿es eso correcto?

—Si.

—¿Qué fue lo que le hizo Brenner?

—Resulta que, un par de semanas antes de ese jueves, un domingo, por cierto; no se me olvida, Brenner estaba soñando, me di cuenta porque, en muchas ocasiones lo veía hablar solo, moverse bruscamente y soltar golpes al aire, incluso una vez se despertó pegando gritos. Cuando yo le preguntaba con qué era lo que soñaba, él me decía que no se acordaba, que tan pronto se despertaba lo olvidaba. Yo no sabía si creerle, pero le di el beneficio de la duda.

» Un par de ocasiones más le insistí que me ilustrara alguno de esos sueños que lo atormentaban tanto, y me soltó que a veces soñaba que lo perseguían, pero que no podía ver quién era; también me dijo que soñaba con imágenes estáticas, donde de repente lo llamaban o le gritaban, pero él no podía reaccionar. Por último, me mencionó que con más frecuencia aún, se soñaba a sí mismo en riñas con desconocidos, pero que ignoraba el motivo de tales peleas a golpes.

» Ese domingo que le menciono yo a usted, él se despertó desorbitado después de uno de esos sueños extraños, se quejaba, pero no hablaba y soltaba golpes al aire, yo le empujé un par de veces en el hombro para que reaccionara, pero lo único que logré fue confundirlo aún más. Se sentó en la cama y volvió a verme asustado, como si no me conociera, yo

le preguntaba que, si se sentía bien, que se calmara un rato que me tenía nerviosa.

» En algún instante que no recalco con suficientes detalles, con Brenner sentado a la orilla de la cama, me levanté para ir al baño mientras él se volvía a dormir. Al abrir la puerta del baño y salir al pasillo, se me para Brenner de frente para agarrarme de los brazos y comenzarme a gritar que lo dejara en paz, que estaba harto de que lo persiguiera en los sueños para herirlo, y que, si no lo dejaba en paz, ahí mismo me iba a matar.

» Yo le gritaba de vuelta con las cuerdas vocales hechas un nudo que yo era la esposa, que reaccionara, que me estaba asustando; Brenner me sacudía como si fuera una muñeca de trapo y me hizo tirada en el piso con fuerza, caminaba por el pasillo como loco, y yo, que había caído sobre mi pie, me quejaba de dolor. Él comenzó a azotarse la cabeza contra las paredes quejándose, mismo acto que lo vi repetir el día que murió; no sé, parecía que quería desprenderse con furia de esos pensamientos intrusivos, y se veía tan acongojado, tan impotente.

» Volvió en sí unos minutos después y me ayudó a levantarme. Estaba muy asustada, no se imagina cuánto.

—¿Usted sabe si esas respuestas agresivas a los sueños tenían algún umbral o raíz?

—Sólo sé que son signos tempranos de demencia. Uno de los doctores del Chapuí me lo dijo.

—¿Quién?

—El Dr. González Murillo. Me dijo que aún lo mantenían como una hipótesis, pero que, era posible que las respuestas agresivas e involuntarias en los sueños de Brenner fueran un signo de que se acercaba la demencia senil. Créame que me costó creerlo al principio; ¿cómo iba a tener él signos de locura senil desde los cuarenta? Me sonó rarísimo. Hasta que claro, pensé en la posibilidad de que fuera, de hecho, que todo lo que él hacía no fuera involuntario. Permítame explicárselo mejor.

» Lo que yo creo es, que Brenner estaba siendo hostigado, llevaba mucho tiempo quejándose de la presencia de alguien que lo perseguía, lo molestaba y lo lastimaba. Había alguien o algo, muy dentro de la mente de Brenner, que yo no podía ver.

—¿Infiere usted que Brenner era esquizofrénico?

—No; no hablo de ese tipo de manifestaciones.

—¿Entonces?

—Conozco a mi esposo. Lo conozco de hecho tan bien, que creo que estoy desarrollando una especie de tic nervioso; porque, hasta ahora, después de todos estos años de conocerlo, creo que no tengo respuesta para la pregunta que me hice cuando llegué a esa idea.

—Y esa pregunta es...?

—¿A qué le temía Brenner?

—Las denuncias nos dicen que la tumba de Brenner fue profanada hace 15 días. No tenemos aún una lista de sospechosos, así que decidimos dirigir los interrogatorios hacia los familiares más cercanos para tratar de conseguir pistas. La razón de esto es, por supuesto, que creemos que pudo haber sido un familiar quien profanó la tumba y robó el cuerpo, ya que el sepulturero no recalca haber visto o atestiguado la visita de un extraño en la tumba de su esposo.

» Además, la única posible sospechosa que tenemos en la lista es precisamente la madre de Brenner, aunque no se haya reportado visita de su persona durante estos últimos 15 días, y, lamentablemente, no conocemos tampoco el paradero de esta señora.

—¿Y cómo esperan que yo ayude? Yo no sé dónde está Bercial, y, ahora tampoco sé dónde puede estar el cuerpo de Brenner.

[...]

—Muchas gracias por el testimonio Doña Esther, le debemos un gran agradecimiento por su ayuda en este caso.

—No; permítame corregirlo, ustedes no me deben las gracias. Me deben a mi esposo y me deben una explicación. Me hacen venir hasta acá para que yo me desnude en testimonio hablando de la reciente pérdida que tuve, de las intimidaciones médicas de mi esposo y más aún, de la creciente culpa que me viene corroyendo no sólo por el suicidio sino también por la baja guardia de la tumba, ¿para qué? ¿para qué ustedes

sólo digan gracias? No.

—Bueno Doña Esther, no quiero sonar atrevido, pero, usted presta labor para el Chapuí; ¿acaso no tiene la posibilidad de recibir tratamiento terapéutico allá?

—Por favor; he visto el infierno muy de cerca y aun así queda corto con la calvarie que para mí representa ese hospital, y usted viene a sugerirme que tome terapia. Es más que obvio que desde que me senté en esta silla para hablar con ustedes lo único que han hecho es mofarse de mí. En el asilo sólo voy a ser otra vieja loca sobremedicada, que va a terminar una de dos; o muerta, o al borde de la muerte.

» ¡Que risa! ¿verdad? Después de todo, resultó que Brenner tenía razón.

—¿En qué?

—Después del martirio, lo único reconfortante que queda es morirse.

Capítulo 34

Capítulo XXV

Ese día el hospital se encontraba agitado, como de costumbre; tambaleante como cualquier otro de sus días de "gloria". Me llevé la sorpresa de que Esther había llegado en la mañana para renunciar, pero, que más aún, se hablaba de un posible internamiento de la ahora viuda por presuntos problemas de alcoholismo.

Sin Brenner, ahora el lugar en vez de recuperar algún rayo de luz, más bien se apagó aún más. Si en medio de los lamentos lográbamos escuchar una risa, un silbido o una canción mal cantada lo considerábamos ganancia; pero, a más de dos meses del suicidio, el llanto, los gritos y las quejas hacían un eco en las paredes cada vez más profundo.

Parecía que, en el centro de todo aquel pandemonio muchos de mis compañeros se habían incluso olvidado de la ahora ausencia del asistente, hijo de un inmigrante nómada y una bruja.

Recuerdo que en algún momento le pregunté a Fausto si sabía cómo se habían conocido Rodhlann y Bercial, me dijo que, si no estaba recordándolo mal, Bercial le había dicho que luego de escapar de la finca donde vivía con su marido obligado, llegó hasta el valle central buscando cómo subsistir y conoció a Rodhlann, quien trabajaba de criado para una familia alemana que se había venido en un barco para buscar lugar en la envidiable oligarquía cafetalera. De ahí que el apellido del muchacho, ahora sabíamos prestado, era Fritz.

Fausto me mencionó en alguna ocasión que le pareció hasta gracioso que el destino uniera a ambos paganos de manera tan singular. Me dijo también que se habían conocido en el mercado central, que Bercial se ganaba la vida con escasos 22 años vendiendo hierbas, especias y flores secas en un pequeño puesto, y que, le gustaba imaginar cómo había sido esa primera escena en donde se conocieron; donde, apostaba el investigador, los ojos de Rodhlann se habían cruzado un momento con los de Bercial; la mirada tenue y seria de una jovencita morena de cabello suelto, que parecía camuflarse entre los ramos de romero, santa lucía, manzanilla y caléndula.

"Te corto esta flor en enero para que, con ella, se te depare, paz, amor y dinero el año entero".

Durante esos meses, pasé mucho tiempo pensando en Brenner, en Fausto, en Acacio e incluso en Ignacio. Sabía por Herminia, una de las

excompañeras de trabajo de Perpetua, que Don Acacio ya se había retirado de la gerencia, y que en su lugar había quedado al mando el joven Trinitario Bech.

Me preguntaba si la gente en la imprenta también se había forzado a eliminar o por lo menos ignorar cualquier recuerdo de la existencia de Brenner o si sólo había ocurrido en el Asilo. Me fascinaba el hecho de que, aparte de mí, Esther, María Piedades y los locos del hospital, parecía no haber nadie más que recalcar el momento de su muerte.

Recuerdo bien ese día, un 27 de diciembre de 1962. A tan solo unos cuantos amaneceres de que el año terminara por fin, vi entrar a Esther bajo el escolte de varios guardias del chapui, con camisa de fuerza y volando patadas y gritos al aire, aparentemente bajo los efectos del alcohol.

Había sido reportada al hospital por algún cantinero que la vio embriagándose hasta altas horas de la madrugada, y, en vez de ser enviada a alguna red de Alcohólicos anónimos, como debió haber ocurrido, fue desechada en el Chapuí como si de una demente se tratase. Esther sólo estaba tratando de superar su etapa de Duelo, cual se hacía amarga a cada mes que pasaba sin respuesta de la policía sobre el paradero del cadáver de su esposo.

Al cruzar por la puerta siendo alzada a la fuerza por los guardas, Esther le pedía socorro a los enfermeros, que sólo observaban atónitos la apariencia de la pobre. Yo la intenté seguir por los pasillos junto con María Piedades, pero los doctores nos dictaron hacernos a un lado con un trato grosero y agresivo.

—¡Ernesto! ¡Piedades! ¡¡Alguien!! ¡¡Ayúdenme a salir de este lugar!! ¡No saben lo que hacen! ¡Me van a mataaar!

Uno de los doctores que nos hizo a un lado, Ortiz, le indicó al internista que le iba a aplicar un tranquilizante a Esther lo más pronto posible, y, que si lo consideraba necesario, iba a llevarla a la sala de Electroshock para controlar la agresividad que traía. Piedades y yo nos volvimos a ver asustados, no podíamos permitir que le hicieran eso a Esther. Por experiencia conocíamos perfectamente los casi siempre irremediables efectos de la terapia de Electroshock, sobre todo viniendo de la mano del salvaje de Ortiz.

Yo metí la cuchara junto con Piedades para hablar con el internista y decirle que no lo considerábamos necesario, que Esther era bien conocida en el hospital y que el solo hecho de permitir que se la bajara el alcohol era suficiente para que ella recuperara la compostura; que, el posible

susto que se llevó cuando la llegaron a recoger en la ambulancia y el brusco tacto de quienes la escoltaban fue lo que la alteró.

—¡No! —exclamó Ortiz con furia— ¡Esta mujer estaba haciendo un alboroto en la cantina, así como la ven ustedes, así la encontraron los funcionarios del vehículo! ¡Estaba amenazando a uno de los comensales cuando nosotros llegamos!

—¿Y a usted cómo le consta eso si no estaba cuando la fueron a recoger?
—Preguntó Piedades—

—Todos sabemos bien cómo es la personalidad de Esther, don Ortiz, ella es muy inquieta, pero es una persona muy correcta, es una mujer muy buena, a todos nos consta, idéjenla reposar en una camilla y ya! ¿Qué necesidad tienen de administrar esos somníferos? Ella no tiene ninguna patología mental, sólo se pasó de copas y ya, mándenla en ambulancia a Caballo Blanco y listo —concluyó Adelmo, quien también había salido a apoyarla de entre los tumultos.

—¡No y no! ¡Los veo a todos hablando, pero aquí ninguno de ustedes es doctor! ¿Qué tanto les incumbe el tratamiento que se le vaya a dar a ella? ¡Ustedes sólo siguen mis ordenes y las de los psiquiatras, no dan diagnósticos!

—¡Don Ortiz me va a disculpar, pero no hay que tener 3 dedos de frente para saber que ella no es una enferma mental, sólo es alcohólica! Ni siquiera veo la necesidad de que la hayan mandado acá al Chapuí, debieron mandarla al Anexo a que recibiera terapia y apoyo para el duelo.

Le dije a María Piedades que iría a buscar a Maximiliano, a ver si por casualidad él podía tendernos la mano.

—Vea Ernesto, el problema radica en que yo no soy jefe de ellos, yo soy jefe suyo, de Piedades y por supuesto de Adelmo, pero, nada más. Podría intentar por lo menos llamarle la atención a Ortiz, podría hablar con el jefe de él para que deje de estar de bochinero; bien sé yo que ese carajo tiene más de una queja de otros funcionarios, pero, no puedo interponerme en ninguna de las decisiones que tome el internista. Si él decide que Esther tiene que quedarse no hay qué hacer.

—Don Maximiliano, por favor.

Maximiliano se peinó la cabellera, ya canosa, hacia atrás y se acomodó los lentes.

—Para mí también es una lástima Ernesto, entiéndame. Lo más que puedo hacer por Esther ahora es asegurarme que usted, o Piedades estén a

cargo de ella, para que se aseguren de que no le vaya a faltar alimentación o cobijo durante el tiempo que esté internada.

Piedades estaba cabizbaja a mi lado, habíamos ido a ver a Maximiliano a la oficina.

—Cuídenla mucho— interrumpió Maximiliano—vean que es su excompañera. Eso le va a ayudar a ella a recuperarse más rápido de ese alcoholismo y esa depresión.

Piedades rompió en llanto y se limpiaba las lágrimas con el cuello del vestido.

—Vaya al baño a lavarse la cara, mientras tanto voy a llamar a jefatura de psiquiatría, a ver qué decidieron.

Piedades y yo salimos de la oficina y empujamos la puerta sin cerrarla, ella se dirigió al baño y yo, que me dirigía a mis labores, me quedé quieto cuando escuché a Maximiliano hablar sólo mientras el teléfono le daba tono.

—Ay Brenner, mirá en lo que terminamos por su culpa. De haber sabido, me hubiera tirado al fuego por usted.

—Don Max— dije instantes después volviendo a abrir la puerta—

—¿Qué? ¿escuchó lo que dije?

Asentí.

—Discúlpeme, pero, he de admitir que... Esther no es la única que siente culpa por lo que pasó.

—Lo entiendo, doctor, yo también.

—Aquí entre nos, Ernesto, júreme que van a cuidar a Esther, no más que a otro paciente que necesite su ayuda, pero si como Brenner lo hubiera querido. Ese hubiera sido su último deseo.

Asentí nuevamente y cerré la puerta para retirarme.

"You know I've loved you for these many years

Love you night and day,

Oh honey baby, can't you see my tears?

Listen while I say

After you've gone and left me cryin'

After you've gone there's no denyin'

You'll feel blue, you'll feel sad

You'll miss the dearest pal you've ever had?

There'll come a time, now don't forget it

There'll come a time when you'll regret it

Oh babe think think what are you doing

You know my love for you will drive me to ruin

After you've gone, after you've gone away" (Marion Harris – After You've been gone)

Capítulo 35

Capítulo XXVI

Esther estuvo cerca de un mes en el Chapuí, el internista no sólo la dejó por todo ese tiempo si no que permitió que la dejaran en una celda por supuesta "agresividad"., permitió que Ortiz suministrara terapia de Electroshock, tratamientos entre los que encontré, el Lorazepan y el Diazepam, además de otros sedantes que no logré distinguir al momento por la terrible letra con la que escribían las recetas.

Piedades descubrió, además, que en varias ocasiones se le había administrado morfina por alguna razón desconocida.

—Ernesto, ¿Y si le hicieron algo y le dieron la morfina para que no se quejara de dolor?

Ambos pensamos lo peor. Especialmente de Ortiz.

En una desesperada ocasión, Piedades entró a la sala de shock cuando Esther estaba conectada a la maquina para pedirle al doctor Ortiz que, por favor, se detuviera, que la estaba lastimando y que le haría más daño a largo plazo que beneficio contra su alcoholismo.

Ortiz, llamándola con sobrenombres, le dijo que no fuera tan necia, que se callara y que fuera a hacer sus labores o si no, se encargaría de que la echaran. El único doctor con quien se encontraba Ortiz se echó a reír al escucharlo mientras Piedades rompía en llanto otra vez, intentando inútilmente apagar la máquina y soltar a Esther. Ortiz entonces agarró con furia a Piedades y la hizo tirada, haciéndola caer sentada en el pasillo; advirtiéndole una vez más que no se entrometiera, y que, entre más jodiera la vida, peor le iba a ir a Esther.

Piedades me cuenta que se le puso la cara caliente del colerón cuando Ortiz la empujó, se levantó casi de un brinco y, rompiendo la monotonía de aquella noche, comenzó a darle manotazos a la puerta que los doctores habían cerrado, mientras gritaba con fuerza.

—¡Usted está abusando de Esther! ¡Me consta! ¡Ustedes son unos monstruos! ¡Usted es un mandón abusivo! Ni siquiera es un psiquiatra con licencia para que trate a todos por encima del hombro. Tenga algo por seguro, si algo le pasa a mi amiga lo vamos a hundir a usted y a todos los corruptos de este asilo infernal.

Ortiz volvió a abrir la puerta, y, asomándose desde una rendija dejaba ver el cuerpo de Esther convulsionando en la camilla a manos del otro doctor.

—¿Usted y cuantas más? Mujerzuela inútil; ni siquiera para seguir ordenes sirve.

—Yo, Ernesto y los demás asistentes allegados a Esther. ¿Usted cree que le tengo miedo, pedazo de inútil? —gritaba entre llanto— ¿sólo porque es hombre? Tenga algo por seguro, si fuera mujer, ya le hubiera sacado los dientes de un par de bofetadas. ¡Abusivo!

—¡Lárguese a hacer su trabajo, vieja loca!

—¡Oblígueme! ¡Me gustaría ver si se sentiría tan valiente si Brenner estuviera aquí! ¡Seguramente él ya le hubiera volado una patada que lo hubiera dejado cagando hacia adentro, infeliz!

—Le recuerdo que Brenner ya no está. Se abrió el estómago frente a todos los funcionarios del hospital y se ahogó en su propia sangre como una vaca en un matadero. Él era un cobarde, y no, no va a volver.

Esa noche Esther fue trasladada de nuevo a la celda, donde cayó inmóvil sobre el piso de cemento pulido. Yo, siempre que podía, me iba a robar algo del comedor para dejárselo a ella en una esquina de la celda cuando se despertaba, además, con frecuencia le pasaba sábanas para que pudiera cubrirse.

Había hecho lo mismo esa ocasión, pero no tenía respuesta de Esther por más que le hablaba a través de los barrotes. La habían ido a tirar ahí desnuda y adolorida, con las muñecas, la frente y los tobillos marcados por las fajas de cuero con las que la sujetaban.

Le había dejado una repostería que había rescatado de lo que quedaba del café, además de un plato de arroz con carne. Recuerdo que deslizaba mi brazo a través de los barrotes para tratar de espabilarla acariciándole la cabeza. Me quedé quieto después de un rato, sólo sentado en el suelo haciéndole compañía mientras volvía en sí.

Después de unos quince o veinte minutos, la escuché finalmente soltar un sollozo y pronunciar con dificultad:

—Lo extraño, Tito.

—Yo sé Esther. Pero mientras él no este, la responsabilidad de cuidarla a

usted recae en mí y en Piedades.

Después de ese pequeño momento que compartimos, me fui a buscar a Piedades, a decirle que debíamos encontrar la forma de que Esther escapara. Ella me dijo que lo mejor era dar con las llaves de las celdas, que tenían en su posesión los internistas, y que, teniendo las llaves en mano, podíamos sacar a Esther de la celda y llevarla en silla de ruedas o alzada hasta alguna de las salidas, preferiblemente por el lado del hospital para que no fueran a darse cuenta los guardas del portón.

—Yo sé que Don Félix nos ayuda, el problema es saber a dónde lo van a mandar a hacer guardia estos días.

A la noche siguiente, un 25 de enero del 63, Piedades, yo, Adelmo, Luis y Don Félix intentaríamos llevar a cabo varias maniobras para intentar sacar a Esther del asilo. Habíamos llamado a un taxi que se había estacionado cerca de la entrada principal del hospital San Juan de Dios, y que esperaba a nuestra señal para llevarse a Esther hasta su casa en Barrio Cuba tan pronto la subiéramos al carro.

Lo que necesitábamos, primordialmente, era distraer al internista para que Don Félix con ayuda de la miscelánea Doña Fanny, pudieran colarse en su oficina y sacar las llaves de las celdas de ahí. Para lograr sacar al internista de la oficina habíamos pensado en armarle algún bochinche a él o a alguno de los doctores de turno, para que llegara a pegarnos una cagada; Luis nos había dicho que él se agarraba a trompadas con Ortiz si era necesario, que de todos modos le había salido una oferta de trabajo en su natal Tilarán.

Ansiosos de llevar el plan a cabo cuando los pacientes descansaban ya en sus camas, decidimos esperar alguna señal de Luis, quien nos dijo que armaría el alboroto en la oficina de Ortiz durante la hora de comida de los asistentes.

Cuando la hora del receso llegó finalmente, el primer grupo de asistentes se fue a comer, entre ellos estaba Luis, quien ya iba preparándose para el desmadre que estaba por armar. Yo me encontraba haciendo guarda en el pabellón 3 junto con Adelmo conversando nerviosos sobre cómo nos íbamos a llevar a Esther tapada con sábanas por aquel camino que había recorrido unos años atrás con Sor Rocío.

—Mae, y ¿usted está seguro de que no se pierde si se va por ahí? Vea que el Taxi va a estar esperando.

—No, no, yo todavía me acuerdo bien.

En eso viene corriendo Luis a decirnos que se armó un despelote, que es ahora o nunca, que Antonio, uno de los pacientes más rebeldes, precisamente el mismo al que Brenner le había roto un brazo, se le había ido encima a Ortiz con un vidrio roto escondido entre el pelo y lo había atravesado con el filo del vidrio de lado a lado por el pescuezo.

Los tres corrimos anonadados por el terrible relato, para encontrarnos a Ortiz tirado en el suelo de la Sala de Electroshock degollado como una gallina y con la cabeza bañada en sangre, Antonio pegando gritos chingo en la fuente y una enfermera llorando desconsolada por haber visto todo con lujo de detalles.

Luis se fue a ver si el internista se había salido de la oficina para darle luz verde a Fanny y a Félix, quienes se apresuraron a robar las llaves. Mientras Fanny guardaba las llaves en su delantal, Félix se había ido junto con Piedades a sacar todas las pertenencias de Esther. Luis los acompañó hasta las celdas, donde entre Piedades y Adelmo vestían a Esther para sacarla con la ropa que traía el día que la internaron.

Yo estaba haciéndole compañía a Antonio en el jardín, mientras esperaba a Luis y a Adelmo para que se fueran conmigo a dejar a Esther.

Antonio rascaba la tierra del jardín con las uñas como un perro, mientras me repetía incansablemente.

—Ernesto, está en todas partes, está en todas partes, yo lo vi, él me dijo que lo hiciera. Lo hice bien, ¿verdad? ¿Verdad Tito? ¿verdad? ¿verdad? Ya no me duele el brazo Tito, ya no me duele más, ya me sanó. Me sanó hace tiempo y ya no me duele ¿verdad? Él me dijo que me iba a llevar a mi casa si yo hacía eso Tito y yo lo hice. Lo hice bien, ¿verdad? Ya me quiero ir a mi casa...

—Si Antonio, es verdad. Ojalá llegue temprano a la casa.

—¡Sí! ¿Verdad que sí?

A la señal de Luis, un largo chiflido, pude verlo a él junto con Adelmo y Félix, corriendo a como podía, con las llaves para abrir el portón

que daba al San Juan.

—Bueno Antonio, me tengo que ir, cuídese, ¿oyó? Lo veo mañana.

—Tito, vamos a comer café con pan cuando lleguemos a mi casa. Estamos cerca ¿verdad? ¿verdad?

Mientras los escasos funcionarios de la noche buscaban la forma de levantar el cuerpo de Ortiz y limpiar todo el sangrerío que se había hecho, Adelmo, Luis y yo salimos como haciendo una maratón tan pronto Félix nos abrió el portón, con Esther entre sábanas, casi inconsciente y como con 15 kilos menos de los que tenía cuando entró.

Luis se iba al frente de nosotros con una linterna haciendo luz entre el área de oficinas, y la planta baja donde estaban los consultorios de rayos X y una de las farmacias; Adelmo venía haciendo guardia desde atrás, para asegurarse que no nos venían siguiendo guardas del hospital o los doctores del Asilo, afortunadamente, no había nadie.

Pasando por el área de Oficinas con Esther en brazos, comencé a escuchar los ladridos y quejidos que había escuchado anteriormente cuando había cruzado por ahí con Sor Rocío.

—¡Ernesto! —gritaban desde la oscuridad—

—¿Quién viene ahí, Adelmo?

—No veo a nadie guevón, no sé quien es.

—¡Daniel Ernesto! ¡Deténgase infeliz!

Luis comenzó a alumbrar a todas partes, pero no veíamos a nadie acercándose

—¡No le hagan caso! Santa Cruz del Padre Benedicto. La Santa Cruz sea mi Luz. No sea el dragón mi guía, apártate, Satanás; no sugieras cosas vanas; venenosa es tu carnada, bebe tú mismo el veneno. Paz. En el nombre del padre, del hijo, y del Espíritu Santo.

Con Esther entre mis brazos agarré velocidad y comencé a correr del miedo mientras repetía como un idiota esa frase que le había escuchado a la monjita.

— Santa Cruz del Padre Benedicto. La Santa Cruz sea mi Luz. ¡Tengo que llevar a Esther a la casa! ¡Eso es lo mínimo que puedo hacer por ella y por

Brenner! ¡No voy a permitir que la maten ahí! ¡Soy un miserable, lo admito! ¡Brenner era mi amigo y yo lo traicioné, es cierto!

Luis me siguió el juego y corría más rápido que yo para abrir espacio con la luz, al frente de él se fue Adelmo, quien, cuando llegamos al área de emergencias, movía a un lado a toda la gente que estuviera en la pasada para dejarme el pasillo libre hasta que llegamos a la entrada principal donde los guardas del hospital, sorprendidos por lo agitados que estábamos los tres, nos ayudaron a escoltar a Esther hasta el taxi.

Colocamos a Esther en el asiento de atrás del vehículo con una bolsita en sus manos donde habíamos colocado sus pertenencias, y, envuelta en sábanas que nos robamos del asilo, el taxista la llevó hasta la dirección de Barrio Cuba, donde una de sus hermanas le cuidaba la casa mientras la daban de alta.

El taxista quedó de llegar a más tardar las 6 de la mañana para hacernos el cobro de la tarifa, y, cuando pasamos tarjeta, lo encontramos una cuadra arriba de la entrada del Asilo. Nos dijo que no nos tenía que cobrar, porque ya le habían pagado. Nos contó que a mitad de camino un hombre en un Cadillac negro lo había detenido diciéndole que él era esposo de Esther y que se la iba a llevar hasta la casa; le pidió que nos dijera que estaba muy agradecido.

Luis puso la renuncia a la semana de lo sucedido, no volví a saber nada más de él.

Supe por Piedades, que había ido semanas después a visitar a Esther, que estaba reponiéndose de los tratos en el nosocomio y que estaba intentando dejar la bebida de forma definitiva, siempre con ayuda y control de su hermana. Esa madrugada fue, oficialmente, el último día que vi a Esther en persona.

Capítulo 36

La desintegración

Trabajé en el Asilo Chapuí y Torres cerca de 40 años. 28 para el Consejo Técnico de Asistencia Médico Social y la JPS y 14 para la Caja Costarricense del Seguro Social.

Inicié labores en julio de 1945 y me jubilé en octubre de 1987; durante todo ese tiempo presté servicio de Asistente de Pacientes en los pabellones 1 y 3 de enfermos críticos en la Unidad Geriátrica y en la Unidad Tratamiento Intensivo (UCI, como se le conoce actualmente), todo eso en turnos rotativos A y C hasta el traslado de 1974 a lo que hoy es en día el Hospital Nacional Psiquiátrico Manuel Antonio Chapuí Torres y Paut, donde se me nombró jefe en el turno A hasta mi jubilación.

Puedo darme el lujo de decir que he visto calamidades en este hospital como nadie más. Las personas pueden pensar que no es agradable tartar con el paciente psiquiátrico, pero, todo lo contrario, los verdaderos salvajes andan con gabacha y con estetoscopios, creyendo que deshumanizar a alguien con una lobotomía es curar los males.

La imagen incomprendida que se tiene del paciente psiquiátrico es la del paciente agresivo, sin juicio y sin razón, ambulante desconcertado y mal amansado, pero con el correcto tratamiento, trato y tiempo todo eso se corrige. Yo lo sé porque lo hice, y también lo sé porque paciente que no se corrige, es paciente que los doctores mismos hicieron que enfermara.

Durante mi experiencia puedo por supuesto mencionar experiencias buenas y malas, de estas 9 eran malas y tal vez 1 buena, y se podía dar por cualquier sorpresa. Por lo menos la mayor parte del tiempo. Ahora bien, entre lo que se pueda dividir entre experiencias generales y propias si va a haber una diferencia notable; yo no culpo el lugar del trabajo o el trabajo en sí, si no al montón de irresponsables que se querían ilustrar de cultos y sabios, cuando sólo eran verdugos.

El mundo de la psiquiatría en Costa Rica siempre se ha mantenido, considero yo, en una espesa nube de especulaciones acerca de qué es verdad o mentira. Para mí el mito más recurrente y el que citaré para cerrar con esta carta es aquel que dice que el funcionario de hospital psiquiátrico termina por perder la cordura, al igual que los pacientes con los que pasó rodeado durante el tiempo laborado; esto ocurre porque según uno termina asimilando los comportamientos del

paciente como algo normal. Comprendo que todo esto es cierto, creo que me estoy volviendo loco...

Todo ese tiempo el hospital es más asilo mío que de los pacientes; el paciente se dará de alta (Si es que sobrevive), pero uno, uno se queda. Para uno no hay salida.

Todo el mundo decía que yo había quedado tocado del techo por las experiencias que han visto hasta ahora y todas las que no quise contar.

“Tito, yo sé que vos no estás loco, porque yo también lo viví”

¿Vos qué sabes carajilla, si no tenías ni 15 años cuando pasó todo eso?

¡El fuego me está quemando! Lo siento todos los días alcanzándome...Cada día, un poquito más cerca.

Daniel Ernesto Castro Jiménez

San José, Costa Rica

10 de mayo de 1995

Capítulo 37

Capítulo XXVII

Años después de ese último incidente, los altos mandos del hospital venían anunciándonos grandes cambios no sólo en la forma en la que se trabajaba, si no también en la estructura jerárquica y, por si fuera poco, el tan esperado traslado al nuevo Hospital Nacional Psiquiátrico Manuel Antonio Chapuí Torres y Paut, en el distrito de Santísima Trinidad.

La hacienda había costado, para los tiempos de 1946, ¢400.000,00 colones. Desde que el mismo Dr. Roberto Chacón Paut había dado luz verde junto con el director del hospital San Juan de Dios, Antonio Peña Chavarría, muchos de los altos mandos de ambos hospitales, tanto como figuras del gobierno y de la Junta de Protección social se unieron para organizar la construcción del nuevo hospital en el terreno de 200 manzanas.

Entre las principales figuras a las que se les adjudicaba la iniciativa de la construcción del nuevo Asilo, se encontraba Arnulfo Carmona Benavides, diputado de la administración de Daniel Oduber entre 1974 y 1978. Este señor había impulsado un proyecto de ley que permitía que varios de los impuestos cobrados en esa época, fueran directo a los fondos de la construcción del Hospital.

En solo el primer día de traslado, el nuevo hospital recibió, aunque cueste creerlo mil pacientes. Nosotros ya debíamos estar preparados desde muchos días antes; cómo iba a estar organizado el nuevo hospital, donde sería colocado cada paciente, las horas de alimentación para el día del traslado y la logística de días posteriores.

Con respecto al movimiento del hospital viejo al nuevo, me gustaría recalcar parte del trajo de reseña de Manuel Rodríguez Jiménez, quien dicta respecto al traslado de 1974:

“Este traslado de Hospital, primero en la historia de la salud de Costa Rica, rompió la barrera de hacinamiento del hospital viejo y puso a la luz los sinsabores y tristezas, de un gran número de ciudadanos costarricenses, marginados por la incompreensión hacia el enfermo mental e inclusive el desdén de quienes debiendo intervenir por una u otra causa, en bienestar del paciente sin razón, omiten su concurso”.

El hospital nuevo, si bien no significaba nuevos pacientes, nuevos trabajadores o nuevo equipo (por lo menos en su totalidad) si supuso un nuevo pensamiento respecto al trato que merecían los enfermos.

Esta nueva filosofía, no respondía y reflejaba solamente la idea de muchos funcionarios del antiguo hospital, que velaban por un cambio en pro de los insanos, si no también, al reflejo de las nuevas ideas de los altos mandos de la salud; quienes, habían dictaminado que, como un punto y aparte, la psiquiatría costarricense debía tomar un rumbo más humano y dignificante. Entre las principales figuras que destacan esta nueva corriente de tratamiento, puedo mencionar al conocido Dr. Abel Pacheco de la Espriella, quien tomó el cargo de director del hospital desde 1973, antes del traslado, hasta el año 1976.

Entre los principales cambios que se le pueden destacar al señor Abel Pacheco, se recalcan el "salario terapéutico" la organización de los pacientes en gobiernos propios, la eliminación y prohibición de las celdas o cualquier otro tipo de encarcelamiento, así como también los Talleres Protegidos en las comunidades.

Fue interesante también, ver como el antiguo Asilo se iba transformando lentamente en oficinas administrativas, cada salón que era desocupado era un salón que se convertía en un cuarto vacío tomado más adelante por escritorios, archiveros y empleados nuevos.

Un par de años anteriores al traslado, decidí cambiarme de domicilio, así dejé la casa de Mata Redonda que tantos recuerdos me traía a mí y a mi hija, y nos pasamos a vivir a Tibás, cerca de mi familia, en una casa que recién había adquirido.

Esto, además de asegurarle un lugar donde vivir a mi hija cuando yo ya no estuviera, me permitía despreocuparme del estrés del pago de una renta, cual yo había tenido que asumir desde que había iniciado labores en el nosocomio.

En el nuevo hospital, donde fui nombrado jefe de turno hasta mi jubilación, tuve la oportunidad de trabajar no solo en los pacientes mayores de edad y los del pabellón de gerontología, si no también a los infantes; la razón de esto fue, más que todo, mi mayoría de edad y la facilidad que suponía darle apoyo y terapia a los niños.

Con frecuencia atendí varios talleres y entrenamientos para el nuevo personal, así como actividades lúdicas tanto para los funcionarios como también para los pacientes, en especial los menores.

Posiblemente era la resignación de que había perdido gran parte de mi labor paternal el hecho de que ahora añorara tanto trabajar con infantes. Cuando estuve en el asilo viejo de repente no me quedaba tanto

tiempo o tanta salud mental para poder compartir con mi Constanza, y, ahora que ella ya alcanzaba sus 20 años, muchas de las actividades a las que me hubiera gustado involucrarme con ella ya no suponían un interés de su parte; y lo entendí.

Ver a Constanza atendiendo el jardín de la casa me recordaba muchísimo a Perpetua, su mismo perfil, su carácter, su voz y su paso. Decidida y astuta, igual que la mujer de la que me había enamorado por allá de los años cincuenta. Todos los meses visitábamos la tumba de Perpetua por lo menos una ocasión.

Constanza nunca me preguntó nada de su padre, de hecho, aunque yo ya le había contado lo que había pasado, ella decía que continuaba considerándome a mí como su padre legítimo.

Recuerdo una ocasión en la que, visitando Santísima Trinidad, topamos la antigua lápida de Brenner en el cementerio, cuando Constanza me preguntó si yo creía que ella se parecía a él. Yo le expliqué que, sinceramente, yo no veía parecido alguno.

Constanza vivió conmigo durante unos años más, se casó a los 25 con un joven de Calle Blancos, quien, sin causa aparente determinada en la autopsia, murió de forma repentina el 1 de julio de 1987, el mismo año en que yo me jubilé. Así, Constanza decidió vender la casa donde habían estado viviendo y se quedó en nuestro hogar en Tibás cuidándome, hasta la actualidad.

Personalmente, me haría muy feliz que encuentre otra pareja, ella es una hija excepcional y una excelente mujer también, y sé que un nuevo compañero de vida puede traerle innumerables bendiciones y prosperidad.

No quiero que ella se quede como me quedé yo, todos tenemos derecho a ser felices.

Capítulo 38

Epílogo

Recuerdo que, en el pabellón de niños, tanto como en los pabellones generales, uno siempre se hacía las de recordar ciertas personalidades únicas y entrañables.

Personalmente recordaba a Pedrito de Jesús, un niño proveniente de San José de la montaña, que, a la corta edad de 3 años, había sido abandonado en la recepción del psiquiátrico.

Pedrito, ahora con casi 15 años y con un leve retraso cognitivo, disfrutaba de mi permanencia en el pabellón infantil, dónde usualmente pasábamos la tarde jugando cartas, fútbol con otros niños, o juntando cromos. Pedro además tenía un gusto especial por coleccionar llaves, por lo que, cada vez que yo encontraba alguna llave tirada en la calle o cada vez que cambiaba una en mi casa, se la llevaba a él para que la agregara a su colección. ¡Qué alegre se ponía!

En octubre del 87, a tan solo días de mi jubilación, llegué a despedirme de Pedrito, antes de que se empezara a correr la voz, y como olvidar aquella última conversación que compartimos.

—Pedrito mirá, yo le que quería decir a usted que, en unos días yo ya me voy para mi casa.

—¿Cómo así Tito? ¿Y cuando viene?

—Ya no voy a venir más; ya me voy a pensionar.

—¿Eso que significa?

—Que ya he trabajado muchos años aquí, incluso más años de los que usted tiene.

—¿iTaaantos!? ¿Y no se cansa?

—Claro que sí Pedro, ya estoy cansado. Cuando uno trabaja tantos años llega un momento en que es hora de retirarse, para disfrutar el tiempo que queda descansando.

—Pero Tito, ¿quién me va a traer llaves si no me las trae usted?

—Algún otro enfermero Pedro, yo no soy el único que le regala llaves, acuérdesse.

Hubo un silencio corto, la brisa de los jardines traía consigo el olor de las flores, había un sol suave de 4 de la tarde.

—Tito, yo no quiero que se vaya; me va a hacer mucha falta...como mi papá.

—No se preocupe Pedrito, todo va a salir bien, siempre que yo pueda venir a reuniones, yo le prometo que lo paso a visitar. Sólo prométame usted a mí una cosa a cambio.

—¿Qué cosa?

—Que usted nunca se olvide de mí.

Pedro estalló a carcajadas mientras disentía con la cabeza.

—Yo no me voy a olvidar de usted Tito.

—¿Ah sí? ¿Seguro?

—¡Ayy Tito! —exclamó dándome un abrazo— ¡Usted sabe que yo lo quiero como a mi tata!